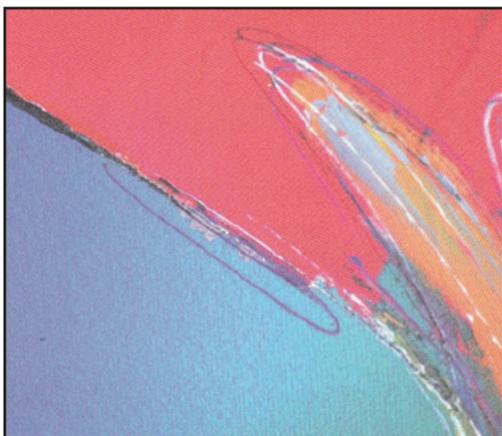


La Santificación



Vivo en Cristo

Enseñanzas de la Biblia Popular

La Santificación

Vivo en Cristo

Lyle W. Lange

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin

Todas las citas bíblicas, a menos de que se indique de otra forma, se han tomado de la SANTA BIBLIA, versión Reina Valera, Edición de Estudio de 1995. Sociedades Bíblicas Unidas.

Las citas de las Confesiones luteranas en esta publicación son del Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana, revisadas por Theodore G. Tappert, registran la propiedad literaria de ©1959 Prensa de Fortaleza. Usado por el permiso de Fortaleza de Augsburg.

Derechos Reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado, etc., excepto por citas breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la editorial.

Library of Congress Control Number: 2005934381
Northwestern Publishing House
© 2004 por Northwestern Publishing House
Publicado en 1999
Impreso en los Estados Unidos de América
Traducción por Producciones Multilingües
wels net/mlp
2005
ISBN 13: 978 1 931891 64 8
ISBN 10: 1 931891 64 8

Tabla de contenido

Prefacio del editor	5
Introducción	7
1. La definición bíblica de la santificación	11
2. El Autor de la santificación	19
3. El contraste entre la justificación y la santificación ...	29
4. La relación entre la justificación y la santificación ...	43
5. El que recibe la santificación: El cristiano	59
6. El medio de producir la santificación: El evangelio en la palabra y en los sacramentos	73
7. La necesidad de la vida santificada	97
8. La imperfección de la vida santificada	109
9. Las buenas obras	129
10. Las buenas obras en contraste con la justicia civil ...	153
11. Adiáfora	163
12. La vida cristiana: La vida bajo la cruz, y la vida de esperanza	179

Notas finales	189
Para lectura adicional	193
Índice de textos bíblicos	195
Índice temático	201

Prefacio del Editor

Enseñanzas de la Biblia Popular es una serie de libros sobre las principales enseñanzas doctrinales de la Biblia.

Siguiendo el patrón establecido con la serie La Biblia Popular, estos libros están escritos especialmente para laicos. Los términos teológicos, cuando se usan, se explican en lenguaje cotidiano para que la gente pueda entenderlos. Los autores muestran cómo la doctrina cristiana se extrae directamente de pasajes claros de la Escritura y, luego, cómo se aplican esas doctrinas a la fe y a la vida de las personas. Lo más importante es que estos libros muestran que cada enseñanza de la Escritura apunta a Cristo, nuestro único Salvador.

Los autores de Enseñanzas de la Biblia Popular son pastores de congregaciones y profesores con años de experiencia en la enseñanza de la Biblia. Son hombres de gran erudición y aporte práctico.

Aprovechamos esta oportunidad para expresar nuestra gratitud, al Profesor Leroy Dobberstein del Seminario Luterano de Wisconsin, ubicado en Mequon, Wisconsin, EEUU, y al Profesor Thomas Nass del Martin Luther College, en New Ulm, Minnesota, EEUU, por contribuir como consultores para esta serie. Sus aportes y colaboración han sido invaluable.

Pedimos que el Señor use estos tomos para ayudar a su pueblo a crecer en su fe, conocimiento, y comprensión de sus enseñanzas salvadoras, las cuales nos ha revelado en la Biblia. A Dios sea toda la gloria.

Curtis A. Jahn
Editor de la serie

Este libro lo tradujo Ruth Haeuser, esposa del pastor David Haeuser, misionero en Lima, Perú, quien hizo la revisión teológica. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

Introducción

¿Qué es la libertad? ¿Es el derecho a hacer o decir cualquier cosa que se quiere, sin tomar en cuenta las consecuencias para usted mismo o para otros? ¿Realmente es libertad cuando hacemos cualquier cosa que queremos? ¿No es ésta en realidad la esclavitud a los apetitos y deseos de nuestra carne pecadora? La libertad real sólo se encuentra en Cristo. Es la libertad de la condenación, que nosotros merecemos de Dios por infringir su ley. Es la libertad para servir a Dios sin temor y con vida santa.

Dios es santo. Él desea lo que es correcto y bueno; no puede hacer nada malo. Dios creó a Adán y Eva a su propia imagen, libre de cualquier corrupción por el pecado. Les dio corazones que deseaban sólo lo que él quería. Los capacitó para hacer lo que es correcto y bueno. Ellos amaron a Dios con todo su corazón, y se amaron perfectamente. Su vida santa de amor sirvió como testimonio del amor de su misericordioso Creador.

Trágicamente, Adán y Eva, pusieron fin a este estado bendito. Creyeron la mentira del diablo de que estarían en mejores condiciones, si se libraban del control de Dios. Se rebelaron contra él y acarrearón el desastre a toda la raza humana. Debido al pecado, ya no amaron a Dios en la manera en que debían; ya no se amaron unos a otros como debían. Sus vidas, que en un tiempo habían testificado el amor del Dios misericordioso, demostraron entonces la corrupción horrible del pecado. Transmitieron esta corrupción y culpa a toda la raza humana.

Si Dios no hubiera intervenido, la humanidad habría permanecido para siempre en la esclavitud del pecado. No obstante, Dios en su amor por los pecadores prometió y envió a su Hijo para librarnos de la esclavitud del pecado. Por la justicia de Cristo, la cual es nuestra, mediante la fe, somos justos delante de Dios. Por medio del poder del evangelio, Dios nos libra de la

esclavitud del pecado y nos permite que le sirvamos con nuevas vidas. Nuestra vida de fe en Cristo es un testimonio en respuesta al amor de Dios.

La voluntad de Dios es que vivamos santamente. Esta buena voluntad de la Santa Trinidad, sin embargo, se ha resistido a lo largo de la historia por la trinidad impía: el diablo, el mundo incrédulo, y nuestra propia carne pecadora. El diablo forma planes para llevarnos al pecado y la incredulidad. El mundo incrédulo también procura mantenernos alejados de la voluntad de Dios. Trata de hacernos caer en el pecado y en la incredulidad; de asustarnos a través de la persecución, para que no cumplamos la voluntad de Dios. Nuestra propia carne pecadora lucha contra la voluntad de Dios.

Los creyentes de todos los tiempos han vivido en sociedades paganas hostiles a su fe. Sin embargo, Dios todavía nos llama para que vivamos santamente. Su voluntad es que nuestras vidas atraigan a otros para que aprendan de Jesús.

Ésta era la voluntad de Dios para el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento. El Señor dijo a los Israelitas: “Guardad, pues, mis mandamientos, y cumplidlos. Yo, Jehová. No profanéis mi santo nombre, para que yo sea santificado en medio de los hijos de Israel. Yo soy Jehová, que os santifico, y os saqué de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios. Yo, Jehová” (Levíticos 22:31-33). El pueblo de Israel vivió entre los paganos en la tierra de Canaán. Los cananeos practicaron la idolatría más grosera e inmoral en su culto. Dios quiso que Israel permaneciera libre de la influencia de los cananeos. También deseó que su pueblo fuera una luz entre las naciones gentiles. Sus vidas debían ser como un faro para atraer a las naciones al Salvador venidero. Lamentablemente, el Antiguo Testamento indica que a menudo el pueblo de Dios no fue luz para las naciones que lo rodeaban. Al contrario, se vio envuelto en la oscuridad del pecado que lo rodeó.

El mundo al cual Jesús envió a los primeros discípulos con la luz del evangelio estaba empañado por la oscuridad del pecado y

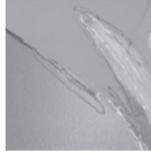
la incredulidad. Pablo escribió a los cristianos que vivían en Roma: “No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Romanos 12:2). En los días de Pablo, Roma fue considerada “el pozo negro” del mundo. Todos los vicios imaginables llegaron a Roma de las naciones que ella había conquistado. Pablo no dijo a las personas de sus días: “A la tierra que fueres, haz lo que vieres”. Más bien, recordó a los cristianos de Roma que Dios los había librado de la esclavitud del pecado. Eran personas transformadas que debían vivir santamente para la gloria de Dios. Debían evitar el pecado y vivir honradamente. Sus vidas debían motivar a las personas a desear aprender acerca de Jesús.

¿Qué tal el mundo en que vivimos hoy? ¿Es nuestra sociedad un lugar benévolo para nuestra fe y vida cristiana? No. Nosotros también vivimos en un mundo pagano. La idolatría, el abuso de drogas, la inmoralidad sexual, la violencia, el aborto, la falta de respeto para la vida humana, el desafío abierto y notorio de los mandamientos de Dios—todos son comunes en nuestra sociedad. Dios no quiere que nos conformemos a las costumbres del mundo. Nos ha transformado para que pudiéramos servirle en justicia y santidad. Nos dice, como Pablo escribió a los cristianos desde Éfeso: “Os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados” (4:1). Dios desea que vivamos de una forma que atraiga a las personas a las buenas nuevas acerca de Jesús.

¿Qué es la vida santa? ¿En qué consiste la vida santificada del cristiano? Pablo nos advierte contra aquellos que “tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella” (2 Timoteo 3:5). No todos los que parecen vivir en santidad están agradando a Dios. No se puede agradar a Dios siguiendo sólo las normas y los reglamentos humanos. En lugar de eso, cargan las conciencias y llevan a las personas al error espiritual. Sólo Dios puede decirnos qué vida es digna de la profesión que él nos ha dado. Ninguna persona, ninguna iglesia, ningún teólogo, ningún oficial de la iglesia, puede decirnos lo que es la vida cristiana.

Sólo Dios puede decirnos esto. En su palabra el Señor nos dice lo que constituye la vida cristiana santificada. Por medio de su evangelio el Señor proporciona el poder para vivir santificadamente.

Volvamos a la Biblia y veamos lo que Dios enseña acerca de la vida que debemos llevar en respuesta a su gracia. ¡Qué Dios bendiga nuestro estudio de la santificación para que santifiquemos su nombre enseñando su palabra verdaderamente y llevando vidas santas de acuerdo a ella!



1

La definición bíblica de la santificación

¿Qué es la santificación? La Biblia usa la palabra *santificación* de dos maneras diferentes. Habla de santificación en un sentido amplio y en uno estricto. La santificación en el sentido amplio se refiere a todo lo que Dios el Espíritu Santo hace para la salvación de los pecadores. Incluye lo siguiente: Desde la eternidad Dios nos escogió para ser salvos. En el tiempo envió a su Hijo para expiar nuestros pecados. Él nos trae a la fe en Jesús por la obra del Espíritu Santo mediante las buenas nuevas de Jesús (el evangelio) y el bautismo. Nos conserva en la fe por medio del evangelio y los sacramentos para que entremos en la vida eterna. Todo esto se incluye cuando la Biblia habla de la santificación en el sentido amplio.

La santificación en el sentido estricto se refiere a la nueva vida que Dios permite al cristiano vivir como respuesta a su gracia. Dios nos trae a la fe, nos da vida espiritual, y nos permite vivir piadosamente. Cuando hablan de la santificación, la mayor parte

del tiempo los maestros cristianos, se refieren a la santificación en el sentido estricto, refiriéndose a la nueva vida que el cristiano vive mediante la fe en Jesús. La mayor parte de este libro trata de la santificación en el sentido estricto.

Veremos pasajes de la Biblia que nos muestran cómo la Biblia usa la *santificación* en el sentido amplio y en el sentido estricto. La Biblia debe distinguir para nosotros el sentido en que se está usando la palabra *santificación*. Primero veamos los pasajes que usan *santificación* en el sentido amplio.

***La Santificación en el sentido amplio:
todo lo que Dios hace para salvar a los pecadores***

Pedro se dirigió a los cristianos que fueron esparcidos a lo largo de Asia Menor como “a los...elegidos según el previo conocimiento de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (1 Pedro 1:1,2). Pedro recordó a sus lectores todo lo que Dios hizo para salvarlos. Dios los escogió desde la eternidad para ser suyos. Envío al Espíritu Santo para llevarlos a obedecer a Cristo en la fe. Por medio de la fe en Jesús, poseyeron la perfecta justicia que Jesús ganó para ellos con su vida santa. La sangre de Cristo lavó la inmundicia de sus pecados. A esta obra, mediante la cual el Espíritu Santo da salvación a los cristianos, Pedro la llamó “santificación del Espíritu”.

Asimismo, Pablo escribió a los tesalonicenses: “Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios...de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2 Tesalonicenses 2:13). No fue ningún accidente el que los cristianos tesalonicenses llegaran a la fe. Antes del comienzo del tiempo, Dios los escogió para ser suyos. En el tiempo él envió al Espíritu Santo para llevarlos a la fe en Jesús. A esta obra, mediante la cual el Espíritu Santo dio la salvación a los tesalonicenses por la fe en Jesús, Pablo también la llamó “la santificación por el Espíritu”.

Otros pasajes en la Biblia también usan la palabra *santificar* en el sentido de contar todo lo que Dios hizo para la salvación del pecador. Considere las palabras que Pablo dijo al rey Agripa. Pablo contó cómo Jesús le había enviado a predicar las buenas nuevas de salvación a aquellos que no eran judíos. Jesús había dicho a Pablo: “A quienes [los gentiles? ahora te envió para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hechos 26:17,18). “Ser santificado por la fe” es recibir, por medio de la fe, la justicia que Jesús ganó con su vida, muerte y resurrección.

Asimismo, Pablo escribió a los efesios: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha” (5:25-27). Es evidente en este pasaje que no nos hacemos santos ante Dios debido a nuestros propios esfuerzos. Más bien, Dios nos cuenta como santos porque él nos limpió de la mancha del pecado por medio del lavamiento del bautismo. Dios usa el bautismo para traernos a la fe. Por medio de la fe él nos viste con la justicia de Jesús.

Por estos pasajes es evidente que la Biblia usa la palabra *santificación* para describir todo lo que Dios hace para la salvación del pecador. Dios nos trae a la fe en Jesús, nos viste por medio de la fe con la justicia de Cristo, y nos preserva en la fe hasta la vida eterna. Martín Lutero habló de esta obra de Dios en su explicación del artículo tercero del Credo Apostólico: “El Espíritu Santo me ha llamado mediante el evangelio, me ha iluminado con sus dones, y me ha santificado y guardado mediante la verdadera fe, del mismo modo que Él llama, congrega, ilumina, y santifica, a toda la cristiandad en la tierra y en Jesucristo la conserva en la única y verdadera fe”.

Lutero amplió esta explicación en su Catecismo Mayor: “Así como logra el Hijo la soberanía en virtud de la cual nos conquistó con su nacimiento, muerte, y resurrección, etc., así también el Espíritu Santo realiza la santificación igualmente por medio de lo que es indicado en seguida; por la comunión de los santos, o sea, la iglesia cristiana, por el perdón de los pecados, la resurrección de la carne, y la vida eterna....Por consiguiente, santificar no es otra cosa que conducir hacia el Señor Cristo, con el fin de recibir tales bienes [el perdón? que por nosotros mismos no podríamos alcanzar”.¹

La santificación en el sentido estricto: la nueva vida que Dios capacita al cristiano para llevar por medio de la fe en Jesús

La Biblia también usa la palabra *santificación* para hablar de la nueva vida que Dios permite a los cristianos vivir por medio de la fe en Jesús. Esta nueva vida es lo que llamamos santificación en el sentido estricto. Cuando hablamos del sentido estricto, nos referimos al uso de la palabra con una definición limitada. A menudo en la instrucción cristiana la *santificación* se refiere a la nueva vida que Dios permite al cristiano vivir por medio de la fe en Jesús.

Antes de ver nuestra nueva vida en Cristo, veamos la vida de la que Jesús nos salvó. Aprendemos sobre esa vida en la ley de Dios.

La ley de Dios actúa como un espejo. Nos muestra claramente cómo somos todas las personas por naturaleza. La imagen que la ley de Dios refleja en nosotros no es nada buena. A la gente no le gusta oír lo que la ley de Dios dice de ella. Por naturaleza a la gente le gusta una imagen retocada, que elimine cualquier cosa desagradable de ella. A las personas les gusta tener una imagen positiva de ellas mismas. Prefieren pensar, que por naturaleza están dispuestas a agradar a Dios y que son capaces de hacerlo. Sin embargo, esa imagen no es la que muestra la Biblia de cómo son los seres humanos desde su nacimiento.

La Biblia nos dice que todas las personas por naturaleza están muertas en el pecado, son enemigas de Dios y son esclavas de Satanás. Pablo escribió en su Carta a los Efesios: “Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (2:1,2). Cuando se conciben los niños, la vida física empieza. Aunque vivas físicamente, todas las personas están espiritualmente muertas en el pecado. No pueden hacer nada para salvarse. Si alguien ofreciera un millón de dólares para que un cadáver saliera de un ataúd, ese dinero no correría riesgo. No importa cuán atractiva sea la oferta, el cadáver no puede responder. El cadáver no tiene vida para hacerlo. Asimismo, Dios ofrece la salvación a las personas en el evangelio. Por naturaleza nadie puede aceptar la oferta, puesto que por naturaleza nadie tiene la vida espiritual que se necesita para hacerlo.

Todas las personas no sólo por naturaleza están muertas en el pecado, sino todas toman parte activa en la hostilidad hacia Dios. Las personas prefieren hacer la voluntad del diablo en lugar de seguir los mandamientos de Dios. Pablo escribió: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la Ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:7,8). Dios dice: “Haz esto”, y el hombre natural responde: “No quiero hacerlo como tú quieres”. Dios dice: “No hagas esto”, y el hombre natural responde: “Haré lo que me dé la gana”.

Esta rebelión espiritual da como resultado pensamientos, Palabras, y hechos, contrarios a la voluntad de Dios. Produce vidas impías. Pablo describe la manifestación de esta rebelión en la vida de las personas: “Manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, divisiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas” (Gálatas. 5:19-21).

La vida de la gente permanecería para siempre tan impía como Pablo la describió si no fuera por la obra de Dios. El Espíritu Santo crea la fe a través del evangelio. Hace que las personas tengan corazón nuevo, mente nueva, y sentido de dirección nuevo. Permite que los cristianos vivan la nueva vida. A esta obra, por la cual el Espíritu Santo da poder a los cristianos para vivir la nueva vida por medio de la fe en Jesús, la Biblia la llama santificación.

Debido a la obra de Dios en ellos, los cristianos ya no siguen la manera de vivir del mundo. En lugar de eso, son transformados. Como Pablo escribió: “Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto....transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Romanos 12:1,2). Los cristianos gustosamente sirven a Dios cuando recuerdan que en Cristo ha tenido misericordia de nosotros.

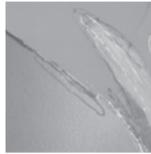
Dios tiene un propósito en traernos a la fe. Nos salvó para que pudiéramos servirle con vida santa. Pablo escribió: “La voluntad de Dios es vuestra santificación...Dios no nos ha llamado a inmundicia, sino a santificación” (1 Tesalonicenses 4:3,7). Pablo habla de evitar la inmoralidad sexual. Es evidente que “sean santificados” se refiere a “vivir de manera santa”. Siguiendo el mismo pensamiento, Pablo escribió a los corintios: “Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, [de que nosotros somos el templo de Dios y él mora dentro de nosotros? limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Corintios 7:1). Pablo dijo a los corintios que llevaran vidas santas de reverencia para Dios.

En conclusión, es útil ver la nueva vida que Dios nos ha pedido llevar contrastándola con la vida antigua que llevábamos en la incredulidad. Pablo perfila este contraste en Efesios 4 y 5. Allí él nos dice que nos despojemos de las obras de la carne pecaminosa y nos pongamos las obras del nuevo ser. El siguiente cuadro

ilustra esos contrastes entre la vida antigua del no creyente y la vida nueva de fe en Jesús.

Despójense de la vida antigua	Pónganse la vida nueva
Desechando la mentira (4:25)	Hablando la verdad (4:25)
Robando (4:28)	Trabajando honradamente y compartiendo generosamente con los demás (4:28)
Usando palabras corrompidas para derribar a otros (4:29)	Usando las palabras para edificar moralmente a otros (4:29)
Mostrando amargura, ira, enojo, alboroto, calumnia, malicia (4:31)	Siendo amables, compasivos perdonando a otros como Dios por causa de Jesús nos perdona (4:32)
Siendo sexualmente inmoral, impuro, avaro, obsceno; usando palabras necias y bromas groseras (5:3,4)	Viviendo santamente con acciones de gracias (5:3,4)
Mostrando las tinieblas del pecado y haciendo obras de las tinieblas (5: 8,11)	Viviendo en la luz y haciendo obras que invitan a otros a aprender de Jesús (5:8,9)
Llenándose de vino (5:18)	Estando lleno del Espíritu (5:18)
Actuando con libertinaje (5:18)	Animándose unos a otros con salmos, himnos, y canciones espirituales; cantando y alabando al Señor en sus corazones: dando gracias a Dios el Padre por todo (5:19,20)

El Espíritu Santo nos trajo a la fe en Cristo y nos conservará en la fe hasta la vida eterna (la santificación en el sentido amplio). Él nos capacita para vivir la vida nueva en Cristo (la santificación en el sentido estricto). La santificación en ambos sentidos es obra de Dios. Él tiene el mérito de todo esto, como veremos en el próximo capítulo.



2

El Autor de la santificación

La santificación en el sentido amplio incluye todo lo que Dios hace para la salvación del pecador. En la eternidad, Dios nos escogió para ser suyos. En el tiempo envió a su Hijo para obtener la salvación para nosotros. Dios nos trajo a la fe por medio del evangelio y del bautismo. Luego, por medio de la fe en Jesús, recibimos como nuestros la justicia y el perdón que Jesús ganó para todos. Por medio del evangelio y los sacramentos el Espíritu Santo nos guarda en la verdadera fe para la vida eterna.

Dios es responsable de nuestra salvación desde el principio hasta el final. Él nos escogió para ser suyos antes de la fundación del mundo. Hasta el fin del mundo estará obrando en nosotros a través de los medios de gracia (el evangelio en la palabra y los sacramentos: el bautismo y la Santa Cena), conservándonos por medio de la fe en Cristo para la vida eterna. Hablando del principio de nuestra salvación, Pedro escribió: “A los...elegidos según el previo conocimiento de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (1 Pedro 1:1,2). Y mirando la obra salvadora

completa de Dios, Pablo escribió: “El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6). Dios comenzó la obra de la fe en nosotros. Él no abandonará su obra. Nos preservará en la fe de Jesús hasta que estemos de pie ante él en el cielo.

***Dios recibe todo el mérito por salvarnos
(la santificación en el sentido amplio)***

Dios recibe todo el mérito por nuestra salvación. El esfuerzo humano, las obras humanas, el mérito humano—todos están excluidos de lo que la Biblia enseña acerca de nuestra salvación (la santificación en el sentido amplio). ¡Cuán agradecidos estamos porque éste es el caso! Si nosotros tuviéramos que contribuir una sola obra para nuestra salvación, nunca estaríamos seguros de ser salvos. Nunca sabríamos si hubiéramos cumplido lo suficientemente bien lo que teníamos que hacer. Sin embargo, podemos estar seguros de nuestra salvación, porque todo esto se apoya en la obra que Dios ha hecho y está haciendo para salvarnos. Pablo reflejó esta certeza de la fe cuando oró por los tesalonicenses: “Que el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser—espíritu, alma, y cuerpo—sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará” (1 Tesalonicenses 5:23,24).

Necesitamos enfatizar repetidamente que el mérito humano está excluido cuando hablamos de nuestra salvación (la santificación en el sentido amplio). La naturaleza humana, desde la caída en el pecado, ha operado según el principio de que podemos hacer algo para calmar a Dios y conseguir entrar en el cielo. No obstante, la Biblia deja claro que no podemos hacer *nada* para salvarnos por nuestros propios medios. El escritor del himno “Roca de la eternidad”, Augusto Toplady (1740-1778), lo expresó bien:

Aunque yo aparezca fiel,
Y aunque llore sin cesar,
Del pecado no podré
Justificación lograr;
Sólo en ti, teniendo fe,
Puedo mi perdón hallar.
(Culto Cristiano [CC] 219:2)

Las obras humanas están excluidas de nuestra salvación. En primer lugar, la Biblia deja claro que *el ser humano no puede satisfacer las demandas de la ley de Dios*. Por naturaleza, las personas tienen la idea de que Dios debe estar satisfecho con lo mejor que ellos pueden hacer. Echan una mirada a otros alrededor del mundo, encuentran a aquellos cuyas vidas parecen peores que las suyas, y se felicitan a ellos mismos de ser mejores que otros.

Aun los cristianos no son inmunes de esta manera de pensar. Tenemos el viejo Adán (la naturaleza pecadora) con sus actitudes de justicia por las obras. Vemos las noticias periodísticas de aquellos que han cometido crímenes horribles, o de quienes han estado envueltos en la inmoralidad sexual, o en las drogas, o el abuso del alcohol. Pensamos: “Bueno, Señor, quizá yo no sea perfecto, pero estoy seguro que soy mejor que algunas personas que conozco”.

Sin embargo, es esencial darse cuenta de que Dios no nos juzga en base a cómo nos comparamos con otros en este mundo. No nos llevará al cielo porque exteriormente hemos hecho algo mejor que otros. ¡No! Dios exige que todas las personas cumplan sus mandatos perfectamente cien por ciento. Él nos juzga por cómo alcanzamos sus demandas de la perfección, y no cómo nos comparamos con el resto de la sociedad.

En el Sermón del monte (Mateo 5–7), Jesús expuso la obediencia de los fariseos a la ley como una pretensión exterior de piedad. Exteriormente, aparentaban estar obedeciendo la voluntad de Dios; interiormente, sus corazones estaban lejos de

Dios. Después de señalar que la ley de Dios abarca tanto la vida como el corazón, Jesús declaró: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (5:48). En pensamiento, palabra, y obra, Dios exige: “Sean perfectos”. Esto significa que cada deseo del corazón sea obedecer la voluntad de Dios totalmente, que cada pensamiento de nuestro corazón deba conformarse con la ley divina del perfecto amor. Ninguna palabra puede salir de nuestra boca que no cumpla totalmente lo que exige la ley de Dios. Ninguna obra puede contradecir a la voluntad de Dios. No podemos atrevernos a hacer lo que él prohíbe, ni podemos atrevernos a omitir lo que él ordena.

Las exigencias de nuestro santo Dios no se podrán satisfacer ni siquiera estando a un paso de la perfección. Santiago escribió: “Cualquiera que guarde toda la Ley, pero ofenda en un punto, se hace culpable de todos” (2:10). La ley es una unidad. Así como un alfilerazo desinfla un globo lleno de aire, así también un pecado quebranta la ley entera de Dios. Jesús resumió la ley cuando dijo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente” y “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:37,39). Igualmente, Pablo escribió: “El cumplimiento de la Ley es el amor” (Romanos 13:10). Una acción sin amor, un pensamiento o una palabra sin amor, es suficiente para condenarnos ante el Dios santo, quien demanda de nosotros que lo amemos a él y a nuestro prójimo perfectamente.

¿Cómo nos comparamos con estas exigencias de la ley de Dios? Muy simplemente, no estamos a la altura de la ley que Dios ha puesto para nosotros. Todos hemos fallado total y miserablemente en cumplir la voluntad de Dios. Desde el momento mismo en que la vida empieza, las personas no son lo que Dios quiere que sean. David confesó: “En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5). Desde la concepción nos falta la justicia y la santidad que Dios exige. Lo que es más, codiciamos el pecado. Desde la concepción, nuestra voluntad está corrompida por el pecado que

heredamos de Adán. Esta corrupción se muestra en las cosas que hacemos, hablamos, o pensamos, que están en desacuerdo con la voluntad de Dios. Nadie alcanza la norma que Dios exige. Pablo dejó esto muy en claro en la Carta a los Romanos: “¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? ¡De ninguna manera!, pues hemos demostrado que todos, tanto judíos como gentiles, están bajo el pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (3:9-12,23).

Sólo Dios recibe el mérito por nuestra salvación, porque los seres humanos no pueden satisfacer las exigencias de la ley divina. Aun si alguien cometiera sólo un pecado al día, en el transcurso de 70 años de vida aquella persona habría cometido más de 25,000 pecados. Además, ¿quién de nosotros se atrevería a decir que comete sólo un pecado por día? Más bien, con el salmista confesamos: “¿Quién puede discernir sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos” (Salmo 19:12).

Todavía hay otra razón por la cual debemos dar la gloria sólo a Dios por nuestra salvación. Esto es porque *La Biblia enseña que sólo Dios es responsable de la salvación de los pecadores.*

Si Dios no se hubiera encargado de salvar a los pecadores, nunca se habría hecho. Cuando Adán y Eva pecaron contra Dios, no pidieron ayuda a Dios; al contrario, huyeron de él. Fue Dios quien los buscó. Fue él quien prometió enviar el Salvador para rescatar a los seres humanos caídos. La iniciativa para nuestra salvación vino de Dios, motivado por su asombroso e inconmensurable amor por los pecadores.

Fue Dios quien envió a su único Hijo a este mundo para expiar los pecados de todas las personas. Fue Dios Hijo quien dejó su trono celestial para venir a este mundo pecador y volverse uno de nosotros. Por sus inmaculados concepción y nacimiento Jesús expió nuestra concepción y nacimiento pecador. Jesús vivió completamente cada fase de la existencia humana. Cumplió

perfectamente la voluntad de Dios por nosotros, en pensamiento, palabra, y obra. Sufrió el castigo por nuestros pecados cuando fue colgado en la cruz del Calvario. Dios declaró inocente al mundo (declaró no culpables a los pecadores) porque comprometió a su propio Hijo para pagar por los pecados de todas las personas. Para asegurarnos que el sacrificio de Jesús fue suficiente, Dios resucitó a Jesús de la muerte.

No hay nada que podamos hacer para completar o agregar algo a lo que Cristo hizo. En la cruz declaró: “¡Consumado es!” (Juan 19:30). La salvación está completa; Jesús lo hizo todo. Como el escritor a los hebreos declaró: “En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha *una vez para siempre*. Ciertamente, todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados. Pero Cristo, habiendo ofrecido *una vez para siempre un solo sacrificio* por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios. Allí estará esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies. Y así, con *una sola ofrenda* hizo perfectos para siempre a los santificados” (10:10-14, énfasis agregado).

No podemos ofrecer a Dios ninguna obra para expiar nuestros pecados. Como Isaías confesó: “Todos nosotros somos como cosa impura, todas nuestras justicias como trazo de inmundicia” (Isaías 64:6). Sólo la vida santa y la muerte de Jesucristo, como sustituto, podrían presentarse ante Dios como el sacrificio aceptable por el pecado. Jesús hizo ese sacrificio, y Dios Padre lo aceptó. La expiación por el pecado es una realidad completada. Lo que nosotros hagamos no puede agregar o anular nada a esto. Dios simplemente nos anuncia, sin condiciones: “Tus pecados te son perdonados” (Mateo 9:2).

Por medio de las buenas noticias del evangelio, Dios ofrece la salvación completa al pecador. A través del mismo evangelio, Dios crea en el corazón la fe en Jesús. Por la fe la justicia que Jesús ganó para todos llega a ser nuestra. La fe no es una obra que nosotros hacemos, que completa lo que Cristo empezó. Más

bien, la fe es el instrumento que Dios ha dado (una mano que Dios da y que Dios autoriza), por la cual recibimos como nuestro el perdón y la justicia, que Jesús ganó para todos por su vida y muerte. Pablo resumió esto en una gran frase: “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9).

Sólo Dios lleva el mérito de conservarnos en la fe en Jesús. Como Pedro nos dice: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcitable, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios, mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo final” (1 Pedro 1:3-5).

Dios empezó la obra de la fe en nosotros, y él la completará. Él nos conservará en la fe hasta la vida eterna. Como Miqueas, alabamos a Dios diciendo: “¿Qué Dios hay como tú que perdona la maldad y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en la misericordia. Él volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades y echará a lo profundo del mar todos nuestros pecados” (Miqueas 7:18,19).

¡Solo a Dios sea la gloria por nuestra salvación!

Sólo Dios tiene el mérito por la nueva vida que nosotros llevamos (la santificación en el sentido estricto)

Está perfectamente claro que Dios lleva todo el mérito por nuestra salvación. Pero ¿qué tal la nueva vida que llevamos por la fe en Cristo? ¿No merecemos nada por lo que hacemos como hijos redimidos y renovados de Dios? Aquí otra vez, la Biblia es clara. Solamente Dios lleva el mérito por la nueva vida que llevamos en respuesta a su gracia.

Para empezar, no habría ninguna nueva vida en nosotros si no fuera por la obra de Dios. Cuando estábamos muertos en el

pecado, el Señor nos dio vida en Cristo (Efesios 2:5). A los que estábamos espiritualmente ciegos, muertos y éramos enemigos de Dios, nos transformó en creyentes deseosos de cumplir su voluntad. Por medio del bautismo, morimos al pecado y llegamos a estar vivos en Cristo. Como Pablo escribe: “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:4).

Dios también nos capacita para vivir según su voluntad. A causa de la nueva vida que Dios creó en nosotros cuando nos trajo a la fe, nos da la habilidad de cumplir su voluntad. Pablo declara en Filipenses 2:13: “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”.

Dios nos da tanto la voluntad para seguir sus mandatos como el poder para cumplirlos. Los cristianos pueden ser los únicos que tienen y hacen la voluntad de Dios, pero Dios hace posible que todo esto ocurra. Cuando Lázaro salió de la tumba, caminaba (Juan 11:43,44). Sin embargo, no hubiera caminado si Jesús no lo hubiera levantado de la muerte. Ni hubiera tenido el poder para salir de la tumba si Jesús no le hubiera dado ese poder. Cuando Dios levanta a los cadáveres espirituales a la vida en Cristo, participan activamente en cumplir la voluntad de Dios. Dios lleva el mérito. Él es quien nos hizo espiritualmente vivos en Cristo; quien nos dio el nuevo corazón, la nueva voluntad, y la nueva naturaleza. Él nos da poder para que le sirvamos. Dios lleva el mérito por las obras que nosotros hacemos. Como escribió Pablo: “Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” (Efesios 2:10).

Aprendemos de la Biblia que los cristianos cooperan con Dios en su vida santificada. Pablo escribió: “Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios” (2 Corintios 6:1). Sin embargo, es importante notar que nosotros no cooperamos con Dios en

igualdad de condiciones. Más bien, sólo cooperamos con él porque nos ha dado el poder para que lo hagamos. Nuestras Confesiones Luteranas lo expresan de esta manera:

Síguese de esto, pues, que tan pronto como el Espíritu Santo, como se ha dicho, mediante la palabra y los santos sacramentos, ha empezado en nosotros esta obra, de la regeneración y la renovación, nosotros en efecto podemos y debemos cooperar, aunque todavía en forma débil, mediante el poder del Espíritu Santo. Pero esta cooperación no se verifica mediante nuestras virtudes carnales y naturales, sino gracias a las nuevas virtudes y los nuevos dones que el Espíritu Santo nos ha concedido en la conversión, según lo afirma San Pablo expresamente al declarar que, como colaboradores que somos con Dios, no recibimos en vano la gracia divina (2 Cor. 6:1). Ahora bien, esto ha de entenderse sola y únicamente del modo siguiente: El que ha sido convertido, hace el bien siempre que Dios lo rija, guíe, y conduzca con su Espíritu Santo; tan pronto empero como Dios aleja de él su mano misericordiosa, no podrá perseverar ni por un momento más en la obediencia a Dios. En cambio, resulta inadmisibles entenderlo en el sentido de que el convertido coopera con el Espíritu Santo a la manera como dos caballos tiran juntamente de un carro; pues quien así lo entiende, ignora la verdad divina.²

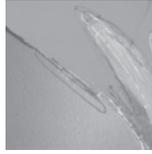
Una conclusión digna a esta sección sería las palabras del escritor del himno:

Es sólo tu obra que ahora soy convertido;
El poder de Satán en mí lo has sometido.
Mi corazón de piedra tú has revivido
Con gracia y amor cada día renovado

Señor, tú me has levantado a gozo y exaltación.
Me mostraste el camino que me trae salvación.
Mis pecados son lavados; gracias doy, Señor,
Mi corazón y alma, del mal sienten horror.

Concede que tu Espíritu me ayude
No dejes que del camino al cielo me aleje.
Que Dios me dé fuerza en mi debilidad;
Haz mi corazón servirte con voluntad.
(Traducción de Christian Worship,
a Lutheran Hymnal [CW] 460:2-4)

¡Es sólo Dios quien nos ha salvado! ¡Sólo él nos ha permitido
servirle en vida nueva! ¡Solo a Dios sea la gloria!



3

El contraste entre la justificación y la santificación

Dios, por causa de Jesús, ha declarado a todo el mundo justificado. Lo que Cristo hizo para todos se hace nuestro mediante la fe. Esta verdad, sencillamente, es la doctrina de la justificación por gracia mediante la fe. Esta doctrina de la justificación con frecuencia ha sido llamada el corazón de la doctrina de la Biblia. Esta enseñanza trae vida y dirección a todas las otras enseñanzas bíblicas. Es el eje de la rueda donde giran todas las otras doctrinas, como declara la Fórmula de Concordia.

Este artículo respecto de la justificación por la fe, según dice la Apología, es el artículo principal de toda la doctrina cristiana, sin el cual ninguna conciencia atribulada puede tener firme consuelo, ni puede conocer a fondo las riquezas de la gracia de Cristo, como lo ha afirmado también el Dr. Lutero: “Si este solo artículo permanece incólume en el campo de batalla, la iglesia cristiana también permanece pura y en buena armonía y libre de sectas; pero si este artículo es abatido, no es posible resistir ningún error o espíritu fanático.”³

Es importante recordar que la justificación por la fe capacita y da poder a la vida santificada de fe (la santificación en el sentido estricto). Fuera de la justificación por la fe, no habrá ni puede haber vida santificada. La vida santificada de la fe fluye de la justificación por la fe y depende de ella.

El propósito de este libro no es dar una expresión completa de la doctrina de la justificación; nuestro propósito en este capítulo es tratar el contraste de la justificación y la vida santificada de la fe, y mostrar que la vida santificada del cristiano depende de la justificación.

En cuanto a la vida santificada del cristiano, hay dos errores básicos que la gente sigue, los cuales nos alejan de la enseñanza de la Biblia de la santificación (en el sentido estricto). Un error hace que la justificación de los pecadores ante Dios dependa de su vida santificada. Esto equivale a enseñar que la gente puede salvarse por sus propias obras. El otro error trata acerca de la vida cristiana de la fe aparte de la justificación por la fe. Esto equivale a olvidar el corazón, el cual bombea la sangre que da vida al cuerpo. Cuando el corazón deja de latir, el cuerpo deja de estar vivo. El cuerpo no puede funcionar sin el latido del corazón. Aparte del poder y la motivación que da la justificación por la fe, no habrá vida santificada del cristiano.

En este capítulo trataremos el contraste entre la justificación por la fe, y la nueva vida que llevamos por la fe en Cristo. En el próximo capítulo trataremos la íntima relación que existe entre la justificación por la fe y nuestra vida santificada.

Podemos resumir el contraste entre la justificación y la santificación en cinco declaraciones:

Contraste 1

Mientras que la justificación implica un cambio en el estado de las personas delante de Dios, la vida santificada de los cristianos implica un cambio de corazón y vida en relación a Dios y su prójimo.

La justificación implica un cambio en el estado de las personas ante Dios. ¿Cuál es este estado? Pablo dice: “Éramos por naturaleza hijos de ira” (Efesios 2:3) Ya desde la concepción los hombres no somos la clase de gente que Dios exige que seamos. Hemos nacido en este mundo sin la justicia que Dios exige y con un deseo por el pecado; por naturaleza somos espiritualmente ciegos, estamos muertos, y somos enemigos de Dios. Esto se manifiesta a diario en todo lo que decimos, hacemos, o pensamos, contrario a la voluntad de Dios. No podemos hacer lo que él nos exige, por lo cual lo omitimos con frecuencia. Como pecadores nos gusta hacer lo que Dios prohíbe. Desde la concepción somos culpables de pecado ante Dios y merecemos su condenación. Nuestras obras no pueden apaciguar a Dios ni apartar su ira de nosotros. Sólo son como trapos de inmundicia para Dios que es santo y justo. No podemos estar a la altura de las exigencias de los mandamientos de Dios. Como Pablo escribió: “Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Nos hemos rebelado contra Dios y no merecemos nada, sino su enojo y condenación.

Cuánto agradecemos y alabamos a Dios, porque mediante Cristo hizo lo que nunca podríamos haber hecho. Pablo escribió: “Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre” (Romanos 3:23-25). Dios nos justificó. El verbo griego por “justificar” (*dikaioun*) significa “declarar inocente a alguien que ha sido culpable, tratar como justo a alguien que ha sido injusto”. Dios nos declaró justos. Nuestra naturaleza como pecadores no cambió delante de Dios. Lo que sí cambió es que Dios nos contó justos delante de él. Pablo resalta la naturaleza declarativa de la justificación: “Al que no trabaja, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Romanos 4:5). Dios justificó al malvado. Dijo al mundo: “Tú eres injusto, pero yo te veo como justo”.

¿Por qué hizo Dios esto? ¿Cómo puede el Dios justo considerar justos a los impíos pecadores y todavía ser justo él? Pablo nos dice que Dios nos justificó mediante la redención que es en Cristo Jesús, quien fue presentado a Dios como un sacrificio de expiación (Romanos 3:24-25). *Dios nos redimió*. Con nuestros pecados nosotros lo ofendimos a él. Teníamos una deuda con él que nunca podríamos pagar, pero Dios la pagó por nosotros. Él satisfizo su justicia *dando* a su único Hijo Jesucristo, como pago por nuestros pecados. Cristo fue la “propiciación” por nuestros pecados (Romanos 3:25). Él nos reconcilió con Dios. Apartó la ira de Dios por nuestros pecados, sufriendo el castigo por ellos. Como un pararrayos que desvía una carga eléctrica, para que no haga daño a un edificio, así Cristo tomó sobre él la ira de Dios por el pecado, para librarnos de él.

¿Por qué hizo Dios esto? ¿Hubo algo en nosotros que lo motivó a absolvernos? Al contrario, nada hubo en nosotros o nuestras vidas que conmoviera a Dios para declararnos justos; más bien, él nos justificó “gratuitamente por su gracia” (Romanos 3:24). Dios nos justificó gratuitamente, como un regalo, sin ninguna contribución de nuestra parte. Dios hizo todo, motivado por su gracia, su amor, y su misericordia. La gracia excluye cualquier cosa que nosotros hagamos. Como Pablo dice: “Y si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no sería gracia” (Romanos 11:6).

Por lo tanto, la justificación es *forense* o *judicial*. Es una decisión del tribunal. Aunque convictos y condenados, los culpables son absueltos y librados. Se declara que no son culpables ante los ojos de Dios, porque el Hijo de Dios pagó la deuda por ellos. Los pecadores siguen siendo pecadores, la justificación no cambia su naturaleza, el veredicto de Dios de absolución está basado en el pago de Cristo por el pecado, que cambió su estatus. Cristo, como nuestro sustituto, llevó vida perfecta por nosotros y pagó el precio completo por nuestros pecados. Dios puso en Cristo el pecado y la culpa que teníamos.

También puso en nuestra cuenta la vida perfecta de Cristo, y pagó completamente por nuestros pecados. Por eso, hablamos de la justificación que Dios nos da mediante la fe como justicia ajena. Ésta es de Cristo y se nos da para cubrir nuestros pecados.

La Fórmula de Concordia lo expresa así:

Por lo tanto, la justicia que por pura gracia es atribuida a la fe o al creyente, es la obediencia, la pasión, y la resurrección de Cristo, pues él ha satisfecho la ley por nosotros y ha pagado nuestros pecados.

Esta justicia nos la ofrece el Espíritu Santo por medio del evangelio y en los sacramentos, y se nos aplica, es apropiada y recibida mediante la fe. Por medio de esa justicia los creyentes tienen reconciliación con Dios, el perdón de los pecados, la gracia de Dios, la adopción de hijos, y la herencia de la vida eterna.

Por consiguiente, la palabra “justificar”, según se usa en este artículo, significa pronunciar a alguien justo y libre de pecados y absolverla del castigo, por causa de la justicia de Cristo, lo cual Dios atribuye a la fe (Fil. 3:9). Pues este uso y sentido de esta palabra es muy frecuente en la Sagrada Escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento.⁴

Además las Confesiones Luteranas declaran acerca de la naturaleza forense de la justificación:

Por eso Santiago tiene razón al negar que somos justificados por fe sin obras. Mas cuando dice que somos justificados por la fe y por las obras, por cierto no afirma con ello que nacemos de nuevo por las obras. Ni dice tampoco que en parte, Cristo es el propiciador, y que en parte, nuestras obras son la propiciación. Tampoco describe aquí el mundo cómo se produce la justificación, sino que describe cómo son los justos, una vez que han sido justificados y regenerados.

Y “ser justificados” no significa aquí “ser transformado de impío en justo”, sino ser declarado justo según el uso forense.⁵

También un himno cristiano declara claramente la naturaleza forense de justificación. Cantamos:

Tu cruz y no la mía, oh Cristo
ha llevado la terrible carga.
De los pecados que nadie puede llevar,
sino el encarnado Dios.

Tu muerte y no la mía, Oh Cristo,
ha pagado el rescate de la deuda
Diez mil muertes como la mía también habrían
sido pocas en comparación a la tuya

Tu justicia, oh Cristo, sola puede cubrirme,
ninguna otra justicia puede librar al pecador.
¿En quién sino en ti,
quien sólo puedes expiar el pecado, Señor
me refugiaré? (Traducción de CW 401:3-5).

La justificación implica un cambio en el estado de las personas ante Dios; cuando Dios santifica a los creyentes, no obstante, produce un cambio en la naturaleza de las personas. Dios permite que los creyentes lleven nueva vida en Cristo. Este cambio en la naturaleza de las personas no puede contribuir nada a su salvación; más bien, la nueva vida del cristiano es el resultado de la justificación mediante la fe. Pablo testifica de esta verdad cuando escribe:

¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? ¡De ninguna manera! Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?, porque somos

sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus apetitos; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. El pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia. (Romanos 6:1-4,12-14).

A través del bautismo, Dios crea la fe en nuestro corazón. Él hace que nosotros, quienes estábamos muertos en el pecado, vivamos en Cristo. Él nos da voluntad que desea hacer la suya. Nos permitió caminar ante él en justicia. Como Pablo escribió: “si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17). Nuestras Confesiones Luteranas citan a Lutero en este punto: “Así la fe es una obra divina en nosotros, que nos cambia, nos regenera de parte de Dios, y da muerte al viejo Adán, nos hace personas enteramente diferentes en el corazón, espíritu, mente, y todas las facultades, y nos confiere El Espíritu Santo”.⁶

La justificación implica un cambio en nuestro estatus. La santificación implica un cambio en nuestra vida.

Contraste 2

Mientras que la justificación excluye toda obra humana, la santificación de la vida cristiana consiste en las buenas obras que Dios habilita al cristiano hacer.

Puesto que la justificación es un cambio en nuestro estatus y no en nuestra naturaleza, y puesto que la justificación se basa solamente en los méritos de Cristo Jesús, la Biblia deja en claro que las buenas obras de ninguna manera contribuyen a nuestra salvación. Cuando hablamos de la justificación, las buenas obras deberán ser excluidas. Por lo tanto, decimos lo que Dios ha

hecho por nosotros y no lo que nosotros hemos hecho por Dios. La Biblia excluye las obras de los pecadores de la justificación divina del pecador. Como Pablo escribió: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley” (Romanos 3:28), y en otro lugar declaró: “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9).

Cualquier intento de introducir lo que hagan los humanos en un debate de la justificación de los pecadores es contrario a la enseñanza bíblica. El autor de la Fórmula de Concordia habló con mucho cuidado y claridad en este asunto:

Pero, a fin de que el artículo de la justificación continúe puro, es preciso que se preste mucha atención, con especial diligencia, a fin de evitar que aquello que precede a la fe o lo que le sigue, sea mezclado en el artículo de la justificación, o insertado en él como algo necesario y perteneciente a él, viendo que no es una sola o una misma cosa, hablar de conversión y de justificación. Pues no todo lo que pertenece a la conversión pertenece igualmente a la justificación. Al artículo de la justificación, pertenecen y son necesarios sólo la gracia de Dios, el mérito de Cristo y la fe, la cual recibe estos dones divinos en la promesa del evangelio. Y mediante la fe se nos atribuye la justicia de Cristo, y por medio de éste, el perdón de los pecados, la reconciliación con Dios, la adopción de hijos, y la herencia de la vida eterna.

...sino que las buenas obras se excluyen del artículo de la justificación delante de Dios, a fin de que no sean inyectadas, intercaladas, o inmiscuidas, como necesidad y requisito, en el asunto de la justificación del pobre pecador delante de Dios.⁷

La santificación (en el sentido estricto) es la forma nueva en que viven los cristianos como respuesta a la gracia de Dios. Esto consiste en las buenas obras que hacen los cristianos por el poder que reciben de Dios. Pablo describe estas buenas obras como sigue: “Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia,

benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley” (Gálatas 5:22,23). Estas obras pertenecen a la discusión de la vida santificada del cristiano. No pertenecen a la discusión de cómo el pecador puede estar justificado delante de Dios. Las Confesiones nos dicen así: “De igual modo, tampoco la renovación o santificación, aunque es don de Cristo el Mediador, y obra del Espíritu Santo, pertenece al artículo de la justificación, sino que sigue a ésta, ya que por causa de la corrupción de nuestra carne, la renovación o santificación, no es del todo perfecta y completa en esta vida”.⁸

Contraste 3

Mientras que la justificación es completa y perfecta en Cristo, la vida santificada del cristiano en este mundo permanece imperfecta e incompleta.

En la liturgia de la palabra, después de la confesión de los pecados, el que dirige el culto anuncia la absolución de Dios, o el perdón del pecado. Él declara: “Dios nuestro Padre celestial ha perdonado todos sus pecados, por medio de la vida perfecta e inocente muerte de nuestro Señor Jesucristo, él *ha quitado* su culpa para siempre. Ahora son sus queridos hijos” (Traducción de CW p. 38 énfasis agregado).

Notamos que la absolución habla de las cosas que Dios ya ha completado. No se le pone condiciones. Dios ha declarado justos a todos en base a la vida perfecta y muerte de Cristo. Ya se ha hecho. La absolución divina de todos es una realidad objetiva. Incluso si las personas no creen que Dios las perdonó y por tanto pierden las bendiciones de la salvación, esto no cambia el hecho de que Dios justificó al mundo, sobre el fundamento de la obra de Cristo. Como Pablo escribe: “¿Pues qué, si algunos de ellos han sido incrédulos? Su incredulidad, ¿habrá hecho nula la fidelidad de Dios? ¿De ninguna manera!” (Romanos 3:3,4). Dios permanece fiel, incluso si la gente no cree en su palabra y promesas. La justificación del mundo es un hecho, aunque los

pecadores no lo crean. La justificación, entonces, es objetiva en naturaleza. Es completa y perfecta en Cristo.

No podemos añadir ni quitar nada, de lo que Jesús ya hizo. Dios ha justificado al mundo en base de la obediencia de Cristo, como declaran las Confesiones Luteranas:

Su obediencia [de Cristo] (no sólo al padecer y morir, sino también al someterse voluntariamente a la ley y al cumplirla mediante esa obediencia), se nos atribuye para justicia, de modo que por causa de esta obediencia completa que él rindió al Padre celestial por nosotros en lo que hacía y padecía, en su vida y en su muerte, Dios perdona nuestros pecados, nos considera santos y justos, y nos concede la salvación eterna.⁹

Por otro lado, en la Biblia está claro que la vida santificada de los cristianos permanece imperfecta e incompleta hasta la muerte. Pablo era un cristiano maduro cuando escribió la carta a los cristianos en Roma. En aquel entonces, como apóstol maduro del Señor y como veterano de tres viajes misiones, Pablo aún tuvo que confesar: “El querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Romanos 7:18,19). Incompleta, imperfecta, siempre capaz de crecer y mejorarla, estas palabras describen la vida santificada de cada cristiano.

La justificación es completa y perfecta en Cristo. La santificación es incompleta e imperfecta en el cristiano. La Fórmula de Concordia declara este contraste como sigue:

Pero cuando enseñamos que mediante la operación del Espíritu Santo nacemos de nuevo y somos justificados, no queremos decir que después de la regeneración no queda ya ninguna injusticia en la persona y en la vida de los que han sido justificados y regenerados, porque Cristo, mediante su obediencia perfecta, les cubre todos los pecados, los cuales, no obstante, son inherentes en la naturaleza en esta vida.¹⁰

Contraste 4

Mientras que la justificación abarca a toda la gente, la santificación tiene lugar solamente en los creyentes.

Una vez Lutero comentó que si hubiera un solo lugar en la Biblia donde dijera que Jesús murió por Martín Lutero no sabría si él se salvaría, porque no sabría si el pasaje estaba hablando de él, o de otra persona con el mismo nombre. Sin embargo, Lutero observó que, ya que Jesús murió por todos, también estaba seguro de que Jesús murió por él. No nos queda ninguna duda de por quién murió Jesús. La Biblia dice que Jesús murió por todo el mundo, por toda la gente. Juan dice de Jesús: “Él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). Ya que él murió por toda la gente, puedo estar seguro que murió por mí. Junto con el autor del himno podemos decir:

Seguro estoy que el Hijo amado,
Que por mí aboga en gloria allá,
Pagó muriendo mi rescate;
La vida eterna dióme ya. (CC 218:3)

Sin embargo, la santificación subjetiva no es universal. La Biblia claramente enseña que los incrédulos no llevan vida santificada. Como el autor de la Carta a los Hebreos nos recuerda: “Pero sin fe es imposible agradar a Dios” (11:6). Pedro escribió para los cristianos esparcidos por toda Asia Menor: “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:5). Las obras que hacen los creyentes son aceptables a Dios, únicamente porque él las mira a través de la justicia de su Hijo.

Contraste 5

Mientras que la justificación nos da la completa seguridad de la

salvación, la santidad de la vida cristiana produce evidencia de fe, pero nunca puede darnos una seguridad completa de la salvación.

Una vez un pastor fue al hospital a visitar a una mujer que tenía que enfrentar una cirugía exploratoria con la posibilidad de que tuviera cáncer con riesgo de muerte. Antes de la visita del pastor, la mujer había recibido la visita de algunos de sus conocidos. Cuando el pastor comenzó a hablar con la mujer, ella le preguntó: “¿Pastor, me equivoco al creer que iré al cielo si muero?” El pastor preguntó por qué le preguntaba eso. Ella comentó que había dicho a sus anteriores visitantes que no estaba asustada de morir porque creía que iría al cielo. A lo cual sus visitantes respondieron: “¿Cómo puedes estar segura de que irás al cielo? ¿Acaso piensas que has llevado vida muy buena?”

El Pastor con gentileza pero con seguridad respondió a la mujer: “Si tuvieras que basar tu esperanza de ir al cielo en tu vida, entonces nunca podrías estar segura de llegar allí. En efecto, nadie puede llegar al cielo por sus propias obras. Mas todo el que confía en Jesús puede estar seguro de la vida eterna”. Jesús ha prometido que “todo el que cree en él no se [perderá], sino que [tendrá] vida eterna” (Juan 3:16).

Nuestra salvación descansa con seguridad en las obras de nuestro Salvador. Podemos repetir las palabras del autor del himno:

Tu sangre, ¡Oh, Cristo!, y tu justicia
Mi gloria y hermosura son;
Feliz me acerco al Padre eterno,
Vestido así de salvación.

Si fueran más los pecadores
que arenas hay en playas mil,
Ya padeció Jesús por todos,
A todos llama a su redil.

Seguro estoy que el Hijo amado,
Que por mí aboga en gloria allá,
Pagó muriendo mi rescate;
La vida eterna diome ya.

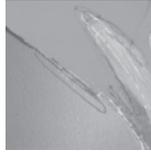
Al responder al llamamiento
A estar feliz contigo allí,
Habrá de ser mi canto eterno,
“Moriste Tú, Jesús por mí.” (CC 218)

La vida cristiana santificada, ofrece seguridad de que somos hijos de Dios. Como Juan escribió: “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos” (1 Juan 3:14). Las obras que hacen los cristianos demuestran que Dios es activo en sus vidas. En el día del juicio, Jesús señalará las obras de los creyentes como evidencia de su fe (Mateo 25:34-46). Aunque la vida santificada produce evidencia de la fe, nunca puede asegurar absolutamente la salvación. Estas obras sólo sirven para recordarnos que Dios ha estado obrando en nosotros. Estas obras nunca pueden salvarnos. Sólo la obra de Cristo puede salvar.

Podemos resumir los cinco puntos del contraste, entre la justificación y la santificación, en el siguiente cuadro:

CONTRASTE	
Justificación	Santificación
Implica un cambio en el estado de la gente ante Dios	Implica un cambio en el corazón y la vida de la gente
Excluye toda obra humana	Consiste en buenas obras
Es completa y perfecta en Cristo	Es imperfecta e incompleta en el mundo
Abarca a toda la gente	Ocurre sólo en los creyentes
Nos da completa seguridad de la salvación	Produce evidencia de fe pero no nos da una completa seguridad de la salvación

Después de haber visto el contraste entre la justificación y la vida santificada del cristiano, prestemos atención ahora a la relación que existe entre la justificación por la fe y la santificación en la vida del cristiano.



4

La relación entre la justificación y la santificación

La fe recibe la salvación que Dios obtuvo por medio de Cristo

¿Qué papel desempeña la fe en la justificación? Es el instrumento por medio del cual recibimos el beneficio de todo lo que Jesús hizo por nosotros. Pablo manifestó en Romanos, que los seres humanos no pueden lograr para ellos mismos una justicia que los haga aceptables a Dios. Él continúa declarando: “Pero ahora, aparte de la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la Ley y por los Profetas: la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él” (3:21,22).

Por medio del evangelio, Dios dice a los pecadores que son salvados en Cristo. El problema radica en que las personas por naturaleza no pueden aceptar el evangelio. Sin embargo, por medio de este mismo evangelio, Dios obra la fe en el corazón de los pecadores. La fe es la mano que Dios nos da, a través de la

cual recibimos como nuestro el regalo que Dios ha preparado para nosotros. No obstante, esta mano no tiene poder independiente para llegar a Dios; simplemente recibe de Dios el regalo que él ha preparado para todos.

La fe es esencialmente creencia y confianza, en Jesucristo como el Salvador del pecado, que Dios da (Hebreos 11:1). Dios crea la fe en el corazón de los pecadores (Filipenses 1:29). La conversión de los pecadores no es un proceso largo y prolongado en el cual los pecadores luchan para entregar su voluntad a Dios. Es una obra por la cual Dios en un momento, en un instante, crea la fe en el corazón de los pecadores. Esto no significa que los pecadores serán hechos creyentes el evangelio al momento de oírlo. Más bien, la Biblia enseña que la gente o es creyente o es incrédula. No hay término medio (Juan 3:18). Ya que la gente o es creyente o no es creyente, la fe es una obra de Dios producida en el momento, en el instante en que Dios obra la confianza en Jesús en el corazón de los pecadores.

La fe, entonces, no es una auto entrega activa de parte de los seres humanos. No es una obra de los humanos, sino una obra de Dios mediante la cual nos da la justicia de Cristo. Pablo declara: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley” (Romanos 3:28). La fe no es una obra que nosotros podamos ejecutar, como si fuera un acto de nuestra voluntad, la cual debemos entregar a Dios para conseguir la justicia de Cristo. La fe es una obra de Dios por la cual él nos habilita para recibir el beneficio de todo lo que Cristo hizo por nosotros. Las confesiones luteranas hablan de este punto cuando declaran:

La fe justifica, no porque sea una obra tan buena o una virtud tan ilustre, sino porque acepta y se apropia los méritos de Cristo, que son ofrecidos en el evangelio; pues éstos se nos tienen que aplicar por la fe si es que hemos de ser justificados por ellos.¹¹

Por la fe Dios da poder para la nueva vida

La fe es obra de Dios que permite a los pecadores recibir el perdón que Cristo les ganó. A la vez, la fe es un poder en los pecadores por el cual Dios produce la vida santificada. Pablo escribió a los tesalonicenses: “Acordándonos, sin cesar delante del Dios y Padre nuestro, de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor, y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo” (1 Tesalonicenses 1:3). Por la fe Dios da a los pecadores la vida espiritual mediante la cual reciben la habilidad de cumplir la voluntad de Dios.

La justificación es la causa de la santificación

Existe una relación de causa y efecto, entre la justificación por la fe y la vida santificada, del cristiano. La justificación es la causa de la santificación. La Fórmula de Concordia declara:

Las buenas obras no anteceden a la fe, ni tampoco la santificación antecede a la justificación, sino que primero el Espíritu Santo enciende la fe en nosotros en la conversión. La fe se apropia la gracia de Dios en Cristo, y por esta gracia la persona es justificada. Luego, una vez que la persona es justificada, es también renovada y santificada por el Espíritu Santo, y de esa renovación y santificación surgen después los frutos en forma de buenas obras.¹²

La fe no existe aparte de la santificación

Aunque hay una relación de causa y efecto, entre la justificación por la fe y la santificación, esto no implica que la fe pueda existir sin la vida santificada. Tan pronto como la fe se suscita, las buenas obras emanan de ella. La fe no existe si las buenas obras no están presentes. Santiago escribió: “Así como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin obras está muerta” (2:26). La fe es viva y activa. No puede sino producir las buenas obras. La Fórmula de Concordia cita una afirmación clásica de Lutero al respecto:

Así la fe es una obra divina en nosotros, que nos cambia, nos regenera de parte de Dios, y da muerte al viejo Adán, nos hace personas enteramente diferentes en el corazón, espíritu, mente, y todas las facultades, y nos confiere el Espíritu Santo. ¡Oh! la fe es una cosa tan viva, fecunda, Activa, y poderosa, que le es imposible no hacer continuamente lo bueno. Ni tampoco pregunta si se deben hacer buenas obras, sino que antes de hacer la pregunta, ya ha hecho las buenas obras y está siempre ocupada en hacerlas. Pero al que no hace tales obras le falta la fe, y anda a tientas buscando ciegamente la fe y las buenas obras, y no sabe ni en qué consiste la fe o las buenas obras, y sin embargo, habla mucho y sin sustancia acerca de la fe y las buenas obras. La fe que justifica es confianza viva e intrépida en la gracia de Dios, tan cierta que uno moriría mil veces por ella. Tal confianza y conocimiento de la gracia divina, le infunde gozo, valor, y ánimo, en su relación con Dios y todas las criaturas, todo lo cual obra el Espíritu Santo mediante la fe. Y por esta razón, el hombre está gozosamente dispuesto, sin que sea obligado, a hacer bien a todo el mundo, a servir a todo el mundo, y a sufrirlo todo por amor y alabanza a Dios, quien le ha conferido esta gracia, de manera que es imposible separar las obras de la fe, así como es imposible separar del fuego la luz y el calor.¹³

La justificación por la fe es la causa de la santificación. La santificación es el resultado de la justificación por la fe. Sin embargo, la justificación por la fe no existe sin la vida santificada, ni puede haber vida santificada del cristiano aparte de la justificación.

La santificación emana de la justificación por la gracia mediante la fe

Necesitamos recordar que la santificación emana de la justificación, por la gracia mediante la fe. Hay una tentación a dejar de lado la justificación, cuando tratamos con la santificación. Algunos imaginan que esto es como manejar por el camino de la santificación, con la justificación en el espejo

retrovisor. Pero cuando buscamos ánimo y poder, para nuestra vida santificada, cuando animamos a otros a llevar vida de santificación, la justificación por la gracia mediante la fe en Cristo, tiene que producir la motivación y el poder para la vida santificada. La justificación es el corazón de la doctrina de la Biblia. Sin el corazón de la justificación que inyecta poder a la vida cristiana, la santificación no tendrá lugar. El resultado es legalismo, un intento a dar poder a la santificación mediante la ley. Las obras de caridad que se hacen aparte de la fe en Cristo son sólo justicia cívica (actos útiles que benefician a la sociedad) y no son buenas obras ante Dios (Hechos 11:6).

La justificación por la gracia mediante la fe, provee el poder y la motivación para la vida santificada. Lo que permite al pecador servir a Dios es el amor de Dios hacia el pecador. De este amor creado e inspirado por Dios emana el amor cristiano para Dios y para el prójimo. Como Pablo escribió: “Por lo tanto, hermanos, os ruego *por las misericordias de Dios* que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto” (Romanos 12:1 énfasis agregado). Note cómo Juan también presentó el amor salvador de Dios a nosotros, como la motivación por nuestro amor a Dios y los unos a los otros:

Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama es nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros: en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios así nos ha amado, también debemos amarnos unos a otros...Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero (1 Juan 4:7-11,19).

El amor de Dios por los pecadores, y no el amor de los pecadores por Dios, provee el poder y la motivación para vivir en

santidad. El amor de Dios nos inspira amor y toca nuestro corazón. Así amamos a Dios y a nuestro prójimo. De esta manera escribió Pablo: “Así que el cumplimiento de la Ley es el amor” (Romanos 13:10). En su explicación de los mandamientos, Lutero comenzó con las palabras: “Debemos temer y amar a Dios”. En la vida santificada de los cristianos el amor los motiva a amar a Dios y al prójimo; sin embargo, Dios enciende y alimenta nuestro amor por él y por el prójimo. Apelar al amor de los cristianos por Dios no les daría poder para servirlo. El amor de los cristianos por Dios es con frecuencia voluble y variable; no obstante, el amor de Dios es constante e inmutable. Como Jeremías observó en su lamento por Jerusalén: “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias; nuevas son cada mañana. ¡Grande es tu fidelidad! Mi porción es Jehová; por tanto, en él esperaré, dice mi alma” (Lamentaciones 3:22-24).

El amor de Dios por los pecadores les da poder para amar a Dios y al prójimo. Como Pablo escribió: “El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y él por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Corintios 5:14-15). Por lo tanto, podemos ver la imprudencia de tratar de ayudar a la gente en su vida santificada aparte del poder que sólo el evangelio de la justificación puede proveer. La ley puede señalarnos la dirección correcta, pero no puede darnos el poder para llegar. La ley puede amenazar y condenar, más la culpa no motiva para la vida santificada. La ley puede contener el estallido del pecado, pero nunca puede promover la vida de servicio voluntario a Dios. La justificación por la gracia mediante la fe en Cristo Jesús, solamente da el poder para la santificación.

En su interpretación de la justificación en la Apología de la Confesión de Augsburgo, el colega de Lutero, Felipe Melanchthon, demostró el por qué el amor del cristiano por Dios

no puede estar incluido en la justificación. Al mismo tiempo, Melanchthon nos enseña cuán inútil es señalar a los cristianos a su propio amor por Dios como el poder para vivir en santidad:

Partiendo de esta base, fácil es comprender la razón por qué atribuimos la justificación a la fe, y no al amor, aunque el amor sigue a la fe, por cuanto el amor es cumplimiento de la ley. Pero Pablo enseña que somos justificados no por la ley, sino por la promesa, que sólo por fe se recibe. Y tampoco tenemos entrada a Dios sino mediante Cristo el mediador, ni conseguimos perdón de pecados en virtud de nuestro amor, sino por causa de Cristo. No podemos amar al Dios airado, y la ley siempre nos acusa, siempre nos muestra a Dios airado. Por tanto, en primer término es necesario que por la fe aprehendamos la promesa de que por causa de Cristo, el Padre está aplacado y nos perdona. Después es cuando empezamos a cumplir la ley. Haciendo caso omiso de lo que diga la razón humana y de lo que dice Moisés, debemos poner nuestros ojos en Cristo, y siendo creyentes que Cristo nos ha sido dado para que por causa de él seamos considerados justos. Mientras vivamos en la carne, jamás podremos satisfacer la ley. Por tanto, somos tenidos por justos no en virtud de la ley, sino por causa de Cristo, porque si somos creyentes en él, se nos conceden sus méritos.¹⁴

Tan pronto como alguien dirige nuestra atención a nuestro amor por Dios, nos enfrentamos a la ley de Dios, la cual nos condena por nuestro amor imperfecto. No podemos amar a Dios cuando lo vemos como si estuviera enojado con nosotros. Para crecer en el amor a Dios y en las obras del amor por nuestro prójimo, necesitamos el enfoque constante del amor de Dios por nosotros en Cristo. Cuando el enfoque está claro, el cristiano tiene la fuente inalterable e inagotable de poder para llevar la vida santificada.

Los errores acerca de la relación correcta entre la justificación y la santificación

¿Es correcto presentar los errores de la gente cuando presentamos las enseñanzas de la Biblia? Sí, porque la Biblia condena el error y nos advierte que tengamos cuidado de los falsos profetas. Cuando condenamos el error, no juzgamos el corazón de la gente. Sólo Dios puede juzgar el corazón. Lo que juzgamos es si las enseñanzas de la gente vienen de la Biblia. Cuando Pablo y Silas fueron a Berea, los bereanos se distinguieron “escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así” (Hechos 17:11). Así nosotros examinamos las enseñanzas de otros para ver si ellos enseñan fielmente la Biblia. Si no es así, el amor ordena que les advirtamos de su error, no sea que ofendamos por guardar silencio acerca de la falsa enseñanza. El amor ordena que presentemos la verdad para que otros puedan ser instruidos en la fe. Examinamos en este espíritu los errores concernientes a la relación de la justificación y la santificación.

Debemos rechazar cualquier intento de los paganos de hacerse justos ante Dios

¿Quiénes son los paganos? Podemos pensar en los no creyentes en lugares alejados, a quienes nuestros misioneros llevan el evangelio de Jesucristo, o podemos pensar en las personas aisladas de la civilización, que no han oído las buenas nuevas acerca de Jesús. Sí, estas personas sin el evangelio de Jesucristo son paganas. Al mismo tiempo, las personas sofisticadas y tecnológicamente expertas en nuestro país, también son paganas, mientras viven aparte del evangelio de Cristo. Igualmente los miembros de sectas que usan el nombre de Cristo, llevan su Biblia, pero niegan su evangelio (tales como los mormones, los Testigos de Jehová, los de la Ciencia Cristiana, los miembros de la Iglesia de Unificación y otros más). Todos los que viven separados del evangelio de Jesucristo, son paganos.

Todas las personas vienen al mundo con la idea de que pueden hacerse justos ante Dios. Conocen a Dios por su creación, y porque él les ha dado la conciencia. Nuestra conciencia nos dice: “Tú no eres justo ante Dios. Él está enojado contigo; te juzgará.” Cegados por la ignorancia espiritual, muertos en pecado, rebeldes contra Dios, los seres humanos buscan la salvación en lo mismo que los condena ante Dios, sus obras. Adorando los dones más bien que el dador, buscando apaciguar a Dios mediante actos de devoción elegidos por ellos mismos, o tratando de comprar el favor de Dios con hechos bondadosos a otros, los paganos buscan hacerse justos ante Dios. Pero nunca pueden, ni podrán. Sólo Dios puede hacernos justos ante él y lo hizo. Lo hizo expiando nuestros pecados en su Hijo. Necesitamos señalar claramente la locura de tratar de hacernos justos ante Dios. Hay sólo un camino de paz con Dios, el camino de Dios, mediante Jesucristo.

Tenemos que rechazar cualquier intento de hacer la santificación la base para la justificación

La justificación está basada en la obra de Dios en Cristo. La santificación es la nueva vida que el cristiano lleva por la fe en Cristo. Ya hemos notado que cuando hablamos de la justificación ante Dios, no podemos incluir las obras humanas. Sin embargo, esto es lo que con frecuencia descubrimos en algunas áreas de la cristiandad. No es fácil eliminar la idea, que reside en la carne pecaminosa, de que podemos contribuir con algo para que Dios nos acepte. Entonces, la justificación se cambia de un acto forense (Dios nos absolvió) a un acto ético. La justificación es considerada como un esfuerzo de cooperación entre Dios y el pecador. Algo en la vida del pecador se considera aceptable a Dios para compensar por el pecado. Hay numerosos ejemplos de este error.

Cuando se examina la enseñanza acerca de la justificación de la Iglesia Católica Romana, en nuestros días, se descubre una notable consistencia con lo que se enseñó en el pasado. El

Concilio de Trento (1545-1563) formuló la respuesta oficial católica, en reacción a la enseñanza de la reforma acerca de la justificación por la gracia mediante la fe en Cristo.

Lutero se crió en una iglesia que enseñaba que la justicia de Dios es una justicia que los pecadores tienen que ofrecer al Dios Santo, para hacerse aceptables a él. Lutero aprendió de la Biblia, que la justicia de Dios es solamente la justicia que Dios procuró para el pecador mediante Cristo y dio al pecador por la fe en Cristo. La Iglesia Católica Romana reaccionó denunciando oficialmente la doctrina central de la Biblia, y en el Concilio de Trento declaró lo siguiente:

Can XIV: Si alguno dijere, que el hombre queda absuelto de los pecados y se justifica precisamente porque cree con certidumbre que está absuelto y justificado; o que ninguno lo está verdaderamente, sino el que cree que está y que con sola esta creencia queda perfecta la absolución y justificación, sea excomulgado.¹⁵

Can XXX: Si alguno dijere, que recibida la gracia de la justificación, de tal modo se le perdona a todo pecador arrepentido la culpa, y se le borra el reato de la pena eterna, que no le queda reato de pena alguna temporal que pagar o en este siglo, o en el futuro en el purgatorio, antes que se le pueda franquear la entrada en el reino de los cielos, sea excomulgado.¹⁶

Can XXXII: Si alguno dijere, que las buenas obras del hombre justificado de tal modo, son dones de Dios, que no son también méritos buenos del mismo justo, o que este mismo justificado por las buenas obras que hace con la gracia de Dios, y méritos de Jesucristo, de quien es miembro vivo, no merece en realidad aumento de gracia, la vida eterna, ni la consecución de la gloria, si muere en gracia, como ni tampoco el aumento de la gloria, sea excomulgado.¹⁷

¿Ha cambiado la Iglesia Católica su posición desde los días de Trento, cuando enseñaba que, como en la actualidad un católico romano lo resume: “la justificación no sólo es una remisión de pecados sino también la santificación y renovación de la persona interior mediante la aceptación voluntaria de la gracia y los dones por los cuales la persona injusta llega a ser justa”?¹⁸ Dejaremos que Roma hable por ella misma en su catecismo oficial publicado en 1994. “La justificación entraña la remisión de los pecados, la santificación, y la renovación del hombre interior.”¹⁹ Roma todavía incluye obras humanas en la justificación de una persona. La gracia excluye nuestras obras. Cristo hizo todo lo necesario para nuestra salvación.

Vemos esta confusión de la justificación y la santificación, no sólo en la Iglesia Católica Romana. También es evidente en las iglesias que proceden de la tradición arminiana. La teología arminiana fue una reacción a la enseñanza de Juan Calvino, de que Dios predestinó a algunas personas para la condenación. Jacobo Arminio (1560-1609), profesor de teología en la universidad de Leyden, y sus seguidores enseñaron que cada persona tiene libre albedrío para decidir a favor o en contra de Jesús. Algunas personas son salvadas porque usan su libre albedrío para aceptar a Jesús. Entonces la justificación implica tanto la obra de Dios como la obra de los seres humanos.

El arminianismo probablemente no hubiera tenido mucho efecto, si Juan Wesley (1703-1791) no se le hubiera dado nueva vida. Wesley creyó en la “salvación *libre*”, que las personas están libres para aceptar o rechazar la salvación. Creyó también en la “salvación *completa*”, usar plenamente la gracia que se tiene, capacita a la persona para conseguir la perfección cristiana en esta vida terrenal. Además, creyó en la “salvación *segura*”, que una “segunda gracia” (una experiencia inducida por el Espíritu) hace la salvación segura. (Note que Wesley definió esos términos en una forma muy diferente de como nosotros lo hubiéramos hecho). Para Wesley y sus seguidores, la justificación llega a ser un proceso en el cual los humanos estaban implicados muy

activamente. El nombre para los seguidores de Wesley, metodistas, indica enfáticamente que se debe seguir un “método” para lograr la justificación.

Cuando el metodismo llegó a ser demasiado mundano para algunos, hubo una separación. Salieron del metodismo los que buscaban “más” en su vida santificada. Para ellos fueron particularmente importantes los dones especiales del Espíritu Santo, tales como hablar en lenguas. Las “iglesias de santidad” (tales como la pentecostal, la Iglesia del Nazareno, la Iglesia de Dios) esperan manifestaciones especiales de la obra del Espíritu en su vida que les asegure la salvación. Mientras que no podemos generalizar en cuanto a las diferentes creencias de sus varias iglesias, sale a la luz una característica común. Fundamentan la justificación en la vida del cristiano. La vida cristiana llega a ser la garantía para la salvación en vez de solamente la vida, la muerte, y la resurrección, de Jesucristo.

Sin embargo, no sólo fuera de la iglesia luterana vemos este error de confundir la justificación y la santificación; lo encontramos dentro de la iglesia luterana también. En el tiempo de Lutero, Andreas Osiander (1498–1552) promovió esto, definiendo la justificación como algo que tiene lugar dentro del creyente como resultado de Cristo al morar en él. Osiander no puso énfasis al “Cristo por nosotros”, sino al “Cristo en nosotros”. En el Artículo III de la Fórmula de Concordia se condenó esta enseñanza. Desgraciadamente, algunos luteranos modernos enseñan que en la justificación las personas son hechas justas por la fe y no solamente declaradas justas. La fe es verdaderamente un poder para transformar, pero esta transformación pertenece a la santificación, y no a la justificación.

Debemos rechazar cualquier intento de enseñar la santificación sin tomar en cuenta la justificación

Enseñar la santificación sin tomar en cuenta la Justificación, es tratar de mover el cuerpo sin corazón que late. La justificación

por la gracia, mediante la fe, da poder a la santificación. Sin embargo, hay quienes nos señalan lo que Dios espera que hagamos, pero que raramente proclaman el mensaje que nos capacita para hacerlo. Éstos son los fundamentalistas del siglo XX.

El fundamentalismo no es una iglesia específica sino una actitud hacia la Biblia y la vida cristiana. Se ha descrito como un movimiento y una posición, y no una denominación. Es un fenómeno norteamericano del siglo XX. El fundamentalismo surgió como una reacción al liberalismo religioso, el cual dominó el escenario religioso a principios del siglo XX. El liberalismo rechazó todo lo que en la Biblia no es compatible con la razón. Con optimismo esperaba que los humanos progresaran siempre en forma ascendente en la escala evolutiva.

Frente a los ataques del liberalismo contra la Biblia, algunos buscaban preservar lo fundamental de la cristiandad contra ataques violentos del liberalismo religioso, la ciencia, y la filosofía moderna. Veinte volúmenes de libros de portada rústica titulados “*The Fundamentals*” (Los Fundamentos) se publicaron de 1910 a 1915. En 1919 la Asociación Mundial de los Fundamentos Cristianos, celebró su primera reunión. Curtis Lee Laws, editor de una bien conocida revista bautista, inventó la palabra *fundamentalista*.

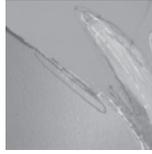
El fundamentalismo se preocupa por defender la Biblia de los ataques de quienes quieren eliminar sus enseñanzas con la razón. Nosotros también. El fundamentalismo se preocupa de la moral y los valores del gobierno y de la sociedad en la cual vivimos. Nosotros también. Los fundamentalistas se preocupan de vivir como Dios quiere. Nosotros también. Aunque compartimos preocupaciones comunes, las tratamos en formas muy diferentes. El acercamiento del fundamentalismo a la Biblia, es sacar los pasajes de su contexto y meter un significado en ellos, en lugar de derivar su significado del sentido propio de la Escritura. (La Escritura es su propio intérprete.) El fundamentalismo trata de conseguir que el estado ayude a cumplir la misión de la iglesia.

Nosotros reconocemos que la iglesia y el estado, tienen diferentes misiones y diferentes medios para cumplir esas misiones. El fundamentalismo señala el camino de Dios mediante la ley, pero no conecta la santificación al evangelio, lo único que da el poder para la vida santificada. En esta área particularmente nos preocupa el método del fundamentalismo.

Muchos fundamentalistas en la actualidad escriben libros, conducen seminarios, transmiten servicios de adoración por radio y televisión. Haciendo esto, ganan el interés de muchos cristianos. Condenan los pecados del mundo. Hablan contra las maldades de la sociedad. Adoptan una posición contraria a los programas del gobierno, que promueven la maldad en la sociedad. Hablan de la vida cristiana exitosa y feliz. Con frecuencia citan porciones de la Biblia, las cuales reducen a fórmulas para la vida exitosa. Pero antes que nos impresionen demasiado, necesitamos preguntar lo siguiente: ¿Nos enseñan la obra redentora de Cristo por nosotros en la cruz? ¿Sólo nos señalan los mandamientos de Dios, o también nos señalan el evangelio de Cristo, lo único que nos puede dar el poder de llevar la vida santificada? ¿Apelan a nuestro amor por Dios como una razón para que debemos hacer la voluntad de Dios, o nos señalan el amor de Dios por nosotros, el cual nos capacitará para hacer la voluntad de Dios?

Con mucha frecuencia esas personas actúan como si la salvación fuera el camino hacia adelante, y la justificación se ve como algo que se puede dejar atrás. Sin embargo, sin el poder que viene de la justificación no puede haber vida santificada. El fundamentalismo ofrece una forma de piedad, pero no da el poder para lograrla (2 Timoteo 3:5). También en nuestras iglesias luteranas, necesitamos ser cautelosos de apelar al amor de los cristianos por Dios, como un medio que les dará poder para la santificación. Nuestro amor hacia Dios es imperfecto. Nuestra conciencia nos dice esto. Entonces vemos a Dios como lleno de

ira, y no podemos amar al Dios airado. Sólo cuando sabemos que Dios nos ha reconciliado, que él nos perdonó en Cristo, podemos responder con amor a sus mandamientos.



5

El que recibe la santificación: El cristiano

¿Qué o quién es un santo? Las personas piensan a menudo que hay dos criterios para ser un santo: la persona tiene que haber llevado vida muy santa y debe estar ahora muerta. Sin embargo, la Biblia llama a todos los creyentes en Jesús, estén vivos o muertos, santos. Esto significa que usted, yo, y todos los otros creyentes somos santos, personas santas ante Dios. Él nos ha hecho santos por medio de la fe en Cristo Jesús. La justicia de Cristo cubre nuestro pecado. A causa de Jesús, Dios ha restaurado en nosotros su imagen santa.

Al mismo tiempo, la Biblia deja en claro que somos pecadores. Cuando nos examinamos a la luz de la ley de Dios, se hace muy obvio que aun nuestras vidas santificadas no alcanzan lo que Dios exige. No importa cuánto nos esforcemos, no cumplimos la voluntad de Dios como quisiéramos. De hecho, cuando nos examinamos, vemos la naturaleza pecadora dentro de nosotros, que lucha contra el nuevo ser que Dios nos ha dado, a cada uno

de nosotros. Así, el cristiano es al mismo tiempo *santo y pecador*. En un estudio de la vida santificada del cristiano, es vital reconocer esta naturaleza dual del cristiano. En este capítulo vemos al cristiano como una persona que tiene tanto el nuevo ser (la nueva persona, el nuevo hombre) que desea hacer la voluntad de Dios, como el viejo Adán (el viejo ser, viejo hombre, la carne pecadora) que lucha contra la voluntad de Dios. Luego examinaremos las implicaciones que esto tiene para la vida santificada del cristiano.

Dios creó a su imagen a Adán y a Eva

Dios creó el mundo perfecto, como Moisés nos dice: “Y vio Dios todo cuanto había hecho, y era bueno en gran manera” (Génesis 1:31). Los cielos y la tierra, eran perfectos. El mundo donde Adán y Eva vivieron, fue perfecto. La vegetación crecía sin las amenazas de las enfermedades o los insectos. El clima era perfecto. Los animales vivían en perfecta armonía con los humanos y unos con otros. Todo era tal como Dios quiso que fuera.

En este mundo perfecto, Dios puso a dos personas perfectas. Moisés escribió:

Entonces dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra”. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. (Génesis 1:26,27)

¿En qué consistió esta imagen de Dios? Es obvio que la imagen de Dios, no consistió en una semejanza física a Dios. Adán y Eva, eran criaturas de carne y hueso. Por otro lado, Dios es espíritu (Juan 4:24). Pablo nos dice en qué consistía esta imagen de Dios:

En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está corrompido por los deseos engañosos, renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. (Efesios 4:22-24)

No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo. Este, conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno. (Colosenses 3: 9,10)

La imagen de Dios consistió en el conocimiento. Adán y Eva disfrutaron del conocimiento dichoso de Dios. Lo conocieron, con la mente y el corazón, como su Creador amante. Disfrutaron de su presencia y se deleitaron con su amor. Además, Dios había escrito en el corazón de ellos el conocimiento perfecto de su voluntad. Adán y Eva no necesitaron que Dios les dijera su voluntad; fueron creados con ese conocimiento.

La imagen de Dios, consistió en santidad. Cuando pensamos en la santidad, a menudo la consideramos en el sentido de estar libre de pecado. Es verdad que la santidad involucra la libertad del pecado. Adán y Eva eran libres de cualquier mancha de pecado. No tenían ningún pensamiento impuro en el corazón. Pero la santidad es más que estar libre de pecado. Hay también un lado positivo. La santidad involucra tener la voluntad que corresponde perfectamente a la de Dios. Con todo su ser, Adán y Eva, amaron a Dios y uno al otro. Quisieron hacer lo que Dios ordenó. No había ninguna vacilación, ninguna renuencia, ninguna falta de voluntad. Estaban ansiosos de hacer la voluntad de Dios. Su voluntad estaba perfectamente de acuerdo a la voluntad de Dios.

La imagen de Dios consistió en justicia. Vemos la palabra *justo* en *justicia*. Dios es justo. Hace todo de acuerdo con su perfecta voluntad. Hace todas las cosas justas y no hace nada injusto. Dios creó a Adán y a Eva, con la habilidad de cumplir su voluntad. Porque eran santos, desearon hacer la voluntad de

Dios. Porque fueron justos, fueron capaces de cumplirla. Cada pensamiento que tenían en la mente, cada deseo que tenían en el corazón, cada palabra que salía de su boca, todo lo que hacían estaba perfectamente de acuerdo con la buena y santa voluntad de Dios. Éste era el estado perfecto en que Adán y Eva fueron creados.

La imagen de Dios se perdió

Dios creó a Adán y Eva, con libre albedrío. Tenían la habilidad de obedecer o no obedecer a Dios. La tragedia es que escogieron desobedecer a Dios, aunque estaban rodeados de la evidencia de su amor. Moisés escribe que el diablo tentó a Eva, viniendo a ella en forma de una serpiente. El diablo dijo a Eva: “¿Conque Dios os ha dicho: ‘No comáis de ningún árbol del huerto’?” (Génesis 3:1). La pregunta del diablo apuntó a hacer una de dos cosas. Por un lado, el diablo cuestionó si Dios en realidad había dicho a Adán y Eva que no comieran del árbol del conocimiento del bien y del mal. Por otro lado, si Eva determinó que ésta era la voluntad de Dios, entonces el diablo insinuó que Dios no era bueno porque prohibió esta comida.

La respuesta que Eva dio al diablo procedió de una motivación equivocada. Ella indicó el temor de morir como el motivo para no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. Su motivación para obedecer a Dios no fue el amor por él, sino el miedo de las consecuencias de desobedecerlo. El diablo lo aprovechó como una oportunidad para seguir tentando a Eva, diciendo audaz y engañosamente: “No moriréis. Pero Dios sabe que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y el mal” (Génesis 3:4,5). El diablo negó que la desobediencia trajera la muerte. Insinuó que Dios era tacaño con Adán y Eva. Les sugirió que estarían en mejores condiciones si seguían un plan separados de Dios. De hecho, les sugirió que destranaran a Dios y en su lugar hicieran su propio trono.

Así, Eva procedió a rebelarse contra Dios. Ya no quiso hacer lo que Dios ordenó. Deseó la fruta que Dios había prohibido. Incluso pecó antes de que tomara y comiera la fruta prohibida. El comer la fruta sólo mostró la voluntad perversa que tenía ahora en su corazón. Eva también le dio algo a Adán, quien estaba con ella durante la tentación del diablo, y él también desobedeció a Dios igual que ella.

Después de su desobediencia, Adán y Eva, no encontraron las cosas como habían pensado que serían, más bien, a la manera que el diablo había sugerido que fueran. En lugar de encontrar felicidad y satisfacción al apartarse a Dios, sólo encontraron la pérdida de la felicidad y las consecuencias amargas del pecado. El conocimiento dichoso que ellos tenían de Dios como su Creador amoroso, fue reemplazado por un terrible miedo de Dios. La última cosa que querían hacer era estar en su presencia. Ellos ya no desearon lo que Dios quería.

Adán y Eva, se rebelaron contra Dios. Ya no pudieron cumplir su voluntad. Sus pensamientos, palabras, y obras, se desviaron de la santa voluntad de Dios. Ya no amaban a Dios. Ya no se amaban unos a otros. Adán y Eva, trataron de esconderse de Dios cuando él los buscó en el huerto. Cuando Dios confrontó a Adán con su pecado, Adán no aceptó la responsabilidad por sus acciones sino culpó a Dios por haberle dado a Eva.

Adán estaba muy deseoso de sacrificar a Eva con el fin de salvar su pellejo. Si Dios no hubiera actuado en amor, los humanos habríamos permanecido para siempre en este estado lamentable. Sin embargo, Dios prometió enviar al Salvador para salvar de sus pecados a la humanidad caída.

Desde la caída, todas las personas nacen a la imagen de Adán

En Génesis 5 Moisés hace una marcada distinción entre la creación de Adán y el nacimiento del hijo de Adán: “El día en que creó Dios al hombre, *a semejanza de Dios* lo hizo....Vivió Adán ciento treinta años, y engendró un hijo a *su semejanza*,

conforme a su imagen” (versículos 1,3, énfasis agregado). Adán fue creado a la imagen de Dios. El hijo de Adán nació a la imagen de Adán. Adán había perdido la imagen de Dios. El pecado que lo corrompió pasó a sus hijos.

Este pecado se vuelve nuestro en el momento de la concepción, como David confiesa: “En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre” (Salmos 51:5). David no está diciendo que su madre lo concibió durante una aventura amorosa ilícita. Tampoco sugiere que el proceso de reproducción sea un pecado necesario para la propagación de la raza humana. No, está diciendo que desde el momento en que su vida comenzó, desde su concepción, él no era la persona que Dios quería que fuera. El pecado de sus padres pasó a él. Como Jesús observa: “Lo que nace de la carne, carne es” (Juan 3:6). Los padres pecadores conciben hijos pecadores.

Este pecado, al que llamamos pecado original, o pecado hereditario, es real. Es tan real como para hacer que Dios esté enfadado con nosotros. Pablo escribió: “Éramos por naturaleza hijos de ira” (Efesios 2:3). En su carta a los cristianos en Roma, Pablo habló del paso del pecado de Adán a la raza humana: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (5:12). El pecado original es la culpa y la corrupción hereditarias. Nacemos con la desobediencia de Adán cargada a nuestra cuenta. Estamos condenados a los ojos de Dios antes de que respiráramos. El pecado original también es una corrupción hereditaria. Nos falta la justicia que Dios exige, y estamos llenos del deseo por el pecado.

El escritor de himnos Lazarus Spengler, describió muy bien el estado de la raza humana caída, en este himno:

Toda la humanidad cayó en la caída de Adán;
Un pecado común nos infecta a todos.
De uno toda la maldición desciende,
Y sobre todos la ira de Dios pende.

En todos nuestros poderes nuestra corrupción se arrastra
Y somos guardados en la terrible esclavitud,
Con culpa hacemos nuestra respiración infantil
Y segamos sus frutos de aflicción y muerte.

De corazones depravados, al mal inclinados,
Fluyen sólo pensamientos y hechos de pecado;
La imagen de Dios perdida, el alma oscurecida
Ni busca ni encuentra su meta celestial.

(Traducción de CW 378:1-3)

El estado de la raza humana es realmente lamentable. Todas las personas en este mundo nacen espiritualmente ciegas, muertas, y enemigas de Dios. Pablo describió esta condición espiritual innata: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14). Las personas que actúan en base a la razón no serán creyentes en el mensaje del evangelio de salvación en Cristo, porque no son creyentes en que necesitan el Salvador. Piensan que si existe algún problema en su relación con Dios, sólo tienen que ir a Dios y arreglarlo. Las personas nacen espiritualmente ciegas. Piensan que ellas mismas pueden relacionarse bien con Dios. No ven que sus obras las condenan y no pueden salvarlas.

Las personas nacen en este mundo espiritualmente muertas: “Estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo” (Efesios 2:1). Aunque las personas están físicamente vivas en el nacimiento, sin embargo, están espiritualmente muertas desde la concepción. Los hombres no tienen el poder para salvarse. Si el jefe de una familia muriera, su esposa y sus hijos podrían permanecer de pie delante de su ataúd y suplicarle que volviera a ellos, pero ni sus súplicas sinceras, ni sus lágrimas, ni su amor podrían sacar al hombre de ese ataúd. El muerto no tiene el poder para responder a su amor. Alguien incluso podría venir y ofrecerle diez millones de dólares al

hombre para que saliera del ataúd. Pero no importa cuán sincero o atractivo sea la oferta, el hombre no respondería. Los muertos no pueden responder.

De la misma manera, los hombres por naturaleza no pueden ser creyentes en el mensaje del evangelio de salvación por sus propios medios. Dios viene a nosotros a través del evangelio. Nos dice: “Pecador, yo te amo. Te quiero en el cielo. Envié a mi Hijo para que pagara completamente el precio por todos tus pecados. He preparado la salvación para ti como regalo”. Así como el cadáver en el ataúd no pudo responder nada a las ofertas de amor o dinero, así también los seres humanos, que por naturaleza estamos muertos espiritualmente, no podemos hacer nada por nuestros propios medios para responder aceptando la oferta de la salvación de Dios.

En cierto sentido somos como troncos de madera cuando viene la oferta de Dios de la salvación. Los troncos de madera no pueden responder a ninguna oferta. No podemos por nuestra cuenta aceptar la oferta clemente de Dios. En otro sentido no somos como troncos de madera. Respondemos a la oferta salvadora de Dios, pero de una manera negativa. La rechazamos por naturaleza. También nos rebelamos contra la voluntad de Dios. Como Pablo escribió: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la Ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:7,8). Dios dice: “¡Haz esto!”, y los humanos responden: “¡No haremos tu voluntad!” Dios dice: “¡No hagas esto!” y los humanos responden: “¡Haremos lo que queremos!”

Espiritualmente ciegos, muertos, enemigos de Dios. ¡Qué estado tan miserable! Si dependiera de nosotros, pereceríamos en el infierno. ¡Cuán agradecidos estamos porque Dios, el Buen Pastor, busca a las ovejas descarriadas! Dios envió a su único Hijo que nos redimió. Él envía a su Espíritu Santo para llevarnos a la fe mediante las buenas noticias del mensaje del evangelio acerca de Jesús.

El cristiano es una nueva criatura

Si Dios nos hubiera dejado que nos las arregláramos solos, habríamos permanecido en nuestro estado caído para siempre. En lugar de eso, logró nuestra salvación por la vida, muerte, y resurrección, de Jesús. Pero fue más allá de eso, el sufrimiento de Jesús no nos hubiera beneficiado en nada si no fuera por la obra del Espíritu Santo. El Espíritu Santo viene a nosotros por medio del evangelio y el bautismo, y obra la fe en nuestro corazón. La Biblia describe esta creación de la fe de varias maneras. Aunque estamos por naturaleza muertos en el pecado, Dios *nos hace vivir* en Cristo (Efesios 2:1). Por nuestro nacimiento físico estamos corrompidos por el pecado, pero por el bautismo tenemos *el nuevo nacimiento* (Juan 3:5,6). Porque somos incapaces de ser creyentes en el evangelio por nuestra propia cuanta, Dios *nos ilumina* mediante su Espíritu para que creamos el mensaje del evangelio (Efesios 5:8). Hemos nacido en rebelión contra Dios, pero hemos sido cambiados en corazón y vida, para que sigamos el camino de Dios (Lucas 15:7, el arrepentimiento; Hechos 15:3, la conversión).

¿Cuál es el resultado? “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17). La imagen de Dios es restaurada otra vez por medio de la conversión. Pablo dijo: “Vestíos del *nuevo hombre*, creado *según* Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:24, énfasis agregado), y “Revestido del nuevo. Este, conforme a *la imagen del que lo creó*, se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3:10, énfasis agregado). Ahora vemos a Dios como nuestro Creador amoroso y lo llamamos nuestro querido Padre (Gálatas 4:6). Nos deleitamos en su voluntad y anhelamos cumplirla. Como Pablo escribió: “Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios” (Romanos 7:22). Aborrecemos el pecado, como escribió Juan: “Todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios” (1 Juan 3:9).

El cristiano vive en Cristo, abunda en buenas obras por el poder dado por el Espíritu. Jesús dijo: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto” (Juan 15:5). Los cristianos demuestran la obra del Espíritu en ellos por las obras que fluyen de sus vidas. Como Pablo escribió: “Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22,23).

El cristiano vive para Cristo. Junto con Pablo decimos: “El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y él por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Corintios 5:14,15). Cristo transforma a las personas egoístas. Otra vez decimos con Pablo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

La Fórmula de Concordia, describe la vida santificada del Cristiano, de esta manera:

Quando un hombre es engendrado del Espíritu de Dios y es libertado de la ley, es decir, librado de este capataz, y es guiado por el Espíritu de Cristo, vive según la inmutable voluntad de Dios encerrada en la ley; y por cuanto ha sido engendrado por la obra del Espíritu, lo hace todo con espíritu libre y gozoso (1 Ti. 1:19; Ro. 6:8, 14). Y las obras que hace no se pueden llamar estrictamente obras de la ley, sino obras y frutos del Espíritu.²⁰

Al volver al himno que Lazarus Spengler escribió, notamos cuán bien describe la justificación y la santificación, del pecador:

Pero vino Cristo, el segundo Adán,
A llevar nuestro pecado, aflicción, y vergüenza,
Para ser nuestra vida, nuestra luz, nuestro camino,

Nuestra única esperanza, y nuestro único sostén.

Como por un hombre toda la humanidad cayó
Y, nacido en pecado, fue condenado al infierno,
Así por el Hombre que se puso en nuestro lugar
Todos nosotros estamos justificados por la gracia.

Gracias a Cristo; la nueva vida es nuestra,
Nueva luz, nueva esperanza, nueva fuerza, y nuevos
poderes,
Esta gracia nos acompaña en todo el camino
Hasta que alcancemos la meta celestial.
(Traducción de CW 378:4-6)

Todavía el cristiano tiene el viejo Adán

Al mismo tiempo, cuando afirmamos que los cristianos son nuevas personas en Cristo, también debemos reconocer que el viejo Adán (la naturaleza pecadora), todavía se aferra a ellos a lo largo de su vida en este mundo. En los cristianos no se restaura la imagen de Dios por completo, porque no somos totalmente nuevas personas. La Biblia hace muy evidente que el cristiano es una nueva persona, pero que todavía tiene el viejo Adán.

En Romanos 7, Pablo describe al cristiano tanto según la nueva persona y como el viejo Adán. Según la descripción de Pablo, el viejo Adán no puede hacer lo bueno: “Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien” (versículo 18). El viejo Adán impide al cristiano cumplir la voluntad de Dios, como desea la nueva persona: “No hago lo que quiero, sino lo que detesto, eso hago... porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (versículos 15,18,19).

El viejo hombre lucha diariamente contra el nuevo hombre (persona). Pablo sigue describiendo este forcejeo interno: “Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí, pues según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de

mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (versículos 2123). Pablo escribió a los gálatas: “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais” (5:17).

Por lo tanto, la vida cristiana, es una lucha entre la nueva persona y el viejo Adán. El viejo Adán diariamente lucha contra nuestro deseo de cumplir la voluntad de Dios. El diablo y el mundo lo ayudan en esta lucha. Necesitamos considerar algunos asuntos prácticos cuando contemplamos este hecho.

Hay que tomar en cuenta que el cristiano, aun cuando es tentado, sigue siendo cristiano. Alguien podría preguntar: “¿Cómo puedo ser cristiano? Todos los días me encuentro pensando en cosas que no quiero pensar.” Necesitamos recordar que los cristianos enfrentarán diariamente las tentaciones. Estas tentaciones surgen de nuestra carne pecadora. Quizás una ilustración de Lutero nos ayudará a comprenderlo:

...nadie está libre de pruebas. Sin embargo, podemos defendernos contra ellas y controlarlas pidiendo la ayuda de Dios en oración. Así leemos en el libro de los ermitaños de un hermano joven que anhelaba librarse de sus pensamientos. El anciano ermitaño le dijo: “Querido hermano, no puedes impedir que los pájaros vuelen sobre tu cabeza, pero decididamente puedes impedir que aniden en tu cabeza”.²¹

No podemos impedir que los pensamientos pecaminosos nos tenten, pero como cristianos podemos decir no a las tentaciones. Mientras el deseo de cumplir la voluntad de Dios permanece dentro de nosotros, todavía somos hijos de Dios, aun cuando estamos tentados a pecar.

Ya que estamos tentados diariamente, el arrepentimiento diario es vital en nuestra vida. El pecado puede ahogar la fe, de la misma forma en que la cizaña mata a las plantas en un jardín. Si se permite a la cizaña arraigarse, en el futuro exigirá los

nutrientes necesarios para la vida de las plantas y finalmente destruirá las plantas. El pecado hará lo mismo con la fe.

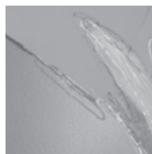
En nuestra vida no podemos tomar el pecado a la ligera. El pecado voluntario o deliberado, destruye la fe. Si permitimos que el pecado se apodere de nuestro corazón, el Espíritu Santo se apartará. La fe será destruida. Esto significa que a diario necesitamos desarraigar de nuestra vida aquellas cosas que son contrarias a la voluntad de Dios. El mundo puede decirnos que nos complazcamos a nosotros mismos, pero la Biblia nos dice que nos neguemos. La vida cristiana incluye diariamente decir no al pecado. Esto no parece agradable, pero es de suma importancia. Pablo dijo con relación a la vida cristiana: “Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24).

En esta lucha contra el trío nefasto: el diablo, el mundo Incrédulo, y la carne pecadora, necesitamos permanecer fuertes. Hacemos esto reconociendo primero nuestras debilidades. Si pensamos que podemos competir con este trío impío, estamos equivocados. La excesiva confianza espiritual es el primer paso para caer. Cuando tenemos la actitud: “Señor, puedo gobernarme yo mismo”, estamos listos a caer. Pero cuando reconocemos nuestra debilidad, y confiamos en el poder de Cristo para enfrentar la tentación que venga, evitaremos la tentación. Como Pablo advirtió a los corintios: “Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12). Pablo recomendó un camino diferente. Él escribió: “Si es necesario gloriarse, me gloriaré en lo que es de mi debilidad” (2 Corintios 11:30).

Pablo sabía que cuando reconocía su propia debilidad, confiaba totalmente en Cristo. Tres veces pidió al Señor que le quitara el “aguijón” de la carne, un “mensajero de Satanás” que lo atormentaba (2 Corintios 12:7,8). Pero el Señor respondió: “Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (versículo 9). Así, Pablo respondió: “Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo

me gozo en las debilidades, en insultos, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (versículos 9,10).

¿Cuánto tiempo durará esta lucha con nuestra carne? ¿Hay alguna esperanza de tener algún alivio de ella aquí en este mundo? La Biblia nos dice que continuará hasta que muramos. Mientras tengamos esta carne pecadora con nosotros, tendremos que luchar contra las tentaciones que surgen de ella. Pero Dios no nos ha dejado sin esperanza. Pablo reconoció lo serio que es la lucha que enfrentó. Clamó: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24). Pero él sigue exclamando con alivio y alegría: “¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro!” (versículo 25). No podemos ganar esta victoria por nuestra propia cuenta. Solos nunca podríamos esperar perseverar en la fe para la vida eterna. Sólo en Cristo estamos seguros de la victoria. Como Jesús dijo a sus discípulos el Jueves Santo por la noche: “En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33). ¡La victoria de Cristo es nuestra victoria por medio de la fe!



6

El medio de producir la santificación: El evangelio en la palabra y en los sacramentos

¿Qué pasaría si usted dejara de comer y tomar agua? Obviamente, moriría muy pronto. Dios conserva la vida, y él normalmente lo hace a través de la comida y el agua. La Biblia registra algunos casos, cuando Dios conservó a las personas milagrosamente aparte del uso normal de la nutrición (Moisés en el monte Sinaí, Elías en el camino a Horeb, y Jesús en el desierto). Sin embargo, éstos eran casos extraordinarios, y Dios no promete que lo hará para nosotros. Más bien, nos dice que usemos los medios que él ha provisto para preservar la vida. Si omitimos hacer esto, acortaremos nuestra vida en este mundo.

De manera similar, Dios también comienza y preserva la fe a través de los medios de gracia, el evangelio en la palabra y los sacramentos. Pablo pregunta: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel

en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?” (Romanos 10:14). Dios nos dice que obrará la fe y producirá la vida santificada del cristiano a través de los medios que él ha proporcionado. No debemos esperar que obre aparte de estos medios. Lutero enfatizó esto en los Artículos de Esmalcalda:

En estas cosas que conciernen a la Palabra oral, exterior, hay que mantenerse firmes en el sentido de que Dios no da a nadie su gracia o su espíritu, si no es con o por la palabra previa y exterior, de modo que estemos prevenidos frente a los entusiastas, esto es, espíritus fanáticos que se jactan de tener el espíritu sin y antes de la palabra y después juzgan, interpretan, y entienden, la Escritura o la palabra externa según su deseo.

En resumen: El entusiasmo reside en Adán y sus hijos, desde el comienzo hasta el fin del mundo, infundido en ellos e inyectado como veneno por el viejo dragón (Ap. 12:9) y constituye el origen, la fuerza, y el poder, de todas las herejías y también del papado y del islamismo. Por eso debemos y tenemos que perseverar con insistencia, en que Dios sólo quiere relacionarse con nosotros los hombres mediante su palabra externa y por los sacramentos únicamente. Todo lo que se diga jactanciosamente del espíritu sin tal palabra y sacramentos, es del diablo.²²

A fin de crecer en la vida santificada, usaremos los medios que Dios ha provisto para producir la santificación: el evangelio, el bautismo y la Cena del Señor. ¿Qué tal la ley de Dios? ¿También es un medio que Dios ha provisto para producir la santificación? En este capítulo notaremos que, aunque la ley no puede producir la santificación, todavía es útil en la vida del cristiano. También notaremos que Dios obra la santificación por medio del evangelio en la palabra y los sacramentos, el bautismo, y la Santa Cena. Finalmente, también notaremos que la oración no es un medio de gracia.

La naturaleza y el propósito de la ley

La ley es la expresión de la voluntad de Dios

¿Qué es la ley? Es la doctrina divina por la cual Dios nos dice cómo debemos ser (perfectos), lo que debemos hacer y no hacer (los mandamientos), cómo nos comparamos con las demandas de Dios (no las alcanzamos), y lo que merecemos debido a nuestros pecados (la condenación). La Fórmula de Concordia lo presenta de esta manera:

Unánimemente creemos, confesamos, y enseñamos, que la ley en su sentido estricto es una doctrina divina en la que se revela la justa e inmutable voluntad de Dios, en lo que respecta a cómo ha de ser el hombre en su naturaleza, pensamientos, palabras, y obras, para que pueda agradar a Dios; y ella amenaza a los transgresores de los preceptos divinos con la ira de Dios y el castigo temporal y eterno.²³

Pero a fin de evitar, en tanto que sea posible, toda ambigüedad y a fin de que se enseñe y conserve correctamente la diferencia entre las obras de la ley y las del Espíritu, es menester observar cuidadosamente que cuando se habla de las buenas obras que se hacen de acuerdo con la ley de Dios (si no se hacen de acuerdo con la ley de Dios no son buenas obras), entonces la palabra “ley” significa una sola cosa, a saber, la inmutable voluntad de Dios, según la cual los hombres deben regir la conducta de su vida.²⁴

El Señor dio, a Adán y A Eva, el conocimiento perfecto de su voluntad. Ésta era parte de la imagen de Dios cuando Adán y Eva, fueron creados. No necesitaban que Dios les dijera qué hacer: lo supieron en virtud de su creación. Puesto que eran santos y justos, desearon seguir los mandamientos de Dios con entusiasmo, y vivieron según su voluntad.

La ley, que tenía la intención de dar la vida, ahora trae la muerte

¿Cuál fue el propósito original de Dios al dar su ley a los humanos? Pablo afirma que era dar la vida (Romanos 7:10). Si Adán y Eva, hubieran seguido viviendo según la ley de Dios, habrían seguido viviendo en su estado bendito de compañerismo con Dios. Hubieran tenido la vida eterna. Lamentablemente, la desobediencia humana cambió el propósito original de la ley de Dios. Esto no quiere decir que la ley de Dios ha cambiado o ya no es válida. Lo que cambió es esto: ahora cuando la ley se dirige a los pecadores, no trae la vida. Más bien, la ley ahora revela la desobediencia humana. Nos condena por la desobediencia a Dios. Trae la muerte, y no la vida (7:10).

La ley como espejo

¿Qué propósito tiene la ley desde la caída en el pecado? La ley tiene el propósito de servir como un espejo, revelando el pecado y la profundidad de la corrupción del pecado. “Por medio de la Ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3:20). La ley nos dice qué es el pecado. Después de la caída en el pecado, el conocimiento de los hombres de la voluntad de Dios era borroso e imperfecto. Las personas pueden comprender que el adulterio es un pecado, pero necesitan saber que la codicia también es pecado (Mateo 5:27,28). Pablo dijo que él no habría sabido que era pecado codiciar si la ley no se lo hubiera revelado (Romanos 7:7). Dios nos ha revelado su ley a través de la palabra escrita, para que pudiéramos tener conocimiento más claro de su voluntad.

La ley es la norma con la que comparamos nuestras vidas. Nos muestra cómo nos desviamos de la voluntad de Dios. También revela nuestra depravación pecaminosa. Revela las profundidades de la corrupción de la naturaleza humana; nos dice que no hay nada bueno en nuestra carne humana (Romanos 7:18). Cuando revela nuestros pecados, la ley saca de nosotros una reacción enfadada. Estimula el pecado para activarlo (versículo 8). Como cuando alguien mueve un nido de avispones

metiendo un palo en la colmena, así también la ley provoca en nosotros una reacción enfadada de rebelión contra la voluntad de Dios. El problema no está en la ley; el problema radica en nuestra naturaleza rebelde.

La ley como freno

La ley también tiene otro propósito. Actúa como un freno para restringir hasta cierto punto el estallido grosero del pecado, en este mundo. Con su amenaza de la ira y el juicio de Dios, la ley actúa como un perro feroz encadenado. La cadena no hace bueno al perro. Sin embargo, protege a la sociedad del perro. La ley no convierte en cristianos a las personas del mundo. No obstante, ayuda para mantener el orden en la sociedad. Cuando se enfría en la sociedad el conocimiento natural de la voluntad de Dios, el respeto por la vida y el bienestar de los seres humanos también se perderá.

Por lo tanto, la ley sirve para revelar el pecado y restringir su estallido en el mundo. ¿Pero qué tal en los cristianos? ¿Puesto que Dios ha renovado a los cristianos, necesitan todavía la ley? Notaremos que aunque los cristianos no están bajo la ley, todavía pueden utilizar la ley en su vida santificada.

El cristiano no está bajo la ley

El cristiano está libre de la maldición de la ley

¿De qué manera no está bajo la ley el cristiano? En primer lugar, los cristianos no están bajo la condenación que Dios pronuncia contra todos los que infringen su ley. Dios está en serio al exigir que las personas guarden su ley. No es como un padre indulgente que dice a sus hijos que obedezcan, pero después les permite hacer todo impunemente. Dios exige la obediencia a su ley, y amenaza castigar a todos los que lo desobedecen, incluso una sola vez. Cuando Pablo advirtió a los gálatas que no volvieran atrás para ponerse otra vez bajo la ley

de Moisés, escribió: “Todos los que dependen de las obras de la Ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito sea el que no permanezca en todas las cosas escritas en el libro de la Ley, para cumplirlas...Pero la Ley no procede de la fe, sino que dice: El que haga estas cosas vivirá por ellas” (3:10,12).

Por tanto, todas las personas caen bajo la condenación de Dios, porque todas han infringido su ley (Romanos 3:23). Sin embargo, Dios en su amor nos ha librado de la condenación que merecemos. Lo hizo al enviar a su Hijo a este mundo para asumir él mismo el castigo que nosotros merecemos sufrir. Como Pablo escribió: “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, haciéndose maldición por nosotros (pues está escrito: ‘Maldito todo el que es colgado en un madero’)” (Gálatas 3:13). Jesús sufrió el castigo que nosotros merecemos sufrir. Dios aceptó el castigo de Jesús en nuestro nombre. El Creador sufrió en lugar de sus criaturas que se habían rebelado contra él. Dios reconcilió al mundo consigo mismo en Cristo (2 Corintios 5:19-21). Debido a la obediencia y muerte de Jesús como nuestro sustituto, Dios libró al mundo de la condenación que justamente merecimos por haber infringido la ley divina.

Esta libertad, la cual Cristo ganó para todos, llega a ser nuestra por medio de la fe en Cristo. El no creyente, quien rechaza a Jesús en la incredulidad, queda bajo la ley y la ira de Dios. Esencialmente, el incrédulo está diciendo a Dios: “No me des lo que Jesús ganó para mí. Dame lo que merezco”. Sin embargo, el creyente es libre de la condenación de la ley de Dios. Por medio de la fe en Jesús, los creyentes poseen como suya la libertad que Cristo ganó para todos. De este modo, Dios no castiga a los creyentes por sus pecados. Dios castigó a Cristo por los pecados de ellos y por los del mundo entero.

El cristiano es libre para servir a Dios sin temor

También somos libres en otra forma. Somos libres para servir a Dios sin temor. Deseamos hacer la voluntad de Dios; sin embargo, sabemos que aun los mejores esfuerzos de hacer

buenas obras todavía están contaminados por el pecado. El viejo Adán contamina todo lo que hacemos. ¿Significa que cuando tratamos de obedecer los mandamientos de Dios, todavía haremos que Dios esté enojado con nosotros, porque nuestras obras son imperfectas? No, porque a través de la justicia de Cristo, nuestras buenas obras son aceptables a Dios. La perfección de Cristo cubre todas nuestras imperfecciones. “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:5).

Así, estamos libres para servir a Dios sin temor a que las obras de nuestra vida santificada nos traerán la condenación de Dios. Aunque el pecado todavía corrompe nuestras obras, Dios las acepta por causa de Jesús. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu, porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Romanos 8:1,2).

Tampoco el temor, es una razón para guardar los mandamientos de Dios. No tenemos que pensar: “Más me vale hacer lo que Dios dice o me castigará”. Más bien, nosotros, por medio de la fe, nos apropiamos de la verdad preciosa de que por medio de Cristo somos absueltos de todo el pecado y declarados justos ante Dios. Entonces nos acercamos a los mandamientos de Dios con una actitud de seguirlos para agradecerle por su gracia y misericordia en Cristo.

El cristiano es libre de la ley que Dios proporcionó a Israel por medio de Moisés

Somos libres de la ley de otra manera. No estamos bajo la ley que Dios proporcionó a Israel en el Antiguo Testamento. Cuando el Señor dio su ley a Israel, hizo un pacto con ellos. Dijo: “Ahora, pues, si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos, porque mía es toda la

tierra. Vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa” (Éxodo 19:5,6). Esta ley fue para Israel solamente. Era un pacto entre Dios e Israel. Israel tenía que cumplir estipulaciones en este pacto. Si Israel no se mantenía fiel a su parte, el pacto era nulo y no tenía valor. Este acuerdo estaba lleno de reglas y regulaciones que sólo pertenecieron a Israel. Incluso los Diez Mandamientos se dieron con aplicaciones especiales sólo para Israel (por ejemplo, el tercer y cuarto mandamientos).

Israel rompió este pacto una y otra vez, a lo largo del Antiguo Testamento. Sólo la gracia y fidelidad de Dios, hizo que este pacto se mantuviera en vigencia hasta que Jesús naciera y llevara a cabo su obra. Desde que Jesús terminó su obra, ese pacto con Israel, que sirvió como la promesa de Dios del Salvador, ya no permanece en efecto (Gálatas 3:15-25; Hechos 15:1-35). No estamos obligados a guardar las estipulaciones de la ley que Dios proporcionó a Israel por medio de Moisés. Sin embargo, estamos obligados a la ley tal como Dios la escribió en el corazón de Adán y como nos la ha revelado en el Nuevo Testamento.

El cristiano es libre de las ceremonias y reglas humanas

En conformidad con nuestra libertad de la ley mosaica, también estamos libres de todas las regulaciones humanas. No estamos diciendo que estamos libres de las leyes del gobierno. Dios nos ordena que obedezcamos al gobierno. No estamos diciendo que sí, en amor y por causa del buen orden, acordamos hacer nuestro trabajo de cierta manera que podemos pasar por alto lo que hemos acordado. Más bien, estamos diciendo que sólo Dios puede hacer demandas en nuestra conciencia. Los seres humanos no pueden hacer reglas que Dios no ha dictado y luego decirnos que tenemos que observarlas para ser salvos.

En el tiempo de Jesús, los rabinos (maestros de la ley) hicieron que las aplicaciones de la ley de Dios fueran obligatorias para los demás. Así, criticaron a Jesús por quebrantar el sábado porque transgredió sus reglas humanas acerca del trabajo en sábado (Mateo 12:1-14). Jesús descartó las reglas de los rabinos citando

las palabras de Isaías: “Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí, pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres” (15:8,9). Ninguna persona, ninguna iglesia puede obligar a nuestras conciencias con reglas. Sólo Dios puede obligar a nuestras conciencias.

La ley no es hecha para el justo sino para el impío

Estamos libres de la maldición de la ley, de cumplir la ley en el miedo servil, de las leyes que Dios proporcionó a Israel, de todas las regulaciones humanas que pertenecen a nuestra vida de fe. Somos libres de la ley. Como Pablo escribió: “Conociendo esto: que la Ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes, para los impíos y pecadores, para los irreverentes y profanos, para los parricidas y matricidas, para los homicidas, para los fornicarios, para los sodomitas, para los secuestradores, para los mentirosos y perjuros, y para cuanto se oponga a la sana doctrina, según el glorioso evangelio del Dios bienaventurado, que a mí me ha sido encomendado” (1 Timoteo 1:9-11). Por medio de Cristo, el cristiano está libre de la ley. La Fórmula de Concordia declara: “A fin de explicar y establecer una decisión final respecto a esta controversia, unánimemente creemos, enseñamos, y confesamos, que si bien es cierto que los creyentes en Cristo, han sido convertidos a Dios, y han sido justificados, están libres y exentos de la maldición de la ley...Pues la ley no fue dada para el justo, como declara el apóstol (1 Timoteo 1:9), sino para los transgresores”.²⁵ No obstante, esto no significa que el cristiano no necesita la ley. Si los cristianos se renovaran totalmente a la imagen de Dios, entonces no necesitarían la ley. Puesto que los cristianos todavía tienen el viejo Adán, necesitan la ley de Dios en sus vidas. En relación con las citas anteriores, la Fórmula de Concordia también declara: “Esto empero no se debe interpretar en el sentido de que los justos han de vivir sin la ley”.²⁶

Esto nos lleva al siguiente punto.

Todavía la ley es útil en la vida del cristiano*Los cristianos todavía tienen el viejo Adán*

Los cristianos son santos y pecadores. El nuevo ser y el viejo Adán existen en la misma persona. Puesto que esto es el caso, los cristianos todavía necesitan la ley. Había algunos en el tiempo de Lutero que enseñaban que la ley no desempeñaba ningún papel para que las personas se arrepintieran. Entre ellos estaba un colaborador de Lutero que se llamaba Juan Agrícola (1494–1566). Otros enseñaron que la ley no debe predicarse al cristiano. La Fórmula de Concordia presenta la enseñanza bíblica de la siguiente manera:

Lo cierto es que si los hijos creyentes y escogidos de Dios, fueran completamente renovados en esta vida mediante la morada del Espíritu Santo de modo que en su naturaleza y todas sus facultades fuesen enteramente libres de pecado, no necesitarían ley alguna y por ende nadie que los hostigue a hacer lo bueno, sino que ellos mismos harían, de su propia iniciativa, sin ninguna instrucción, advertencia, incitación u hostigamiento, de la ley, lo que es su deber hacer según la voluntad de Dios...

Los creyentes empero no reciben renovación completa o perfecta en esta vida. Pues aunque su pecado queda cubierto mediante la perfecta obediencia de Cristo, de modo que ese pecado no se atribuye a los creyentes para condenación, y también mediante el Espíritu se empieza la mortificación del viejo Adán y la renovación en el Espíritu de su mente, sin embargo, el viejo Adán aún se adhiere a ellos en la naturaleza de éstos y todas sus facultades internas y externas.

Por lo tanto, a causa de estos deseos de la carne, los hijos creyentes, escogidos, y regenerados, de Dios necesitan en esta vida no sólo la diaria instrucción, advertencia, y amenaza de la ley, sino también los castigos que ella con frecuencia inflige,

a fin de que el viejo hombre sea arrojado de ellos y de que ellos sigan al Espíritu de Dios.²⁷

La ley sirve al cristiano como un espejo

Los cristianos necesitan la ley para suprimir al viejo Adán. Necesitamos la ley como un espejo que revele nuestros pecados. Aunque estamos plenamente conscientes de que somos pecadores, a nuestro viejo Adán le gusta rebelarse contra esta valoración. Nos gusta minimizar nuestro pecado, excusarlo, cerrar los ojos ante él. Nos gusta compararnos con otros. Pensamos que de alguna forma Dios debe agradarse más de nosotros que de otros, en este mundo. En fin, nos gusta creer que somos mejores que otros en el mundo.

El viejo Adán tiende a pensar que es justo por sus esfuerzos. Cuando esa idea de la justicia propia presenta su aspecto horrible, necesitamos crucificarla con la ley. En la ley de Dios veremos que él no nos compara a otros, sino con su santa norma de perfección. Veremos que necesitamos urgentemente al Salvador. La ley nos muestra que necesitamos desesperadamente a Jesús en nuestra vida todos los días.

La ley frena al viejo Adán

También necesitamos la ley como un freno. El viejo Adán está dentro de nosotros como una fiera enjaulada. Mientras la puerta de la jaula se cierre con llave, la fiera no puede hacer daño. Pero se abre la puerta, y la fiera está libre para salir y hacer gran daño. De la misma manera, la ley mantiene al viejo Adán bajo control. Mientras que la ley mantenga restringido al viejo Adán, no se apoderará de nuestra vida y tampoco destruirá nuestra fe. Pero el descuido y la indiferencia al pecado permiten que la lujuria se desenfrene, que el corazón guarde rencor y odio, que su conciencia se embote, y el resultado será que el viejo Adán andará suelto. La fe será destruida. La ley, con sus amenazas de condenación, debe mantener al viejo Adán bajo control.

La ley muestra al cristiano las obras que son agradables a Dios

El cristiano también necesita la ley de otra manera. Nosotros deseamos agradar a Dios. ¿Pero qué es agradar a Dios? Aquí la ley nos dice lo que necesitamos saber. Nos muestra las obras que agradarán a Dios. Nos impide inventar obras que pensamos que sean agradables a Dios. La Fórmula de Concordia también describe este uso de la ley divina en la vida del cristiano: “Esta doctrina acerca de la ley también es necesaria para los creyentes, a fin de que no dependan de su propia santidad y devoción, y so pretexto del Espíritu Santo, establezcan cierta forma de culto divino, independiente de la palabra y el mandato de Dios”.²⁸

El Salmista dice: “¿Con qué limpiará el joven su camino? ¿Con guardar tu palabra!” (Salmos 119:9).

La ley tiene un lugar en la vida del cristiano. Sirve como un espejo para mantenernos conscientes de nuestros pecados. Sirve como un freno, para tener bajo control a nuestro viejo Adán. Sirve como una guía para hacernos conscientes de qué obras son agradables a Dios. ¿Pero puede la ley permitirnos que hagamos buenas obras? ¿Puede, en alguna forma, darnos el poder para hacer lo que exige Dios? No, no puede. Aunque la ley es útil en la vida del cristiano, sin embargo, no puede dar poder para la vida cristiana.

Sólo el evangelio puede producir la vida santificada

El evangelio da poder para vivir en santidad

La ley exige obediencia y santidad. Sin embargo, no da el poder para cumplir esas exigencias. La ley nunca puede salvar a los pecadores; sólo puede condenarlos. Por otro lado, el evangelio (las buenas nuevas de salvación en Jesús) tiene el poder para salvar. El evangelio no sólo nos invita a creer en Jesús sino realmente crea la fe salvadora en nuestro corazón. En ese sentido, solamente el evangelio nos da el deseo, la Habilidad, y la motivación, para vivir de acuerdo a la voluntad de Dios.

La ley señala la voluntad de Dios. Es como el mapa del camino. El mapa puede mostrarme cómo viajar de Chicago a Miami, pero si mi automóvil no tiene gasolina, no voy a ir a ninguna parte, no importa que el mapa muestre claramente el camino. Así también, sin la fuente del alimento del evangelio, el cristiano no irá en la dirección que la ley indica. Jesús dijo: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5).

El amor y la gracia de Dios, y la obra redentora de Jesús, dan al cristiano el estímulo para cumplir la ley. El Espíritu Santo, que obra a través del evangelio, capacita al cristiano para amar a Dios y a los demás. El evangelio es el único poder que capacita al cristiano para llevar la vida santificada. ¿Pero qué tal esas páginas en la Biblia donde se dan los mandamientos sin la clara motivación del evangelio? Veamos algunos de estos casos y nos daremos cuenta de que el evangelio es la motivación y el impulso para también responder a estos mandamientos.

¿Qué tal Israel en el Antiguo Testamento? ¿No dio el Señor su ley a los israelitas y esperó que la cumplieran simplemente? ¿No es el Antiguo Testamento tan solo un mensaje de la ley, a la vez que el Nuevo Testamento es un mensaje del evangelio? No, ambos el Antiguo y el Nuevo Testamentos contienen la ley y el evangelio. Cuando el Señor dio su ley a Israel, le antepuso el evangelio. Cuando Dios anunció a Moisés que pensaba hacer su pacto, o acuerdo, con Israel, comenzó con las palabras: “Vosotros visteis lo que hice con los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águila y os he traído a mí” (Éxodo 19:4). Antes de que diera los Diez Mandamientos a Israel, el Señor declaró: “Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre” (20:2). Israel podría llamar a Dios “Padre” por su gracia. Las señales de sus muchas misericordias eran un estímulo a Israel para obedecer su ley.

En Romanos 12:1–15:14, el apóstol Pablo muestra que todo lo que el cristiano hace en la iglesia y en el mundo, es su culto

espiritual. Todos los mandamientos en esta sección de Romanos se basan en las palabras preliminares de Pablo: “Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto” (12:1). La misericordia de Dios, provee la motivación y da la fuerza, para responder en amor a Dios y a nuestro prójimo.

En la Epístola del Apóstol San Pablo a los Gálatas, Pablo escribió: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20). El Cristo crucificado y resucitado, que vive en nosotros es quien nos capacita para llevar vidas santificadas. Pero note: la fe se basa en y se nutre por “el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”. En la vida del cristiano el énfasis está en la actividad de Dios. En el versículo anterior a este texto, Pablo enfatizó que “el hombre no es justificado por las obras de la Ley” (versículo 16). La ley es útil para el arrepentimiento diario. Con la ley crucificamos al viejo Adán con sus lascivias que luchan contra nuestro nuevo ser. Pero la ley no puede dar poder para la santificación. Apelar al amor de Dios; a la vida, obediencia, muerte, y resurrección, de Cristo; a lo que Dios ha hecho por la salvación del pecador — esto proveerá la motivación y dará el poder para la vida santificada del cristiano. El *Cristo por nosotros* permitirá al *Cristo en nosotros* prosperar.

Confiamos en lo que Dios ha hecho por nosotros, y no en lo que nosotros hacemos para Dios, para proveer el poder para la vida santificada. La ley es útil para nuestra vida de santificación. Revela el pecado, refrena el viejo Adán, y señala el camino por donde Dios quiere que vayamos. Sin embargo, no puede darnos el poder para la santificación. Pablo escribió: “No estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:14). El evangelio de la gracia de Dios en Cristo inició y fortaleció nuestra fe. Por medio de la fe, Jesús vive en nosotros. Por el poder del evangelio, da

energía, poder, nos habilita, y nos motiva, para vivir de acuerdo a sus mandamientos.

Cuando los cristianos ven sus propios esfuerzos para aumentar su vida santificada, una de dos cosas ocurrirá. Primero, su conciencia les dirá que son imperfectos. Por la ley de Dios, verán cuán lejos están de cumplir la voluntad divina, incluso en su vida santificada. Esto no conducirá a un mayor amor por Dios y a un celo mayor para guardar sus mandamientos. No podemos amar a Dios cuando pensamos que él está enfadado con nosotros. Sólo cuando vemos que estamos reconciliados con él, podemos responder con amor a sus mandamientos. Apelar a los propios esfuerzos del cristiano para dar poder para la santificación, finalmente lleva a sentimientos de culpa, frustración, y al final a la desesperación. ¿Por qué a menudo las personas se sienten tan frustradas en su vida santificada? Es porque están poniendo su mira en el lugar equivocado para su motivación. Debemos enfocarnos en lo que Cristo hizo por nosotros. Entonces, la fe responderá cuando Cristo lleva a cabo su obra de santificación en nosotros.

Segundo, cuando los cristianos toman en cuenta sus propios esfuerzos para darle poder a la vida cristiana, pueden dirigirse en otra dirección—a creer en su propia justicia. Exteriormente, los fariseos llevaron buenas vidas, pero en el Sermón del monte (Mateo 5–7) y en otras partes, Jesús reveló que en realidad estaban muy lejos de guardar la voluntad de Dios. Los fariseos necesitaron saber que los mandamientos de Dios se aplicaban tanto a sus corazones como a sus vidas. Nuestro viejo Adán es igualmente un fariseo. Podemos engañarnos pensando que hemos mejorado nuestra vida santificada por nuestros propios esfuerzos. Cuando nos felicitamos y decimos: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres” (Lucas 18:11), podemos estar ciegos a nuestros pecados y a la necesidad desesperada del perdón de Jesús.

Jesús es el Señor de nuestra vida. Él reina en nuestro corazón, y cumplimos su voluntad alegre y libremente, de acuerdo al

nuevo ser. Su señorío no lo impone a la fuerza ni por las exigencias de la ley o las amenazas del castigo. Más bien, se ejerce en corazones que libremente responden a la vida, obediencia, muerte, y resurrección, de Cristo. El pueblo de Dios, según el nuevo ser, está deseoso de servir a su Señor. Ellos responden con el salmista: “Voluntariamente sacrificaré a ti; alabaré tu nombre, Jehová, porque es bueno” (Salmo 54:6). El amor de Dios permite que Cristo reine mediante la fe como el Señor de nuestra vida. Como Isaías escribió:

“He aquí, Dios es mi salvación;
me aseguraré y no temeré;
porque mi fortaleza y mi canción es Jah, Jehová,
quien ha sido salvación para mí.”
Sacaréis con gozo aguas
de las fuentes de la salvación. (12:2,3)

El bautismo da poder a la vida santificada

El evangelio provee la fuerza para vivir en santidad. Además, el evangelio viene a nosotros en relación con el bautismo. Por consiguiente, también este sacramento es un medio por el que Dios da el poder para la santificación.

Por medio del bautismo Dios nos da la habilidad de llevar la vida santificada. “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:4). El bautismo diariamente nos provee el consuelo del perdón. Nos asegura que nos vestimos con la justicia de Cristo (Gálatas 3:27). Nos da una buena conciencia hacia Dios (1 Pedro 3:21). Nos permite que digamos no al pecado y sí a los mandamientos de Dios (Colosenses 2:11,12). Como Lutero observa en el Catecismo Mayor:

La vida del cristiano no es sino EL bautismo diario, comenzado una vez y continuado sin cesar. Pues tiene que

hacerse sin cesar, de modo que se limpie lo que es del viejo Adán y surja lo perteneciente al nuevo.

Donde existe la fe con sus frutos, no hay un mero símbolo, sino que se agrega la obra. Pero, si la fe no existe permanece un mero signo infructífero.

Por eso, cuando vives en arrepentimiento, vives en el bautismo, el cual no significa solamente dicha nueva vida, sino que la opera, la principia, y la conduce, pues en él son dadas la gracia, el espíritu, y la fuerza, para poder dominar al viejo hombre, a fin de que surja y se fortalezca el nuevo.²⁹

La Santa Cena da el poder para vivir en santidad

La Santa Cena es otro medio que Dios nos ha dado para ayudarnos en nuestra vida cristiana diaria. En la Santa Cena, Cristo nos asegura poderosamente que nos ha perdonado nuestros pecados. Nos dice: “Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado...Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama” (Lucas 22:19,20). Con el pan y el vino, nos da los mismos medios por los que él compró el perdón de nuestros pecados: su cuerpo y su sangre. Su cuerpo y su sangre, que dio y derramó para el perdón de nuestros pecados, nos dan la fuerza que necesitamos para luchar contra nuestra carne pecaminosa. Con respecto a la fuerza que la Santa Cena nos da para llevar vidas santificadas, Lutero escribió en el Catecismo Mayor:

Con razón se denomina este sacramento un alimento del alma, que nutre y fortifica al nuevo hombre. En primer lugar, mediante el bautismo, somos nacidos de nuevo, pero junto a esto permanece, como dijimos, en el hombre “la antigua piel en la carne y en la sangre”. Hay tantos tentáculos y tentaciones del demonio y del mundo, que con frecuencia nos fatigamos, desmayamos y, a veces, hasta llegamos a sucumbir. Pero, por eso nos ha sido dado como sustento y alimento cotidianos, con

objeto de que nuestra fe se reponga y fortalezca para que, en vez de desfallecer en aquella lucha, se haga más y más fuerte.

Para ello se nos da el consuelo, para que cuando el corazón sienta que tales cosas le van a ser muy difíciles, busque aquí la nueva fuerza y alivio.³⁰

La vida del cristiano involucra una lucha diaria contra el diablo, el mundo incrédulo, y nuestra propia carne pecaminosa. Nos convendría usar el bautismo y la Santa Cena. Ambos son medios por los que Dios nos concede el perdón y nos da el poder para llevar vidas santificadas.

Dios da poder a los cristianos para abundar en buenas obras

¿Alguna vez ha visto una flor silvestre en el desierto del suroeste de Estados Unidos? Si usted viaja por el desierto en la época de verano, verá laderas y llanuras desprovistas de toda vegetación excepto ciertos tipos de cactus. Pero si viaja por ese mismo desierto en febrero o marzo, después de que las lluvias han comenzado, verá las laderas y llanuras alfombradas con un inmenso adorno de flores silvestres. La lluvia que da vida hizo que crecieran las flores, lo cual es bello contemplar. De manera similar, el evangelio que da vida hace que el árido corazón produzca la planta de la fe. Nutrida por el evangelio, la fe produce en abundancia buenas obras que glorifican a Dios y sirven a nuestro prójimo. Al quitar la lluvia del desierto, no habrá ninguna planta y tampoco habrá belleza. Así también si quitamos el evangelio del cristiano, no habrá fe ni tampoco obras.

Los errores en la santificación con respecto a la ley y al evangelio

El antinomianismo

El antinomianismo es un error que rechaza la predicación de la ley. *Nomos* es la palabra griega para la ley. Los antinomistas

están literalmente “contra la ley”. Específicamente, cuestionan si debemos predicar la ley. Los antinomistas extremos rechazan la predicación de la ley, incluso a los incrédulos. Otros antinomistas son menos extremos en su perspectiva. Piensan que la ley debe predicarse a los incrédulos, pero no creen que se deba proclamar a los cristianos. Este error preocupó a la iglesia en los días de Lutero y después de su muerte. Los luteranos abordaron este error, condenándolo en el Artículo VI de la Fórmula de Concordia. La ley es útil para la vida del cristiano. Puesto que no somos totalmente renovados en esta vida, todavía necesitamos usar la ley en nuestras vidas. Tan sólo cuando nos encontremos perfeccionados en el cielo, no necesitaremos ya la ley como espejo, freno, y guía. Entonces poseeremos la imagen de Dios en su totalidad. Ahora todavía tenemos el viejo Adán con quien luchar.

El legalismo

El legalismo implica poner al cristiano de nuevo bajo la ley. Pablo nos dice que no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia (Romanos 6:14). Lo siguiente sirve como una buena descripción de este error:

La relación entera del cristiano con Dios es determinada por la ley. Se acude a la ley para llevar a cabo lo que sólo el evangelio hace y puede hacer; de hecho, el evangelio se convierte en ley. El primer ejemplo de esto lo tenemos en la Iglesia Católica Romana. Allí, la salvación ya no se está viendo como nuestra por la gracia a través de la fe, sino las obras del hombre están involucradas en ganar la salvación. En cuanto a la santificación o la vida cristiana, en lugar de ser un fruto de la fe, llega a ser el medio de salvación. Los sacramentos son cambiados de ser los medios de gracia, por los que Dios nos da sus dones, a obras de obediencia, o a sacrificios que se presentan para ganar la salvación. No el evangelio, sino la ley llega a ser el poder motivador en la vida cristiana. Usted hace la voluntad de Dios porque la ley dice

que usted debe hacerla, y no porque el amor de Dios le constriñe. El legalismo, y su íntimo compañero el moralismo, es destructor de la fe y de la salvación. En el legalismo, aunque con la boca hablan del evangelio, la ley efectivamente lo reemplaza.³¹

El legalismo se encuentra en dondequiera que a las personas se les señale la ley, para habilitar su vida santificada. El moralismo se encuentra en dondequiera que las personas tratan de cambiar la conducta humana por lecciones sacadas de la ley. La ley puede producir una conformidad exterior a sus demandas en las personas, pero nunca puede salvar, ni tampoco puede producir la santificación. Sólo el evangelio puede hacer esto.

Actualmente estamos sumergidos en el legalismo por todos lados. La doctrina, de la Biblia, de la santificación, la cual sostienen los luteranos que aún se aferran a las Confesiones luteranas, es única. No encontrará esta enseñanza correcta en ninguna otra iglesia. Como un claro ejemplo de esta afirmación, el libro titulado *Five Views On Sanctification* [Cinco puntos de vista sobre la santificación] presenta los puntos de vista sobre la santificación de metodistas (wesleyanos), reformados, pentecosteses, el movimiento keswick, y agustinianos dispensacionistas.³² Todos tratan la santificación desde la perspectiva de la ley. Todos dejan el evangelio en segundo plano. Todos presentan la clave de la santificación como si fuera un esfuerzo que realizara el creyente. Ya sea entregando su voluntad a la de Cristo, orando, siguiendo ciertas “reglas” encontradas en los mandamientos de Dios — todos vuelven a poner al cristiano bajo la ley.

En contraste, la teología luterana proclama la verdad preciosa de la Escritura de que Dios produce la vida santificada por medio del evangelio de Jesucristo. Cuando tratemos de vivir nuestra vida para la gloria de Dios, tengamos cuidado de no omitir la ley en nuestra vida. Al mismo tiempo, tengamos cuidado de no buscar en la ley el poder para nuestra vida santificada. Más bien,

puesto que la gracia de Dios nos ha redimido, renovado, y revivido, avanzaremos en nuestra vida santificada, habilitados por todo lo que Cristo ha hecho por nosotros. Mediante el evangelio de Cristo vivimos libre y alegremente para la gloria del nombre de Cristo. Como la Fórmula de Concordia declara:

Pero es menester explicar con toda claridad lo que el Evangelio, hace, produce, y obra, para la nueva obediencia de los creyentes, y en qué consiste el oficio de la ley en este asunto, es decir, en lo que respecta a las buenas obras de los creyentes.

Pues la ley dice, por cierto, que Dios desea y ordena que andemos en novedad de vida, pero no concede el poder y la capacidad para empezar a realizar esa nueva vida. En cambio, al Espíritu Santo, que es dado y recibido, no por medio de la ley, sino por medio de la predicación del evangelio (Gá. 3:2,14), renueva el corazón. Después de esto el Espíritu Santo utiliza la ley para instruir a los regenerados y mostrarles mediante los Diez Mandamientos en qué consiste la buena voluntad de Dios (Ro. 12:2), y qué buenas obras Dios ha preparado para que anden en ellas (Ef. 2:10). El Espíritu los exhorta, pues, a las buenas obras; pero si en lo que respecta a estas obras son perezosos, negligentes, y rebeldes, por causa de la carne, los reprueba por medio de la ley...Por lo tanto, cuantas veces tropiecen los creyentes tantas veces son reprobados por el Espíritu Santo por medio de la ley, y por el mismo Espíritu son edificados y consolados otra vez mediante la predicación del evangelio.³³

Hemos notado que Dios produce los resultados de la santificación en la vida del cristiano. Él hace su obra a través de los medios de gracia, el evangelio en la palabra y los sacramentos. El crecimiento en la vida santificada del cristiano, entonces, vendrá de acuerdo al cronograma de Dios. Los resultados vendrán cuando Dios haga su obra. De nuestra parte, necesitamos tener cuidado de no impacientarnos o sentirnos

insatisfechos con el cronograma o los resultados de Dios. Al tratar con otros, tal vez no veamos en su vida el progreso que nos gustaría ver.

La tentación, entonces, es tratar de “ayudar a Dios un poquito”. Podemos intentar hacer esto a través de la coerción, el regaño, y poniendo presión en general, para poder extraer la santificación más rápidamente de las personas. Tales esfuerzos son legalismo y son un estorbo, para la obra de Dios por medio del evangelio. Más bien, nutriremos la fe con el evangelio en la palabra y los sacramentos. A través de estos medios Dios lleva a cabo su obra de santificación.

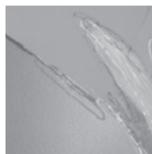
La oración no es un medio de gracia

La oración es una parte importante en la vida santificada del cristiano. El escritor de himnos James Montgomery (1771–1854) describió la oración como “el aliento vital del cristiano, el aire natural del cristiano” (Lutheran Hymnal 454:4). La oración fue importante en la vida de Jesús. Él pasaba tiempo considerable en comunión con su Padre celestial. Daniel reservó tiempo para orar tres veces al día. Pablo habla de las muchas oraciones que ofreció en nombre de las iglesias. Martín Lutero pasó las primeras horas del día orando, y se dice que a menudo sus sesiones de oración matutina duraron como tres horas.

A través de la oración estamos en constante comunicación y comunión con nuestro Padre por medio de Jesucristo. Sin embargo, la oración no es un medio de gracia. No es un medio por el cual Dios nos da su gracia. Ésta viene por medio del evangelio, del bautismo, y de la Santa Cena. La oración es un medio por el cual nos acercamos a Dios. Los medios de gracia son la vía a través de la cual Dios viene a nosotros, dándonos el beneficio de lo que Cristo hizo para nosotros.

La oración es importante en la vida santificada del cristiano, pero no es un medio por el cual la vida santificada se nutre y recibe poder. Sólo los medios de gracia nutren y dan el poder, para la vida santificada del cristiano. Necesitamos recordar esto

en esta época cuando muchos de los que nos rodean dicen que la oración es un medio para crecer en la vida de santidad. La oración fluye de la fe, pero la oración no da el poder para la fe. Repetimos, es la obra que Cristo realizó por nosotros, y no es nuestro acercamiento a él lo que sostiene y nutre la fe.



7

La necesidad de la vida santificada

¿Es necesaria la vida santificada del cristiano? Para contestar esta pregunta, tendríamos que hacer otra. “¿Por qué es necesaria la vida santificada del cristiano?” En este capítulo trataremos la necesidad de la santificación. En la Escritura veremos que mientras la santificación es necesaria en algunas áreas, no es necesaria en otras. Empezaremos con las áreas donde la santificación no es necesaria.

La santificación no es necesaria para la justificación

El diablo sabe que puede destruir la fe de una persona atacando la enseñanza de la Biblia, de que somos justificados ante Dios por la gracia mediante la fe. Cuando las personas cambian el fundamento de su fe, la cual es Cristo, a sus propias obras, están en peligro de perder la salvación. Por eso, Pablo advirtió con insistencia a los cristianos de Galacia, en su carta. Ciertas personas, llamadas judaizantes, vinieron a los gálatas y les

enseñaron un falso camino diferente de salvación del que Pablo les había enseñado. Estos judaizantes equivocadamente creían que el camino a la salvación era un esfuerzo de cooperación entre Dios y los hombres. Dios hizo su parte al enviar a Jesús para que pagara por nuestros pecados. Ahora, dijeron, deben hacer su parte: seguir la práctica del Antiguo Testamento de la circuncisión y obedecer la ley de Moisés. Entonces, dijeron, se salvarán. Pablo no tuvo pelos en la lengua en su respuesta a estas enseñanzas de los judaizantes. Dijo: “De Cristo os desligasteis, los que por la Ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (5:4).

La confianza en las obras humanas, rechaza y destruye la salvación por la gracia por medio de la fe en Jesucristo. Por eso, el diablo a lo largo de la historia ha estado promoviendo su mentira de la salvación por las obras. En este esfuerzo, él tiene un aliado natural en nuestro viejo Adán. Nuestra carne pecadora tiene la idea de que podemos arreglar nuestra relación con Dios. Por esto, la iglesia siempre tiene que poner en claro que la justificación se basa en la obediencia y sufrimiento de Cristo, y no en nuestro propio esfuerzo. La gracia de Dios excluye nuestras obras. La Biblia hace esto muy claro. Citando algunos ejemplos, Pablo nos dice: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley” (Romanos 3:28). “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9). “Pero cuando se manifestó la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor para con la humanidad, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia” (Tito 3:4,5a).

¿Es necesaria la santificación? La santificación no es necesaria cuando se trata de la justificación. Dios nos salvó sin nuestras obras. Él nos salvó a pesar de nuestras obras. Incluso las obras en nuestra vida santificada son imperfectas. Sólo la obediencia de Cristo fue perfecta. Su vida, su obediencia, su expiación, su sangre, son la base para el veredicto de Dios de la absolución. Las buenas obras no salvan.

La pregunta de si las buenas obras son necesarias para la salvación, tuvo que tratarse en el tiempo de la Reforma luterana. La Iglesia Católica Romana, enseñó que las buenas obras contribuyen para la salvación del pecador. Dios usó a Martín Lutero, para hacer evidente que Dios nos salva por la gracia por medio de la fe, sin nuestras obras. Desgraciadamente, hubo un intento de volver a dar un papel a las obras, en la salvación del pecador, entre algunos de los seguidores de Lutero. Jorge Major (1502–1574), un alumno y colega de Felipe Melanchthon, confundió la clara enseñanza del evangelio. Insistió en que “las buenas obras son necesarias para la salvación”, que “es imposible salvarse sin las buenas obras”, y que “nadie se ha salvado jamás sin las buenas obras”.³⁴ El Artículo IV de la Fórmula de Concordia habla de este problema cuando declara:

Si se enseña que las buenas obras son necesarias, también hay que explicar por qué son necesarias, y qué razón hay para que lo sean...Aquí, empero, debemos tener cuidado para que no se introduzcan y se mezclen las obras en los artículos de la justificación y de la salvación. Por lo tanto, se rechazan las proposiciones de que las buenas obras son necesarias para la salvación del creyente, de modo que sea imposible ser salvo sin las buenas obras. Tales proposiciones están diametralmente opuestas a las partículas excluyentes en los artículos de la justificación y de la salvación.³⁵

Las buenas obras no son necesarias para la salvación. Dios ha hecho todo por medio de su Hijo, Jesucristo. ¡Mantengamos nuestras obras fuera de la doctrina de la justificación! ¡Sólo la obra de Cristo cabe allí! Cuando basamos nuestra salvación sólo en Jesús, entonces tenemos la esperanza segura. Cuando basamos nuestra esperanza de la salvación en algo que nosotros hemos hecho, entonces no tenemos ninguna seguridad de la salvación. Nunca sabríamos si ya hemos hecho lo suficiente. ¡Gracias a Dios que Jesús hizo todo lo necesario para salvarnos!

Al responder al llamamiento
 A estar feliz contigo allí,
 Habrá de ser mi canto eterno
 “Moriste tú, Jesús, por mí. (CC 218:4)

La santificación no preserva la fe

¿Es necesario que el cristiano lleve vida santificada para preservar la fe? ¿Nos conservan las buenas obras en la fe de Jesús para la vida eterna? La respuesta a esta pregunta es no; las buenas obras no preservan la fe. Dios la preserva a través de los medios de gracia. Para explicar esta respuesta, usaremos el mismo método que usaron los escritores de la Fórmula de Concordia, Artículo IV. Empezaremos notando que la Biblia enseña que las obras malas destruyen la fe.

Las obras malas destruyen la fe

En la Carta a los Efesios, Pablo advierte: “Y no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención” (Efesios 4:30). ¿Qué entristece al Espíritu de Dios? En pocas palabras, el pecado lo aflige. Por eso Pablo instó: “Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería, maledicencia, y toda malicia” (versículo 31). Por eso Pablo advirtió: “Sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. No seáis, pues, partícipes con ellos” (5:5-7).

Cuando los pecadores son convertidos, Dios mora en su corazón. Cristo gobierna en nuestro corazón por la fe. El Espíritu Santo conduce nuestra vida. El control o dominio del pecado, es roto por el poder de Cristo. Pablo dice: “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus apetitos; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros

miembros a Dios como instrumentos de justicia. El pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:12-14). No obstante, pecar repetida y voluntariamente, hará que Dios salga de nuestro corazón. En la Epístola a los Gálatas, Pablo enumera los actos de la naturaleza pecadora: “Manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, divisiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas” (5:19-21). Concluye declarando: “En cuanto a esto, os advierto, como ya os he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (versículo 21).

Esta advertencia es tanto para los creyentes como para los no creyentes. Los creyentes que piensan que pueden pecar con impunidad, deben considerar la advertencia en estas palabras: “Aquellos que viven así no heredarán el reino de Dios”. Repetimos, los pecados voluntarios hacen que El Espíritu Santo salga de nuestro corazón.

La Fórmula de Concordia hace resonar la misma advertencia cuando declara:

Ante todo, debe censurarse y rechazarse vigorosamente la falsa ilusión epicúrea, según la cual algunos se imaginan que la fe, la justicia, y la salvación, que han recibido no pueden perderse mediante pecados u obras impías, ni aun cuando esos pecados u obras impías, fuesen hechos a sabiendas y con toda intención, y aseveran que el cristiano retiene la fe, la gracia de Dios, la justicia, y la salvación, aunque se entregue a los malos deseos sin temor y vergüenza, resista al Espíritu Santo, e intencionalmente cometa pecados contra su conciencia.³⁶

Aquí es donde la ley actúa como un freno en nuestra vida. Refrena el brote del pecado que podría destruir nuestra fe. Cuando damos por sentado la gracia de Dios, cuando pensamos que la gracia nos da el derecho para pecar con facilidad, cuando

creemos que podemos vivir en el pecado, y que Dios todavía nos verá como personas que están bajo la gracia, necesitamos escuchar el trueno de las amenazas de Dios para refrenar el pecado.

¿Pueden las personas vivir juntas y disfrutar los privilegios del matrimonio, sin el compromiso legal del matrimonio y aun retener la fe? ¿Pueden las personas seguir las costumbres relajadas del mundo y aún seguir siendo los hijos de Dios? ¿Pueden las personas abusar del alcohol y de las drogas, pueden maltratar a sus esposos u esposas e hijos, pueden vivir con el odio en su corazón, pueden dar el primer lugar en su vida al dinero, y aún retener la fe? Obviamente no podemos juzgar los corazones. Sólo Dios puede hacer eso. Sin embargo, para aquellos cuyas vidas se caracterizan por la desobediencia repetida y voluntaria a Dios, la advertencia sigue en pie: “Aquellos que viven así no heredarán el reino de Dios”. ¡Despierte! ¡Las obras malas destruyen la fe! La fe no coqueteará o vivirá con el pecado. Más bien, ante el pecado, la fe responde con José: “¿Cómo, pues, haría yo este gran mal, y pecaría contra Dios?” (Génesis 39:9).

Dios preserva la fe a través de los medios de gracia

¿Si las obras malas destruyen la fe, entonces la preservan las buenas obras? No, Dios preserva la fe. Él es quien la crea. Pablo escribe: “A vosotros os es concedido a causa de Cristo...que creáis en él” (Filipenses 1:29). Dios es quien sustenta y preserva la fe. Pedro habla a los cristianos: “Sois guardados por el poder de Dios, mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo final” (1 Pedro 1:5). Jesús, el Buen Pastor, nos dice que acudamos a él para la preservación en la fe: “Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco, y me siguen; yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Juan 10:27,28).

El Buen Pastor preserva a su rebaño en la fe por medio del evangelio en la palabra y los sacramentos. Por eso, nos manda

que escuchemos su voz, su palabra. Por eso nos da los sacramentos, para que pueda sostener nuestra fe por medio de ellos. Por eso, es un problema muy serio ser negligentes en usar los medios de gracia. Si oímos irregular, infrecuente, o indiferentemente, la palabra de Dios, estamos dañándonos espiritualmente. La persona que no recibe la nutrición apropiada y regular, enfermará y puede morir. Los cristianos que no reciben la nutrición apropiada y regular para su fe, se pondrán espiritualmente débiles. Están en peligro de perder su fe. Dios preserva la fe, y lo hace a través de los medios de gracia. Haremos uso regular de estos medios, para que Dios pueda cumplir su obra de preservarnos en la fe en Jesús.

Puesto que Dios preserva la fe, la Fórmula de Concordia declara:

Ya que por la palabra de Dios, es evidente que la fe es en realidad el único medio por el cual la justicia y la salvación no sólo son recibidas de Dios, sino también conservadas por él, es propio rechazar el decreto del Concilio de Trento y todo lo que se inclina a la misma opinión, esto es, que nuestras buenas obras conservan la salvación, o que la justicia de la fe que ha sido recibida, o aun la fe misma, es entera o parcialmente guardada y conservada por medio de nuestras obras.³⁷

Hemos visto que la santificación no es necesaria para la justificación o para la preservación de la fe. Sin embargo, hay áreas en las cuales podemos sostener que la vida santificada del cristiano es necesaria.

La santificación es necesaria, porque Dios lo desea

La Biblia hace muy evidente que la vida santificada no es algo que Dios considera opcional para nosotros. Él desea que llevemos vidas santas. Pablo declaró esto sin titubear a los tesalonicenses: “La voluntad de Dios es vuestra santificación: que os apartéis de fornicación;...Dios no nos ha llamado a

inmundicia, sino a santificación” (1 Tesalonicenses 4:3,7). Dios quiere que lo amemos por encima de todo. Quiere que usemos su nombre en la oración, alabanza, y acción de gracias. Desea que oigamos y aprendamos, alegremente su palabra. El Señor también desea que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Quiere que honremos a los representantes que él ha puesto sobre nosotros, por quienes él desea bendecirnos. Nos dice que ayudemos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales. Ordena que llevemos una vida limpia y decente en palabra y obra, cada uno amando y honrando a su cónyuge. Nos dice que seamos serviciales ayudando a nuestro prójimo a mejorar y proteger su ingreso económico y su propiedad. Ordena que defendamos y hablemos bien de nuestro prójimo, que le ayudemos a guardar lo que es suyo.

Dios quiere que los cristianos lleven vida santa. Éste no es un asunto de indiferencia. El Señor no nos dijo que no le importa si hacemos buenas obras o no. Más bien, Jesús dijo: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16).

De una manera similar, Pablo animó a sus lectores a llevar vida santa: “La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a toda la humanidad, y nos enseña que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa, y piadosamente, mientras aguardamos la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. Él se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:11-14).

Dios creó a Adán y Eva, a su propia imagen. Ellos desearon e hicieron lo que Dios quería que hicieran. Dios ha hecho que nosotros, que estábamos muertos en el pecado, vivamos en Cristo. Nos ha capacitado para servirlo con buenas obras. En el cielo, tendremos la imagen de Dios totalmente restaurada. Serviremos a Dios para siempre en justicia y santidad.

Por consiguiente, llevar vida santificada tampoco es un asunto de indiferencia para nosotros. No deseamos tomar a la ligera la gracia de Dios. Deseamos dar todo lo que es nuestro para el Salvador, quien dio todo lo suyo por nosotros. También estamos preocupados por animarnos unos a otros para hacer buenas obras. El escritor del libro a los Hebreos animó a sus lectores: “Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras” (10:24). Dios no ha hecho que la vida santificada sea una opción para aceptar o rechazar. Nos ha redimido y nos ha vivificado para que, como Lutero explica en el Catecismo Menor, nosotros podamos “vivir bajo él en su reino y servirlo en justicia, inocencia, y bienaventuranzas eternas”. Hemos sido librados del pecado de manera que podemos servir a nuestro Salvador. Con corazones agradecidos respondemos:

El mundo entero no será
Presente digno de ofrecer:
Amor tan grande y sin igual
En cambio exige todo el ser. (CC 46:4)

Hay también otra manera en que la santificación es necesaria. Ya que las buenas obras fluyen de la fe, ya que la fe sin obras está muerta, podemos decir que la vida santificada es necesaria, porque ésta fluye de la fe.

***La santificación es necesaria,
porque es un fruto natural de la fe***

La fe es un poder vivo y activo en el cristiano. Constantemente está impulsando al cristiano para hacer las buenas obras. Cuando Jesús habló a sus discípulos antes de que ascendiera al cielo, no les dijo que *debían ser* sus testigos. Les dijo: “me seréis testigos” (Hechos 1:8, énfasis agregado). Cuando el Sanedrín dijo a los apóstoles que ya no predicaran en el nombre de Jesús, respondieron: “No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (4:20). Jesús declaró como realidad: “El que permanece en

mí y yo en él, este lleva mucho fruto” (Juan 15:5).

Si una persona está viva, habrá indicios de vida. La persona tendrá pulso, estará respirando, habrá tensión arterial. Donde hay respiración, hay vida. Si estas señales están ausentes, podemos decir que la persona está muerta. De manera similar, si los frutos de fe están ausentes en el creyente, también podemos cuestionar si la fe está presente o no. Éste fue el tema que Santiago resaltó en su epístola. La fe no es tan solo contemplar intelectualmente las verdades de la Biblia. No es nada más llamarse cristiano o tener parientes cristianos. La fe es la fuerza viva y activa en la vida del cristiano, que produce buenas obras. Santiago observó: “Así también la fe, si no tiene obras, está completamente muerta” (2:17).

Lutero observó: “¡Oh! La fe es una cosa tan viva, fecunda, activa, y poderosa, que le es imposible no hacer continuamente lo bueno. Ni tampoco pregunta si se debe hacer buenas obras, sino que antes de hacer la pregunta, ya ha hecho las buenas obras y está siempre ocupada en hacerlas”.³⁸

Los cristianos se interesarán por los frutos de la fe, en su propia vida. Pedro escribió: “Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección, porque haciendo estas cosas, jamás caeréis. De esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:10,11). Haciendo un comentario sobre este pasaje, las Confesiones Luteranas declaran:

San Pedro enseña por qué deben hacerse las buenas obras, esto es, para que hagamos firme nuestra vocación, es decir, que no caigamos de nuestra vocación en caso de que volvamos a pecar. Haced buenas obras, dice él, para que perseveréis en vuestra vocación celestial a fin de que no volváis a caer y perdáis el Espíritu Santo y sus dones, los cuales recibís, no por causa de obras subsiguientes, sino por la gracia, por medio de Cristo, dones que ahora son retenidos mediante la fe. Mas la fe no permanece en aquellos que llevan vida pecaminosa, pierden el Espíritu Santo y se niegan a arrepentirse.³⁹

La iglesia también se preocupa por los miembros cuyos frutos de fe no son evidentes. Pulso, respiración, tensión arterial — éstas son algunas señales básicas de la vida. Tal vez no digan todo sobre cómo le va a la persona, pero indicarán que la persona está viva. La asistencia a los servicios de adoración y la Santa Cena, contribuciones a la obra del Señor —éstas también son algunas señales básicas de la fe en acción. ¿Si alguien descuida escuchar la palabra de Dios, es ésta una señal de fe? ¡Ciertamente, no lo es! El cristiano en la fe exclama junto con el salmista: “¡Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová! ¡Mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo!” (Salmo 84:2). ¿Si una persona descuida recibir la Santa Cena, es esto una señal de fe? Otra vez, no lo es.

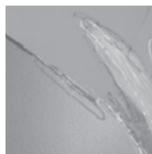
Lutero observó en su prefacio del Catecismo Menor:

Quien no busca o anhela el sacramento unas cuatro veces como mínimo al año, debe temerse que desprecia el sacramento y no sea cristiano, de la misma forma que no es cristiano el que no cree o escucha el evangelio, pues Cristo no dijo “dejad esto” o “despreciad esto”, sino “haced esto todas las veces que bebiereis”, etc. Él quiere verdaderamente que se haga y que no se abandone y se desprecie del todo. “HACED esto”, dice él.⁴⁰

¿Si alguien descuida las ofrendas al Señor, es ésta una señal de la fe? Escribiendo a los corintios acerca de la existencia de la ofrenda recogida para las necesidades en Jerusalén, Pablo declaró: “Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza ni por obligación, porque Dios ama al dador alegre” (2 Corintios 9:7). Dios es el dueño de todo lo que tenemos. Nosotros simplemente somos administradores de lo que él nos ha confiado. Dios quiere que seamos los canales a través de los cuales, los regalos que él nos ha dado sean compartidos con otros. No quiere que seamos esponjas que absorbemos sus regalos, pero que tengamos que ser exprimidos antes de que algo gotee para otros.

Donde la fe está presente, será fuerza viva y activa en el cristiano, induciéndole a servir a Dios y a su prójimo. La vida santificada cristiana es evidencia de la fe viva. En este respecto, entonces, podemos decir que la santificación es necesaria: es la señal de la fe viva.

Puesto que sólo Dios nos salva, la santificación no es necesaria para la salvación. La santificación no es necesaria para la preservación de la fe, porque Dios la conserva a través del evangelio en la palabra y los sacramentos. Por otro lado, debemos decir que la vida santificada es necesaria porque Dios la desea. La santificación es necesaria porque la vida santificada es una señal de la fe viva.



8

La imperfección de la vida santificada

¿Es posible que un cristiano logre la perfección en esta vida? La experiencia humana enseñará que no lo es. Lo que es más importante, la Biblia nos dice que es imposible que los cristianos logren la perfección en esta vida. Entonces ¿por qué encontramos tantos cristianos que creen que pueden alcanzar la perfección en esta vida? La razón es que el diablo y el viejo Adán también están activos en este asunto. Nos gusta sentirnos bien; nos gusta pensar que estamos bien en todo. El diablo quiere que pasemos por alto nuestros pecados. El movimiento del amor propio nos dice que necesitamos amarnos antes de que podamos amar a otros, pero lo encontramos difícil amarnos cuando nos enfrentamos a nuestros pecados.

Es esencial que a diario usemos la ley de Dios como un espejo en nuestra vida. El espejo no refleja un retrato agradable de nosotros como pensamos que debería. El espejo nos muestra cómo somos: pecadores en la necesidad desesperada del Salvador. En este capítulo examinaremos la enseñanza de la

Biblia de que los cristianos no pueden lograr la perfección de la vida santificada en este mundo. También miraremos los errores de los que enseñan lo contrario.

En este mundo el cristiano no puede llevar perfecta vida santificada

El cristiano tiene el viejo Adán

Cualquier discusión de la vida santificada del cristiano tiene que tomar en cuenta la naturaleza pecadora que aún tienen los cristianos después de la conversión. En esta vida el viejo Adán no se marcha. En Romanos el apóstol Pablo habla de la nueva vida que los cristianos llevan en respuesta al evangelio de la gracia de Dios. Declara que Dios nos ha dado vida en Cristo por medio del bautismo (6:3,4). El propósito es “que no sirvamos más al pecado” (versículo 6). Pablo sigue diciendo: “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (versículo 11). Él se regocija: “Pero gracias a Dios que...libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia” (versículo 17,18).

En Romanos 7, Pablo describe cómo Dios ha librado al cristiano de la ley. Él declara: “Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la Ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de entre los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios. Pero ahora estamos libres de la Ley, por haber muerto para aquella a la que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra” (versículos 4,6).

Entonces, Pablo relata que aunque los cristianos han sido librados del pecado y de la ley, todavía deben luchar contra el pecado en su vida. Su influencia todavía está presente. Es el pecado que mora en ellos el que les impide cumplir la ley de Dios. Hablando de él mismo, Pablo declara: “Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí, pues según

el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (versículo 21-23).

Según su nueva naturaleza, Pablo deseaba cumplir la voluntad de Dios. Sin embargo, descubrió que su naturaleza pecadora le impedía llevar a cabo la voluntad de Dios. Su naturaleza pecadora no tenía ningún deseo de hacer lo bueno. El viejo Adán todavía era una fuerza que Pablo tenía que tomar en cuenta en la vida. Le impedía desear vivir vida santificada. El bien que deseaba hacer, no lo hacía. El mal que no quería hacer, lo hacía (versículo 15-20). Pablo no era un cristiano nuevo, cuando escribió estas palabras. Por el contrario, era un cristiano maduro, contemplando el final de su tercer viaje misionero. Era “veterano” de la fe y en el servicio de Jesucristo. Sin embargo, Pablo todavía tenía que reconocer que el pecado era un factor con el que tuvo que luchar.

Lo que Pablo escribió por inspiración divina en la Carta a los Romanos, es el caso de todos los cristianos. Todos por naturaleza estábamos muertos en el pecado. Por la gracia Dios nos ofreció la vida en Cristo. A través del bautismo morimos al pecado y somos resucitados a la nueva vida en Cristo. Según el nuevo ser que vive en nosotros, deseamos hacer la voluntad de Dios ávida y fervorosamente. No somos esclavos del pecado sino sirvientes voluntarios de Cristo. Sin embargo, nosotros también todavía debemos ocuparnos del viejo Adán. ¿Cuántas veces no hemos tenido éxito en hacer el bien que queremos hacer? Pero el mal que no deseamos hacer, eso terminamos haciendo. Deseamos tener pensamientos puros, realizar buenas obras, y decir palabras que estén en armonía con la voluntad de Dios. Sin embargo, ¿cuántas veces hemos encontrado que lo que decimos, hacemos, y pensamos, está contaminado por el pecado? Los cristianos no pueden lograr la perfección en esta vida, porque el viejo Adán permanece en nosotros hasta que muramos.

Mirando a la vida santificada del cristiano, desde otra perspectiva, es evidente que los cristianos no pueden lograr la perfección en su vida santificada en este mundo. La razón es que la Biblia siempre describe la vida cristiana como algo que necesita crecer mientras estamos en este mundo.

La vida del cristiano es un proceso de crecimiento

Se ha descrito la santificación cristiana como “un proceso de progreso más bien que un estado de ser”. El cristiano crece en la vida santificada. El crecimiento siempre es posible, como es evidente en el mensaje de Pablo a los tesalonicenses. Pablo visitó a Tesalónica en su segundo viaje misionero. Lucas menciona en Hechos 17:1-15, que Pablo y Silas predicaron tres sábados seguidos en la sinagoga judía. Unos disturbios que provocaron los judíos que tenían celo de quienes fueron convertidos por el mensaje de Pablo, habían hecho que fuera demasiado peligroso para que Pablo continuara el trabajo en Tesalónica. Así que Pablo y Silas, viajaron a Berea. Cuando los judíos de Tesalónica llegaron a Berea y de nuevo provocaron disturbios contra Pablo, se marchó a Atenas, mientras Silas y Timoteo, permanecían en Berea. Cuando nuevamente Timoteo y Silas, se reunieron con Pablo en Atenas, Pablo envió a Timoteo de regreso a Tesalónica para ver cómo les iba a los que se acababan de convertir a la cristiandad.

El informe de Timoteo llenó de alegría el corazón de Pablo. Los tesalonicenses no sólo habían permanecido fieles, sino que estaban extendiendo el evangelio activamente desde Tesalónica a toda la región de Macedonia. Fue entonces cuando Pablo, por inspiración, escribió su Primera Epístola a los Tesalonicenses. La primera parte de esta epístola está llena de gratitud por la manera en que Dios había motivado a los cristianos tesalonicenses a vivir su fe. Pablo les dijo: “De esta manera habéis sido ejemplo a todos los creyentes de Macedonia y de Acaya,...de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada” (1:7.8).

Los tesalonicenses fueron un modelo; su fe se conocía en todas partes. No obstante, aún podían madurar en su vida santificada. El deseo de Pablo era regresar a los tesalonicenses para suplir lo que faltaba en su fe (3:10). Aunque eran modelos, todavía les faltaba algo. Pablo continuó: “Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos” (3:12). Su amor, aunque grande, todavía podía madurar.

Los cristianos siempre pueden madurar en su vida santificada. Cuando Pablo escribió su Epístola a los Filipenses, estaba experimentando su primer encarcelamiento en Roma. Dijo a los filipenses que podía regocijarse en su sufrimiento por Jesús. Todo lo que él tanto había apreciado antes de que llegara a ser un cristiano, ahora lo consideraba basura en comparación con lo que poseía por la fe en Cristo. Declaró: “Quiero conocerlo a él y el poder de su resurrección, y participar de sus padecimientos hasta llegar a ser semejante a él en su muerte, si es que en alguna manera logro llegar a la resurrección de entre los muertos” (3:10,11). Entonces Pablo declaró: “No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús” (3:12). Aun cuando Pablo se acercó al ocaso de su vida, había todavía lugar para madurar en su vida santificada.

La Biblia advierte sobre la idea de que no tenemos ningún pecado

En el libro de Proverbios, Salomón dijo: “¿Quién puede decir: Yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de mi pecado?” (20:9). Ésta es una pregunta que anticipa una respuesta obvia: nadie lo puede decir. Salomón declara aquí una verdad universal: que todos somos pecadores. Decir que no tenemos pecado es una locura.

En realidad, es peligroso pensar que no tenemos pecado. Juan escribió: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros

pecados y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos a él mentiroso y su palabra no está en nosotros” (1 Juan 1:8-10). Nos engañamos sólo a nosotros mismos cuando afirmamos que no tenemos ningún pecado. No engañamos al Señor, quien escudriña los pensamientos e intentos del corazón.

Realmente no engañamos a nadie más tampoco. Las personas pueden ver que no somos perfectos. Recuerdo a un hombre que le dijo a su pastor que había recibido una experiencia religiosa especial del Señor. Como resultado de esta experiencia, dijo que Dios lo había limpiado de todos sus pecados, así que ahora llevaba vida sin pecado. El pastor le preguntó que si él no tenía pecado, ¿por qué estaba conduciendo por encima del límite de velocidad cuando se adelantó al pastor el día anterior?

Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos. No queremos ver nuestra propia miseria espiritual. Minimizamos la necesidad desesperada que tenemos de Jesús. Pronto llega a ser para nosotros un modelo o un ejemplo más bien que el Salvador. En el fondo también estamos llamando a Dios mentiroso al decir que no tenemos ningún pecado. Dios dice claramente en la Biblia que somos pecadores. Los incrédulos oirán a Jesús condenarlos en el día del juicio. En el fondo, los incrédulos están diciendo a Jesús: “¡No necesito ni quiero lo que hiciste por mí. Quiero lo que he ganado. Exijo lo que merezco!”

¿Qué merecemos realmente? “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). La paga o el salario, es lo que ganamos. Lo que hemos ganado con nuestra vida es la muerte: temporal, espiritual, eterna. Los que estén frente a Jesús en el día del juicio y exijan lo que merecen, le oirán decir: “Entonces dirá también a los de la izquierda: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”” (Mateo 25:41). Estar ante Dios y negar su pecado sería una locura total.

Por otro lado, somos benditos, cuando estamos ante Dios y reconocemos nuestro pecado. Dios es fiel y justo para perdonar

nuestros pecados. Él nos declara inocentes en base a la obediencia y sufrimiento de Cristo. Él puede permanecer justo y todavía perdonar el pecado, porque Cristo pagó por todos nuestros pecados. Dios es fiel; no va a contradecir su palabra. Ha perdonado nuestros pecados y nunca más los recordará (Jeremías 31:34).

El rey David era un hombre que reconoció la locura de tratar de negar el pecado. Durante aproximadamente un año, vivió una mentira. Cometió adulterio con Betsabé; engendró un bebé con ella, mientras Betsabé todavía estaba casada con Urías; había matado a Urías y entonces se casó con Betsabé. David vivió como si su pecado no hubiera ocurrido, como si su vida fuera respetable y como Dios manda. Sin embargo, no gozó durante ese año, más bien, experimentó la agonía de la conciencia atormentada, que no lo dejó en paz. Incluso su conciencia culpable afectó su salud física.

Solamente cuando el profeta Natán confrontó a David con su pecado, volvió a tener paz. Por eso David escribió: “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad y en cuyo espíritu no hay engaño. Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día, porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano. Mi pecado te declaré y no encubrí mi iniquidad. Dije: ‘Confesaré mis rebeliones a Jehová’, y tú perdonaste la maldad de mi pecado” (Salmo 32:1-5). Decir que no tenemos pecado es una locura espiritual. Confesar nuestros pecados ante Dios y confiar en su misericordia es la felicidad espiritual.

Todavía el cristiano se esfuerza por la perfección

El cristiano es realista en su lucha por alcanzar la vida santificada

La palabra de Dios no nos ofrece ninguna posibilidad de lograr la perfección en nuestra vida santificada. La Biblia lo demuestra de varias maneras. Una es mostrándonos que aun los creyentes más fieles no han alcanzado la perfección. Estos casos no se escribieron para que nos sintiéramos superiores a quienes han caído. Ni siquiera se escribieron para darnos algún consuelo al mostrar nos que otros también son pecadores. Estos casos de creyentes imperfectos se anotaron para enseñarnos (Romanos 15:4).

A Abraham se le llama el padre de los creyentes. Confió en que Dios lo llevaría a la tierra dónde viviría como extranjero. Confió en que Dios le daría un hijo, cuando él y su esposa ya no tenían esperanzas de tener hijos. Incluso confió en que Dios podía devolverle la vida a Isaac, si cumplía la orden del Señor para ofrecerlo en sacrificio. Sin embargo, la Biblia también anota que este héroe de la fe mostró evidencia de su naturaleza humana. Moisés, David, Elías, Ezequiel, y Pedro, fueron todos creyentes fieles en el Señor. Sin embargo, la Biblia menciona evidencias del hecho de que no fueron perfectos. La única persona que siempre fue perfecta en esta tierra, aparte de Adán y Eva, antes de su caída en el pecado, fue nuestro Señor. Pedro dijo refiriéndose a él: “Él no cometió pecado ni se halló engaño en su boca” (1 Pedro 2:22). Los cristianos tendrán que ser realistas acerca de su vida santificada, porque no hay ninguna persona aparte del inmaculado Dios-hombre, Jesucristo, que ha llevado vida perfecta.

Los cristianos también tendrán que ser realistas acerca de su vida santificada, porque la Biblia explica que siempre tendremos el viejo Adán con quien luchar. La Escritura nos dice que el pecado está obrando en nosotros, frustrando nuestro deseo de cumplir la voluntad de Dios. Dios nos dice que diariamente necesitamos examinarnos a la luz de su ley. Debemos resistir las tentaciones que vienen a nosotros. De hecho, aunque la Biblia asegura a los creyentes la vida eterna en Cristo, también advierte a los creyentes de no caer. Pablo escribió a los cristianos en

Corinto: “Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12). El Señor nos da esta advertencia para que luchemos contra nuestra naturaleza pecadora.

El cristiano se entusiasma con la vida santificada

Aunque los cristianos comprenden que nunca lograrán la perfección, no obstante, se esfuerzan. Esto se debe a que no podemos ser indiferentes acerca de la vida que llevamos. No podemos pensar en la vida santificada con la actitud de “Bueno, nunca seré perfecto, ¿por qué luchar tan duro? Después de todo, Dios sabe que nunca seré perfecto, así que no espera mucho de mí”. Esto es usar la gracia de Dios como un pretexto para pecar. La indiferencia hacia la vida santificada es un pésimo agradecimiento para el Señor que dio todo por nosotros.

Más que eso, la indiferencia hacia la vida santificada es pecado. Jesús dijo a la iglesia en Laodicea: “Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Apocalipsis 3:15,16). ¡Cuidado con la indiferencia hacia la vida santificada! Jesús no tolera la indiferencia; la condena.

Pablo nos mostró la forma correcta de esforzarse por alcanzar la vida santificada. Escribe: “No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Filipenses 3:12-14).

Pablo menciona olvidar lo que quedó detrás. Esto es importante en la santificación. La culpa por los pecados del pasado no nos motivará y no podrán hacer que sirvamos más a Cristo. Pablo tenía que olvidar su culpa. Antes que él llegara a ser cristiano, perseguía a la iglesia cristiana. En su celo por destruir la iglesia, incluso fue responsable de llevar personas a la muerte. Pablo continuó recordando estos pecados de su pasado. Sin

embargo, los dejó atrás, en la cruz de Cristo, cuando siguió adelante con su vida santificada. Supo y creyó que sus pecados fueron perdonados por Cristo. Por medio de la fe en Cristo, poseyó la justicia de Cristo. Por consiguiente, Pablo podía seguir adelante con su vida santificada. Estaba libre de las cadenas de culpa, que tan a menudo nos arrastran hacia abajo en nuestra vida santificada. Nosotros también recordaremos nuestros pecados para que podamos evitarlos en el futuro. Pero también los dejaremos atrás en la cruz de Cristo e iremos hacia adelante en nuestra vida santificada con paz y acción de gracias.

Pablo hace mención de seguir adelante. Nosotros también avanzaremos con celo por la vida santificada. ¡Piense en todo lo que Dios ha hecho para nosotros! Nos ha creado, nos ha dado nuestro cuerpo, sentidos y habilidades. Nos preserva, nos ha dado todo lo que necesitamos para el cuerpo y la vida. Más que eso, nos ha rescatado del pecado, enviando a su Hijo para ser nuestro sustituto. No somos dignos de ninguna de estas cosas. Sólo merecemos su ira y su castigo. Sin embargo, Dios nos ama con un amor que va más allá de toda comprensión. Envío a su Espíritu para sacarnos de la ceguedad de la incredulidad a la luz de la fe en Jesús. Promete preservarnos en esa fe para la vida eterna, para la que nos escogió en la eternidad. Nadie puede a sondear la grandeza del amor de Dios. ¿Retroceder para pecar? ¡Nunca! ¿Servir a Satanás? ¡Dios nos libre! ¿Seguir al mundo? ¡Jamás!

El mundo entero no será
Presente digno de ofrecer:
Amor grande y sin igual
En cambio exige todo el ser. (CC 46:4)

Los errores relacionados al perfeccionismo en la vida santificada

El catolicismo romano

La Iglesia Católica Romana cree que es posible lograr la perfección en la vida santificada. Así fue en los días de Lutero, como queda claro al leer las declaraciones doctrinales de Roma, de ese tiempo, y leer las Confesiones Luteranas que respondieron a las enseñanzas de Roma. Los católicos siguieron un argumento que también ha sido usado por varias otras iglesias desde la Reforma. Razonaron que Dios no ordenaría lo imposible. En los decretos del Concilio de Trento, Roma declara: “Dios no manda imposibles; sino mandando, amonesta a que hagas lo que puedas, y a que pidas lo que no puedas; ayudando al mismo tiempo con sus auxilios para que puedas”.⁴¹ Así concluyen: “Si alguno dijere, que es imposible al hombre aun justificado y constituido en gracia, observar los mandamientos de Dios; sea excomulgado”.⁴²

Una posibilidad en particular que Roma fomentó que las personas siguieran, para alcanzar la perfección, fue la vida de un monje o una monja, en una orden religiosa. Esas órdenes se describieron como un socorro para ayudar al cristiano en la búsqueda de la perfección. Se consideraron un modo más santo de vivir que el de un cristiano laico. En respuesta a este error, la Confesión de Augsburgo declara:

En tiempos pasados la gente se congregaba en la vida monástica con el fin de aprender la Escritura. Ahora sostienen que la vida monástica es de tal índole que mediante ella se obtiene la gracia de Dios y la justicia delante de él. De hecho, dicen que es un estado de perfección. Así la colocan muy por encima de los otros estados que Dios ha ordenado.⁴³

Roma inclusive llegó a afirmar que las buenas obras de estas personas podrían sobrepasar lo que ellos necesitaban para pagar la deuda temporal de su pecado. Las obras llamadas de supererogación (obras que van más allá de lo necesario) podrían aplicarse a otros.⁴⁴

¿La Iglesia Católica ha cambiado su posición desde el día de Lutero? En el Segundo Concilio Vaticano (1962-1965), Roma declaró: “El Sacrosanto Concilio ha enseñado ya en la Constitución que comienza ‘Lumen gentium’, que la prosecución de la caridad perfecta, por la práctica de los consejos evangélicos [los votos monásticos de castidad, de pobreza, y obediencia] tiene su origen en la doctrina y en los ejemplos del Divino Maestro”.⁴⁵ En su catecismo oficial, Roma declara: “Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad”.⁴⁶ Roma todavía presenta la posibilidad de perfección en esta vida. Sabemos cómo esta búsqueda de perfección casi condujo a Martín Lutero a la desesperación. Esa enseñanza tortura a las conciencias y desvía la fe. Más bien, qué bendición es reconocer nuestro pecado y hallar perdón en la gracia de Dios y la obra de Cristo.

El metodismo

Juan Wesley (1703-1791) es el fundador del metodismo. Durante su vida temprana, Wesley estaba muy interesado en promover su santificación. La experiencia del 24 de mayo de 1738 lo llevó a su visión de la santificación. Cuando escuchaba a alguien leer el Prefacio a Romanos de Lutero, Wesley sintió que había recibido lo que llamó “la segunda gracia”. Esta “segunda gracia” llegó a ser un elemento importante en la teología metodista. Básicamente fue el testimonio del Espíritu Santo, dado al alma, que ahora aseguró a la persona la fuerza para llevar vida de santidad. Wesley no creyó que esta convicción libraba a uno del pecado. Más bien, pensaba que la persona ya no estaba sujeta a los pecados voluntarios y así era

capaz de evitar la ira de Dios, mediante vida de santidad al servicio de Cristo y del mundo. Wesley creyó que un estilo de vida regulado era indispensable para lograr la perfección cristiana. Prescribió la disciplina, describiendo cuidadosamente cada fase de la vida del cristiano.

Hay varios errores significativos en todo este sistema. Uno es el subjetivismo, en donde la fe de la persona se basa en los sentimientos internos en lugar de basarse en Cristo y su palabra. Tal subjetivismo llevará a cualquiera, o al fariseísmo, cuando las personas se imaginan que están en el camino a la perfección, o a la desesperación, cuando ven que el pecado todavía está activo en sus vidas. Otro error es el legalismo. Para Wesley, el medio para lograr esta perfección fue la ley. El “método” en el metodismo es ineludible. Sin embargo, como hemos notado en el capítulo 6, aunque la ley puede mostrarnos el camino a la piedad, no nos da el poder para llegar allí. Finalmente, el metodismo no reconoce el estado real del cristiano en este mundo, como santo y pecador al mismo tiempo. En esta condición los cristianos estarán hasta el fin de sus vidas y hasta el fin del mundo.

Las iglesias de santidad

Las iglesias de santidad incluyen todas aquellas denominaciones y asociaciones, que deben su origen en alguna forma al Movimiento de Santidad que empezó poco después de la Guerra Civil de Estados Unidos. Hay dos grupos mayores entre ellos: las iglesias de santidad, o perfeccionistas, y los organismos pentecostales.

Las iglesias de santidad dicen que son leales a la tradición Wesleyana. Los perfeccionistas creen que por “el bautismo del Espíritu Santo” del Nuevo Testamento, tiene lugar *la santificación completa*. Esto se describe como una limpieza total e instantánea del pecado y una devoción total y permanente a Dios.

Los grupos pentecostales creen que el bautismo del Espíritu Santo, con la santificación completa, está acompañado con

hablar en lenguas. Los carismáticos enfatizan a menudo muchas de las mismas creencias que los pentecostales tienen, pero los pentecostales son más una denominación mientras que los carismáticos son transsectarios. Los pentecostales pertenecen a una iglesia pentecostés, mientras que los carismáticos tienden a quedarse en la denominación tradicional: católica, episcopal, luterana, y así sucesivamente. El eslabón común entre ambos es la creencia en hablar en lenguas.

Las iglesias modernas de santidad enseñan que la conversión quita el amor al pecado, la justificación quita la culpa de los pecados ya cometidos, y que la santificación quita la inclinación a pecar en el futuro. Los perfeccionistas modernos difieren de Wesley en varias áreas. Wesley enseñó que las inclinaciones al mal pueden continuar en el creyente santificado pero creía que eran involuntarias y que no eran una barrera absoluta a la santidad entera. Los perfeccionistas modernos mantienen que a través de la santificación absoluta, Dios libra a los creyentes renovados del pecado innato. Wesley mantuvo que la santificación absoluta era un proceso. Los perfeccionistas modernos mantienen que la santificación entera es instantánea y completa.

¿Cómo racionalizan los perfeccionistas las tentaciones que enfrentan? Dicen que todas las malas inclinaciones vienen de afuera de ellos, y no de adentro. La enseñanza de la santificación completa la basan en gran parte en la supuesta experiencia de los cristianos santificados. Por eso, los testimonios son importantes para animarlos a la perfección.

El perfeccionismo lleva a las personas a la perdición. Les dará a las personas un sentido falso de seguridad haciendo que pasen por alto sus pecados. También puede llevarlos a la desesperación, porque, tarde o temprano, la ley de Dios revelará que la vida de la persona es completamente inadecuada, cuando se compara a la perfección que Dios exige. El perfeccionismo es peligroso porque lleva a las personas a confiar en sus propias obras para la salvación, en lugar de solamente la obra de Cristo. El

perfeccionismo mira a la ley para cumplir lo que solamente el evangelio puede lograr: la santificación de la vida cristiana.

Los pentecostales (y los carismáticos) ponen gran importancia en lo que llaman el bautismo del Espíritu Santo y en el supuesto acompañamiento de hablar en lenguas. Creen que en el momento de la conversión, el Espíritu Santo empieza a vivir en la persona. Cuando esa persona recibe el bautismo del Espíritu Santo, entonces está llena del Espíritu Santo. Un pentecostal comparó su conversión con encender la llama de un horno. Dijo que cuando recibió el bautismo del Espíritu, Dios subió el termostato. Esta última experiencia es la que los expía y los santifica. Ellos consideran que si esta experiencia es genuina, debe ir acompañada por una manifestación especial de la obra del Espíritu, por ejemplo hablar en lenguas.

El modo de las iglesias de santidad de pensar sobre la Santificación, envía otra vez a los cristianos a sus propias vidas para garantizar la salvación. Lleva a las personas al orgullo espiritual o a la miserable desesperación cuando empiezan a cuestionar la autenticidad de sus experiencias religiosas. Cuán terrible es enfrentar la muerte con las insistentes preguntas: “¿Fue realmente cierto lo que me pasó? ¿Qué tal estas cosas en mi vida que no están de acuerdo con la voluntad de Dios?” ¡Que bendición es poder enfrentar la eternidad con la fe basada en la perfecta justicia de Cristo!

El pietismo

El pietismo como un movimiento religioso, surgió en la iglesia luterana en el siglo XVII en Alemania. Pretendió ser una reacción en contra de lo que se creía era una falta de vida espiritual y preocupación por hacer las buenas obras. Felipe Spener (1635–1705) es el padre reconocido del pietismo. Augusto Herman Francke continuó el trabajo después de Spener.

En general, el pietismo dio énfasis a los hechos por encima de los credos. Se preocupaba más por lo que se supone que el cristiano hace para Dios en vez de lo que Dios ha hecho para el

cristiano, a través de Cristo. Encontró la seguridad para la salvación en los sentimientos y hechos subjetivos del individuo, en lugar de la expiación universal y objetiva de Cristo. Los pietistas confundieron ley y evangelio, justificación y santificación. Pusieron demasiado énfasis en la experiencia de la conversión. Consideraron que la oración era un medio de gracia, y pusieron los verdaderos medios de gracia en un plano secundario. El factor unificador para los pietistas no fue el acuerdo en la doctrina, sino en la vida piadosa. Se consideró posible llevar vida de santificación casi perfecta. El pietismo instituyó un sistema riguroso de disciplina, construido alrededor del estudio personal de la Biblia, la oración, los testimonios, y el mutuo estímulo.

El pietismo hizo una conexión con América a través de John Wesley. Había encontrado a un grupo de moravos cuando regresaba de un viaje misionero entre los indios americanos. Le impresionó la piedad de los moravos y viajó a Herrnhut, una colonia establecida por Nikolaus Zinzendorf para los moravos en Sajonia, Alemania. Allí, en 1784, Wesley aprendió las estrategias del pietismo de Zinzendorf. Wesley designó a Thomas Coke y Francis Asbury, como superintendentes de una misión en América. Estos hombres llevaron las estrategias del pietismo a América en relación con el metodismo.

El protestantismo americano hoy está saturado de una teología que es básicamente pietista. Las apelaciones emocionales, el sentimentalismo, y el unionismo, el énfasis en una experiencia emocional en la conversión, y una norma de la hipersantidad que se debe lograr a través de las observancias legalistas, son las características comunes en el protestantismo de hoy. ¡Qué el comprador tenga cuidado! El pietismo atrae al viejo Adán. Oscurece la gracia de Dios y sus medios de gracia. Engaña a los pecadores para que enfoquen sus vidas en la ley en lugar de en Cristo. Mantenga el enfoque para la santificación en donde debe estar: en la gracia y la misericordia de Cristo, que da poder al

pecador. ¡Tenga cuidado con la idea de que seguir las fórmulas de la ley lo llevarán a vida más santa!

El fundamentalismo/evangelicalismo

El fundamentalismo tuvo su comienzo a principios del siglo XX como una reacción al liberalismo. En el siglo XX el evangelicalismo tiene su origen en el período de 1942 a 1960. Desde 1960, los fundamentalistas y los evangélicos, son dos bandos que encontramos en el protestantismo. Ambos designan un método de hacer teología en lugar de iglesias específicas.

No es una doctrina común que une a estas personas, sino una forma común de piedad. La conversión se entiende como una experiencia personal que cambió la vida de uno. Se pone un gran esfuerzo en el discipulado, que significa aplicar los principios bíblicos a las varias circunstancias de la vida de uno. Los seminarios, conferencias, y talleres bíblicos, enseñan al cristiano cómo aplicar los principios “bíblicos” para vivir exitosamente. El mensaje de estos talleres es claro: si usted aplica estos principios correctamente (y se le asegura que es posible), entonces usted disfrutará vida exitosa.

El énfasis en la piedad personal también ha llevado a una nueva forma del monaquismo entre estas personas. Anhelan una sociedad gobernada sólo por principios cristianos. Tienden a asociarse con su propio círculo circunscrito de personas que piensan como ellos. Compran su automóvil de un distribuidor de automóviles convertido. Llamam a un plomero cristiano para instalar la tubería. Contratan a un contratista lleno del Espíritu para construir su casa.

Rechazan la enseñanza bíblica de la teología de la cruz (que los cristianos viven sufriendo por causa de Cristo) a favor de la teología de éxito. Se pregunta cómo Job habría respondido a las fórmulas que estas personas presentan para disfrutar la vida exitosa. Los cristianos que sirven a Dios no siempre disfrutaban la prosperidad ni la vida fácil, en este mundo. Los que sirven a Cristo sufren para su causa.

De nuevo, estas personas presentan la religión del subjetivismo. Ocultan el evangelio salvador de Jesucristo. Pasan por alto los sacramentos. Confunden la ley y el evangelio. Presentan la ley como la vía para lograr la santificación. Prometen el éxito por la obediencia. Presentan la perfección como algo posible.

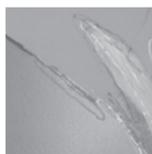
Cuando Lutero se encontró con el reformador Ulrico Zwinglio, en Marburgo, dijo: “Tú tienes otro espíritu”. Esto también es el caso con los fundamentalistas y los luteranos confesionales. Tienen un espíritu diferente al nuestro. El fundamentalismo/evangelicalismo respira el espíritu de la ley. El luteranismo confesional rebosa del espíritu del evangelio.

Clasificación de los cristianos de acuerdo con los niveles de la vida santificada

Los creyentes pueden producir diferentes frutos de la fe, pero los creyentes son creyentes. Aunque la fe débil está más propensa a la tentación que la fe fuerte, una persona con fe débil todavía es un cristiano. Una tendencia inquietante y peligrosa entre diversos perfeccionistas es clasificar a los cristianos. Los católicos romanos hablan de los santos como aquellos cuyas vidas han sido excepcionalmente santas. La Biblia, por otro lado, llama a todos los creyentes santos.

Los metodistas hablan de la santificación completa de acuerdo a los estados. Las iglesias de santidad y los pentecostales distinguen entre cristianos llenos del Espíritu (los que son santificados completamente, que tienen el bautismo del Espíritu) y cristianos carnales (los que no han tenido esta experiencia). Los fundamentalistas y evangelistas, hablarán de discípulos (los que han aprendido a practicar los principios de vivir exitosamente) y creyentes. Los grupos reformados hablan de cristianos renacidos en contraposición a los cristianos regulares. Debido a la experiencia personal de la conversión, a los renacidos se les ha garantizado que están entre los electos de Dios para la salvación. Así, están seguros de que nunca caerán.

Este método de clasificación crea una jerarquía espiritual que la Biblia no enseña. Nutre el orgullo, engendra el subjetivismo, y finalmente oculta a Cristo y su gracia. Pablo escribió: “Con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo” (Filipenses 2:3). Se tendrá una actitud muy diferente cuando se considera a Jesucristo: “Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres” (versículos 6,7). En nuestras relaciones los unos con los otros, reflejaremos la actitud de Cristo.



9

Las buenas obras

A la iglesia luterana a menudo se le ha acusado de abandonar la enseñanza acerca de las buenas obras. Se nos acusa de que nos concentramos tanto en la justificación que nos olvidamos de enseñar acerca de la santificación. En respuesta a esa acusación, deseamos poner las cosas en la perspectiva correcta. Primero, la justificación merece el énfasis principal en nuestra enseñanza. Es el corazón de la doctrina de la Biblia. Con esta enseñanza, la iglesia o se mantiene en pie o se derrumba. Cuando la doctrina de la justificación está entenebrecida o se omite, la iglesia está en peligro de perder el evangelio.

Segundo, la Biblia no descuida la instrucción en la santificación. Nos dice claramente cuál es la voluntad de Dios para nuestra vida. Por consiguiente, no podemos descuidar la

instrucción de los cristianos acerca de la voluntad de Dios para su vida. La vida santificada es parte de “todo el consejo de Dios” (Hechos 20:27) que la iglesia debe enseñar.

Finalmente, la lectura de las Confesiones Luteranas o los escritos de Martín Lutero, C. F. W. Walther, Adolfo Hoenecke, Augusto y Francisco Pieper, y otros que forman parte de nuestra herencia y han tenido un impacto en la enseñanza de la Iglesia Luterana, pondrá en claro que la Iglesia Luterana no ha abandonado la doctrina de la vida santificada. La vida santificada se ha enseñado, y se ha hecho en su lugar apropiado. En muchas iglesias, la santificación se enseña como base de la justificación, de esta forma dando a la santificación lugar prominente en sus enseñanzas. En el luteranismo confesional, sin embargo, se ha enseñado la santificación en relación correcta con la justificación. La vida santificada es un resultado de la justificación por la fe. Las buenas obras proceden de la fe como el fruto que viene de un árbol. En este capítulo, dirigiremos nuestra atención a lo que la Biblia dice sobre las buenas obras, como los frutos de la fe del cristiano.

Las buenas obras son frutos de la fe

En cierto sentido, las buenas obras y la santificación son idénticas. Ambos términos se refieren a lo que Dios produce en el creyente como resultado de la justificación. Por otro lado, podemos diferenciar entre la santificación y las buenas obras. La santificación se refiere a la nueva vida que Dios ha creado en nosotros, y las buenas obras son aquellos pensamientos, palabras, y hechos concretos, que constituyen la nueva vida que llevamos.

Como un árbol produce fruto, así también la nueva vida que Dios ha creado en nosotros nos impulsa a hacer buenas obras. Entonces, estas buenas obras son “los frutos de la fe”. Pablo los describió en esta forma a los gálatas: “Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (5:22,23). Aunque la versión Reina

Valera toma la referencia a “el espíritu” en este pasaje como una referencia al Espíritu Santo (y así pone en mayúscula a *Espíritu*), la palabra *espíritu* aquí probablemente es más bien una referencia al nuevo ser del cristiano, sobre todo considerando que se pone en contraste con los hechos de la naturaleza pecadora en los versículos anteriores.

El amor

Dios ha creado la nueva vida en los cristianos. De esta nueva vida fluyen obras que constituyen la vida santificada. El amor para con Dios y el prójimo, fluye del amor de Dios por nosotros. Vivimos en una época en que las personas hablan mucho acerca del amor hacia uno mismo. Dicen que no podemos amar a otros a menos que nosotros nos amemos primero. Sin embargo, esto no es verdad. El amor a uno mismo produce el egoísmo. El amor cristiano por otros se basa en el amor de Dios hacia nosotros. A menos que el amor de Dios nos impulse, no podemos amarlo. Si no podemos amar a Dios, no podemos amarnos los unos a los otros. La fuente del amor del cristiano para Dios y para otros, es el amor de Dios para los pecadores.

El gozo

El gozo puede pensarse como una emoción, pero para el cristiano es algo más concreto. Los cristianos no caerán en la desesperación por las adversidades de la vida cuando se aferran al gozo que tienen en Cristo. Pablo se regocijó en lo que el Señor había hecho para su salvación, mientras estaba sentado en una celda de la cárcel en Roma (vea la Carta a los Filipenses). El gozo es lo que Pedro ofreció a los cristianos perseguidos de Asia Menor, cuando en su Primera Epístola, les habló de la herencia que tenemos garantizada por medio de Cristo (1:6). El gozo es lo que sienten los cristianos cuando, con las lágrimas en los ojos, están ante la tumba de un cristiano querido. Tienen la promesa de su Salvador de la resurrección del cuerpo y la vida eterna con él en el cielo. El gozo del cristiano no es como la neblina de la

mañana, que pronto el calor del sol hace desvanecer. Nuestro gozo es duradero, constante, no se desvanece por las pruebas de esta vida.

La paz

La paz es algo que Dios estableció entre él y nosotros. Por naturaleza nuestros pecados nos trajeron la ira de Dios. Dios, en amor, nos reconcilió con él por medio de la sangre de su Hijo. Por consiguiente, Pablo pudo declarar: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1). Saber que estamos en paz con Dios nos da paz en la mente. La ira de Dios ya no se enfoca en nosotros, porque Cristo asumió nuestro lugar en la cruz. La paz que tenemos con Dios también nos permite vivir en paz con nuestro prójimo, evitando disputas y rencores.

La paciencia

La paciencia también es un fruto del espíritu. Por naturaleza no somos pacientes. Nuestro viejo Adán tiene la actitud: “Lo quiero y lo quiera ya”. Nos impacientamos con Dios cuando no contesta nuestras oraciones tan pronto como pensamos que debería. Los padres se impacientan con sus niños cuando no hacen las cosas tan pronto como esperan. Después de todo, tienen otras cosas que hacer. Los hijos se impacientan con los padres cuando éstos envejecen y se debilitan en cuerpo o mente debido a la edad o la enfermedad. En todo caso, los hijos llevan su propia vida. Vivimos en una época de satisfacción instantánea. Tenemos comida rápida, cajeros automáticos, y una comunicación instantánea. Estar en fila, ir detrás de un chofer lento, tener que esperar en el consultorio del doctor, estas cosas no sólo nos impacientan; nos enfadan.

Por naturaleza no somos pacientes. Dios obra en nosotros la paciencia, sobre todo cuando vemos cuán paciente ha sido con nosotros. La paciencia nos permite soportar a las personas en sus debilidades. Nos permite arreglarnos con la presión del tiempo y

nos ayuda a poner las cosas en la perspectiva correcta. Nos permite ver que las personas son más importantes que los horarios y las citas. La paciencia nos ayuda a sobrellevar los problemas y las pruebas que se presentan en nuestra vida o en la de los demás (Romanos 12:12). Job es un ejemplo de la paciencia bajo la aflicción. Puso su vida en manos de Dios y confió en que su amado Padre celestial le enviaría sólo lo que era mejor para él. Las pruebas de esta vida nos enseñan la paciencia. Éstas ejercen ese fruto del espíritu. Nos conducen a la cruz de Cristo, a donde acudimos para refugiarnos. La paciencia entonces espera que Dios cumpla su voluntad. Deja que Dios dirija todo.

La benignidad y la bondad

La benignidad y la bondad, como frutos del espíritu son reflexiones de la benignidad y la bondad de Dios hacia nosotros. Jesús dijo una parábola sobre un sirviente despiadado. Aunque la gran deuda del sirviente fue perdonada, él no perdonó la deuda pequeña que su consero le debía. (Mateo 18:21-35). Dios ha sido amable y bueno con nosotros. La esencia de su amorosa benignidad se revela en el sacrificio de su Hijo por nuestros pecados. La bondad y la amorosa benevolencia de Dios, nos mueven a ser amorosos, benévolos, y buenos, con otros. Nos permiten amar a otros incluso cuando ellos no son amables, porque el amor de Dios por nosotros no se basa en ninguna cualidad nuestra. Nos da la habilidad de extender la mano a otros y ofrecerles ayuda, aun cuando no los consideremos dignos de recibir nuestra ayuda. Repetimos, nosotros no éramos dignos de la intervención de Dios en nuestro beneficio; sin embargo, él nos amó y dio a su Hijo por nosotros. Nosotros también seremos benignos y buenos con otros, por causa de Jesús.

La fidelidad

La fidelidad (fe en la versión Reina Valera) es ser cumplidor de su palabra y fiable en sus acciones. Dios dice lo que él quiere

decir, y quiere decir lo que dice. Dios prometió el Salvador cuando Adán y Eva cayeron en el pecado. Cumplió esa promesa, aunque el Antiguo Testamento registra una infidelidad tras otra de parte de aquellos a quienes Dios había escogido para ser la nación de la cual vendría el Salvador. El tema del libro de Josué es la fidelidad de Dios. Al final de su vida, Josué recordó a Israel: “Reconoced, pues, con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, que no ha faltado ni una sola de todas las bendiciones que Jehová, vuestro Dios, os había dicho; todas se os han cumplido, no ha faltado ninguna de ellas” (23:14).

Se puede depender de Dios en que hace lo que dice, cumple lo que promete. Su palabra vale. Él no puede retractarse de su palabra, hacerlo sería negarse a él mismo. Aunque Dios es todopoderoso, hay una cosa que no puede hacer: mentir. Dios es fiel.

La fidelidad no es una cualidad innata del viejo Adán, sino de él proceden el engaño y la infidelidad. Cuando Dios nos da la fe, también nos habilita para ser fieles, confiables en lo que hacemos y decimos. Este fruto del espíritu permite que los cristianos sean dignos de confianza en su compromiso con otros, ya sea con su cónyuge, con los niños, con los patrones o los empleados, o con los clientes. Los cristianos serán fieles, porque en ellos se reflejará la fidelidad de Dios, en las relaciones con los demás.

La mansedumbre

La mansedumbre involucra ternura cuando se trata con otros. Dios trata cariñosamente a los pecadores arrepentidos. Podría tratarnos con severidad, con ira, tal como merecemos; en lugar de eso, lo hace con cariño. Sabe que somos polvo; que somos impotentes para salvarnos. Tiene compasión de nosotros; nos ama, aunque no hay ninguna base en nosotros para ese amor. Como Isaías escribió:

Como pastor apacentará su rebaño.
En su brazo llevará los corderos,

junto a su pecho los llevará;
y pastoreará con ternura a las recién paridas. (40:11)

Con cuánta ternura y dulzura, trató Jesús a los pecadores: a la mujer en el pozo de Samaria (Juan 4), a los recaudadores de impuestos y las prostitutas, a Zaqueo (Lucas 19), a la mujer sorprendida en adulterio (Juan 8), a sus propios discípulos, etc. Durante su vida en la tierra, Jesús trató a los pecadores como el profeta Isaías había descrito:

No gritará, no alzaré su voz
ni la hará oír en las calles.
No quebrará la caña cascada
ni apagará el pábilo que se extingue. (42:2,3)

Aun si la fe fuera tan frágil como una caña unida por las fibras más endebles, aun si la fe fuera como una llama vacilante que está a punto de extinguirse, Jesús obró para fortalecer esa fe. Trató con mansedumbre a los pecadores. Aunque poseyó la totalidad del poder de Dios en su naturaleza humana, no cometió atropellos (Filipenses 2:6,7).

La mansedumbre de Jesús nos impulsa a tratar con gentileza a otros. Dios obra este fruto de la fe en la vida del creyente. Los cristianos no usarán sus posiciones o influencias para dominar a otros. No tratarán de aplastar a otras personas para conseguir su objetivo. No imitarán la furia y la conducta violenta del mundo cuando se relacionan con otros. Los padres reconocerán la naturaleza frágil del cuerpo y el espíritu de sus hijos, y los tratarán amablemente. Los niños comprenderán la debilidad de los padres ancianos y también los tratarán con mansedumbre. Los esposos serán amables con sus esposas, reconociendo que quien sigue el ejemplo de Cristo guiará con amabilidad y amor. Anhelamos el gran día cuando viviremos en el paraíso donde la mansedumbre será la norma de conducta. Hasta ese tiempo, ejercemos la mansedumbre en un mundo envuelto en la

violencia. En vez de que el mal nos venza, nosotros lo venceremos con el bien (Romanos 12:21).

La templanza

La templanza o el dominio propio, es la habilidad de mantener nuestros deseos, palabras, y hechos, en armonía con la voluntad de Dios. Es la habilidad de mantener a Dios por encima del ego. Piense en el dominio propio que demostró nuestro Salvador. Vino a este mundo para salvar a los pecadores, aunque esto lo llevaría a la cruz. Salvar a los pecadores no sólo implicaría soportar las peores torturas inventadas por la humanidad, sino también la suprema agonía de verse desamparado por Dios, sufriendo los tormentos del infierno en nuestro lugar. Cuando Jesús estaba luchando con este porvenir en Getsemaní, su naturaleza humana rehuyó cuando vio lo que le esperaba. Sin embargo, Jesús se puso completamente bajo la voluntad de su Padre. Oró: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42).

Por naturaleza, no tenemos dominio propio. El “ego” se afirma en la rebelión desenfrenada contra Dios. El escritor de himnos Martín Franzmann lo describió bien:

En Adán todos somos hechos uno,
Una gran humanidad rebelde;
Todos hemos huido de esa voz en la tarde
Que cuando corrimos nos buscó. (Traducción de CW 396:1)

Pero Dios nos rescató de nuestro camino infernal. Franzmann continúa:

Mas tu fuerte amor todavía nos buscó
Y envió a su Hijo único
Para que oyendo su voz pastoral
Llegáramos a la unidad.

Envíanos tu Espíritu; enséñanos tu verdad
Para purgar nuestra vanidad.
De la sabiduría fantasiosa, de infieles caminos,
Oh Salvador, líbranos. (Estrofas 3,5)

Cristo reina en nuestro corazón. Con el mayor agrado sometemos nuestro “ego” a él. Con mucho gusto deseamos cumplir su voluntad. Deseamos tomar todo nuestro ser y ponerlo al servicio de Cristo. El servicio al ego es la esclavitud al pecado y a Satanás. Hemos sido librados de esta esclavitud. Controlamos las pasiones y los deseos de nuestra carne. Decimos no a ellos, los crucificamos. Ofrecemos nuestro cuerpo como sacrificio vivo de agradecimiento a Dios quien nos salvó.

Las buenas obras son frutos de la fe. Es Dios quien da poder y nos capacita para que las hagamos. Como declaran las Confesiones Luteranas: “Las verdaderas buenas obras no son fruto de nuestro propio poder espiritual, sino que hace obras agradables a Dios aquella persona que mediante la fe se ha reconciliado con Dios y ha sido renovada por el Espíritu Santo, o como dice San Pablo, ‘es creada de nuevo en Cristo Jesús para buenas obras.’”⁴⁷

En nuestro tema sobre las buenas obras, hemos notado que las buenas obras fluyen de la fe; son frutos de la fe. Hay otros criterios, también, que la Biblia establece para determinar si una obra es buena ante Dios. Ahora pondremos nuestra atención a algunos de estos otros criterios.

Las buenas obras son hechas de acuerdo con la voluntad de Dios

Los humanos no podemos determinar lo que es una buena obra

Miqueas estuvo activo como profeta de Dios en Israel desde el año 735 al 710 a.C. y fue contemporáneo del profeta Isaías. Vivió en un tiempo cuando Israel, el reino del norte, estaba a punto de

ser llevado en cautividad a Asiría. Judá, el reino del sur, también estaba experimentando el azote de la invasión por los ejércitos asirios. Todo esto estaba pasando porque el pueblo de Dios había sido infiel al Señor. La gente todavía cumplía los formalismos de adoración a Dios. Sin embargo, sus sacrificios sólo eran una apariencia religiosa para encubrir la maldad de sus corazones. Aunque cumplían formalmente con la adoración al Señor, sus corazones estaban lejos de él. Además de todo esto, la gente había adoptado la adoración del culto de fertilidad de los cananeos.

Hablando de esta situación, Miqueas escribió: “¿Con qué me presentaré ante Jehová y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agrada de millares de carneros o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?” (6:6,7).

Dios había ordenado a Israel que le ofreciera ofrendas, pero deseaba más que sólo ofrendas. Quería que la gente le ofreciera su corazón. La gente imaginaba que Dios se impresionaría por el gran número de ofrendas que llevaron. Se equivocaron. Sin fe en su corazón, su ofrenda sería pecado ante Dios. Él no se complació con ellos. Aun cuando imaginaron vanamente que podrían comprar el favor divino dando la posesión más valiosa que tenían—sus propios hijos—en sacrificio, estaban equivocados.

Las criaturas no pueden decir al Creador lo que debe ser aceptable para él. Sólo Dios puede determinarlo. Por eso Miqueas escribió: “Hombre, él te ha declarado lo que es bueno, lo que pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, amar misericordia y humillarte ante tu Dios” (6:8).

El rey Saúl es otro ejemplo de alguien que imaginó que podría decir a Dios lo que él debería aceptar. Dios le dijo a Saúl que destruyera totalmente a los amalecitas. Estas personas eran los descendientes de Esaú (Génesis 36:12), que habían atacado a los israelitas cuando estaban en camino de Egipto a Sinaí (Éxodo

17:8-16). Debido a este ataque cobarde a los rezagados y débiles (Deuteronomio 25:17-19), Dios indicó que en el futuro juzgaría a Amalec.

Al rey Saúl se le dio el mandato de que aplicara el juicio de Dios contra Amalec. Si Saúl hubiera destruido a estas personas totalmente, habría hecho una buena obra, porque habría cumplido la voluntad de Dios. En lugar de eso, Saúl perdonó a Agag, el rey de Amalec, y lo mejor del ganado de los Amalecitas. Por el hecho de que los amalecitas continuaron atormentando a Israel después de este incidente, está claro que Saúl no cumplió el mandato del Señor de aniquilar a Amalec. Cuando Samuel dijo a Saúl que Dios lo había rechazado como rey de Israel debido a su desobediencia, Saúl intentó justificar sus acciones. Argumentó que había reservado el ganado para un buen fin, que sus hombres podrían sacrificarlos para Dios. Ciertamente, Saúl insinuó que Dios debería agradarse con esto.

La respuesta de Samuel fue directamente al meollo del asunto: “Mejor es obedecer que sacrificar; prestar atención mejor es que la grasa de los carneros” (1 Samuel 15:22). Dios no quiere que nosotros le digamos lo que debe agradecerlo. Más bien, él nos dice lo que es su voluntad.

La iglesia no puede decir lo que es una buena obra

En una ocasión, los fariseos y maestros de la ley vinieron desde Jerusalén a Jesús. Puesto que tenían lo que consideraban un cargo serio contra Jesús, le preguntaron: “¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los ancianos?, pues no se lavan las manos cuando comen pan” (Mateo 15:2). Note: Jesús y sus discípulos, no estaban acusados de infringir el mandamiento de Dios. Más bien, estos líderes de la iglesia acusaron a Jesús de quebrantar una tradición establecida por sus antepasados.

Los rabinos judíos habían añadido muchas leyes a las que Dios le había dado a Israel, 613 leyes para ser exactos. Pusieron estas tradiciones al mismo nivel que la ley de Dios. De hecho, a menudo las pusieron por encima de los mandamientos de Dios,

como Jesús señaló (versículo 3). Jesús no se disculpó por infringir la ley de la iglesia hecha por los humanos. En lugar de eso, acusó a estos líderes de la iglesia de infringir la ley de Dios al burlarse del Cuarto Mandamiento. Disculparon a las personas de no cuidar a sus padres, diciendo que cualquier cosa que hubieran usado para ese propósito podrían apartarla como un regalo al Señor. Con sus leyes anularon los mandamientos de Dios. Usando las palabras de Isaías, Jesús dijo de estos líderes: “En vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres” (versículo 9).

En los días de Lutero, la Iglesia Católica Romana también atrapó las conciencias de las personas haciendo muchas leyes y diciendo a las personas que sería un pecado si no obedecían. Con respecto a estas regulaciones de la iglesia, la Confesión de Augsburgo dice:

Tales tradiciones también han oscurecido el mandamiento de Dios, porque ellas se han colocado muy por encima del mandamiento divino... Por otro lado, otras buenas obras necesarias se consideraban como profanas y no espirituales, es decir, las obras que cada cual está obligado a desempeñar según su vocación: por ejemplo, que el padre de familia trabaje para sostener a su esposa e hijos y educarlos en el temor de Dios, que la madre tenga hijos y los cuide, que un príncipe y los magistrados gobiernen un país, etc. Tales obras ordenadas por Dios, según se alegaba, constituían una vida profana e imperfecta; pero las tradiciones tenían la reputación aparatosa de que sólo ellas constituían obras santas y perfectas.⁴⁸

Finalmente estas leyes de la iglesia, agobiaron las conciencias, porque las personas nunca podrían guardar todas estas leyes hechas por los humanos. Los mandamientos de Dios, fueron relegados violentamente al último término, y los pasaron por alto. Se promovió la hipocresía, y se ocultó la justicia de Cristo, que viene mediante el evangelio.

La iglesia no puede hacer leyes que sujetan las conciencias de sus feligreses. Aquí queremos distinguir entre lo que nosotros como cristianos estamos de acuerdo en hacer en amor, como procedimientos ordenados para hacer las cosas y los mandamientos que afectan la relación de las personas con Dios y otros. Si estamos de acuerdo en amor a hacer las cosas en cierta forma, entonces es desordenado y poco afectuoso si violamos nuestro acuerdo. Sin embargo, cuando se trata de la relación de las personas con Dios y con otros individuos, la iglesia no puede establecer ninguna ley que sujete las conciencias de las personas. Esto nos lleva a nuestro próximo punto.

Sólo Dios puede decirnos lo que es una buena obra

Esencialmente, la voluntad de Dios por nosotros se puede resumir en una sola palabra: amor. Nosotros amamos a Dios por encima de todo. Amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. “El cumplimiento de la Ley es el amor” (Romanos 13:10). Adán y Eva, fueron creados a la imagen de Dios. Ellos sabían perfectamente lo que Dios quería que hicieran sin que se lo dijeran. Su voluntad y su vida correspondían perfectamente a la santa voluntad de Dios. Cuando el pecado entró en su vida, su conocimiento perfecto de la voluntad de Dios se oscureció. Por consiguiente, Dios nos ha dado los mandamientos para explicar claramente a los pecadores cuál es su santa voluntad.

De acuerdo a nuestro nuevo ser, no necesitamos ninguna exposición de la ley de Dios en forma de mandamientos. El nuevo ser camina en perfecto amor por el Espíritu. Sin embargo, ya que los cristianos todavía tienen el viejo Adán y deben luchar diariamente con su carne pecadora, necesitan la instrucción de Dios acerca de la ley moral. Dios nos da esta instrucción en los mandamientos específicos de la Biblia.

En este punto, necesitamos notar que el cristiano de hoy no está obligado a la forma específica de la ley tal como Dios la entregó a Israel (los Diez Mandamientos de Éxodo 20:3-17 y Deuteronomio 5:7-21). En lugar de eso, estamos obligados a la

ley tal como Dios la escribió en la creación en el corazón de Adán y de Eva y tal como él la ha repetido en el Nuevo Testamento. A menudo los cristianos usan los Diez Mandamientos como instrucción en la ley de Dios, porque estos mandamientos resumen la ley de Dios tal como se repite en el Nuevo Testamento. Debe recordarse, sin embargo, que la forma exterior del tercer mandamiento (“Acuérdate del sábado para santificarlo”) representa la voluntad de Dios sólo para los israelitas en el Antiguo Testamento. La esencia del tercer mandamiento para los cristianos del Nuevo Testamento es que no despreciamos la predicación ni la palabra de Dios, sino que la consideremos santa y la oigamos y la aprendamos gustosamente.

En sus mandamientos Dios nos muestra lo que él desea de nosotros. Debemos conformar nuestra vida a la norma o regla de la ley de Dios. Allí él nos da la guía para ver lo que le agrada. El Salmista escribió: “¿Con qué limpiará el joven su camino? ¡Con guardar tu palabra!” (Salmo 119:9). El cristiano, entonces, se guiará por la ley de Dios llevando vida santificada. Sólo las obras que corresponden a la voluntad de Dios son buenas obras.

***Las buenas obras son buenas
porque están cubiertas con la justicia de Cristo***

Se ha dicho que el cristiano es como un niño que ha comido una barra de chocolate en un día caluroso de verano. Después de comer la barra, el niño va a la casa. Todo lo que toca el niño lo mancha de chocolate. De una manera similar, cada obra que el creyente hace está todavía corrompida por la carne pecadora. Nuestro viejo Adán, con sus deseos engañosos y corruptos, contamina todo lo que hacemos. ¿Cómo, entonces, podemos llamar a las obras del cristiano buenas cuando están contaminadas por el pecado? En esta condición aún no alcanzan la norma divina de la perfección.

Dios acepta nuestras obras por causa de Jesús. Por medio de la fe, su obediencia perfecta llega a ser nuestra. Su justicia cubre nuestras injusticias. Pedro escribió: “Vosotros también, como

piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales *aceptables a Dios por medio de Jesucristo*” (1 Pedro 2:5, énfasis agregado). Así que las obras que el creyente hace por la fe en Jesucristo son buenas. Aunque en sí son imperfectas, Cristo las cubre con su justicia. De ese modo, son aceptables para Dios.

En relación con este punto debemos hacer también otra pregunta. ¿Es todo lo que hace el creyente una buena obra? No, porque los creyentes todavía pecan. Como Pablo lo describió en Romanos 7:7-25, diariamente luchamos con el viejo Adán. No hacemos lo que el nuevo hombre desea. Hacemos lo que no queremos hacer. Pecamos. Sólo lo que es hecho de acuerdo con la voluntad de Dios, para su gloria, y por medio de la fe es una buena obra. Estas obras, aunque todavía contaminadas con el pecado, son aceptables a Dios por medio de Jesucristo.

Alabamos y glorificamos a Dios, porque no sólo nos ha redimido del pecado, sino también nos ha capacitado para que lo sirvamos en justicia. Nuestras obras son aceptables y agradables a él, por causa de Jesús. Esto da propósito y significado a nuestra vida en este mundo, cuando servimos a nuestro Salvador y a nuestro prójimo.

El propósito de las buenas obras

Las buenas obras glorifican a Dios

Adán y Eva, fueron creados a la imagen de Dios. Todo lo que pensaban, decían o hacían mostraba la bondad de su Creador. Ellos vivieron para la gloria de Dios quien los había hecho. Desde la caída en el pecado, las personas por naturaleza no quieren dar a Dios la gloria que se merece. Más bien, quieren glorificarse a ellas mismas. Sólo por la gracia de Dios hemos sido rescatados de la trampa de la auto glorificación.

Dios desea que le demos la gloria que a él le pertenece. Dice: “¡Yo, Jehová, este es mi nombre! A ningún otro daré mi gloria,

ni a los ídolos mi alabanza” (Isaías 42:8). Por la fe deseamos alabar a Dios. Decimos con el salmista: “Alabaré a Jehová conforme a su justicia y cantaré al nombre de Jehová, el Altísimo” (Salmo 7:17). En pensamiento, palabra, y obra, deseamos glorificar el nombre de nuestro Dios, que nos ha creado, redimido, y santificado.

Cuando servimos a Dios con vida que lo glorifica, también permitimos a otros conocer al Dios clemente al cual servimos. Por eso, Jesús dijo en su Sermón del monte: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16).

Lutero observa en el Catecismo Mayor:

Se nos dio el nombre de Dios, porque hemos llegado a ser cristianos y fuimos bautizados, de modo que somos llamados hijos de Dios y tenemos los sacramentos, por los cuales nos une consigo mismo como en un cuerpo, de manera que todo lo que es de Dios deba servir para nuestro uso.

Ahí hay una gran necesidad por la cual hemos de procurarnos más de que se honre su nombre y de que sea tenido por santo y venerable, como el más precioso tesoro y santuario que tenemos y que, como hijos piadosos, pidamos que su nombre, santo de por sí en el cielo, sea y quede santo también en la tierra entre nosotros y todo el mundo.

¿Cómo es santificado entre nosotros? Responde en la forma más clara en que es posible decirlo: cuando nuestra doctrina y nuestra vida son divinas y cristianas. Como en esta oración llamamos a Dios nuestro Padre, estamos obligados a comportarnos y conducirnos en todas partes como hijos piadosos, para que él por nuestra causa no tenga deshonor, sino honra y gloria.⁴⁹

Las buenas obras sirven a nuestro prójimo

Cuando el Señor preguntó dónde estaba su hermano Abel, Caín respondió: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” (Génesis 4:9). Caín mostró falta de amor en su corazón. Pretendió no tener ninguna responsabilidad hacia su hermano. Esta falta de amor e interés por otros, es parte de nuestra naturaleza humana pecadora. Es una parte de la actitud básica del viejo Adán de “yo primero que nada”. Mediante la fe nos hemos librado de esta esclavitud. Como cristianos, deseamos servir a nuestro prójimo y nos preocupamos por su bienestar.

Ésta es la voluntad de Dios, como Pablo explica: “Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y especialmente a los de la familia de la fe” (Gálatas 6:10). Los mandamientos nos dicen que hay muchas maneras de que podamos servir a los demás. Podemos ayudarlos siendo amigos en cualquier necesidad corporal. Podemos ayudarlos a mejorar y conservar su propiedad y negocio. Podemos hablar bien de ellos y defenderlos, ayudándolos a mantener su buena fama y reputación. Podemos ayudar a nuestro prójimo a conservar lo que tiene.

El servicio más grande que podemos hacer para nuestro Prójimo, es compartir el evangelio con él. Con frecuencia las personas evitan compartir el evangelio porque piensan que pueden ofender a alguien. Si una familia estuviera durmiendo en una casa en llamas, ¿los ofendería si los despertara? No nos preocuparíamos si se ofendieran o no, por el peligro que enfrentaban. De una manera similar, ¿debemos preocuparnos por ofender a las personas si están llevando la vida que los conducirá al infierno? Si las personas estuvieran agonizando de alguna enfermedad, ¿los ofendería decirles que hay una curación? ¡Que privilegio tan precioso nos ha dado Dios, porque podemos compartir con otros las buenas noticias de la salvación en Jesucristo!

Dios nos anima para que hagamos buenas obras

Dios nos ha permitido que abundemos en buenas obras

La voluntad de Dios es que abundemos en buenas obras. Él nos da el poder de hacer esto. Jesús dijo: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer. En esto es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto y seáis así mis discípulos” (Juan 15:5,8). Jesús nos dice que llevaremos muchos frutos. Éste es el resultado de su obra en nosotros.

Para abundar en buenas obras, recordemos cómo éstas se hacen. Se producen por la obra de Dios a través del evangelio. Los esfuerzos que se hacen para crecer en la vida santificada seguramente fallarán si se enfocan en el propio esfuerzo del cristiano o señalan la ley para producir las buenas obras. Si un granjero desea aumentar la producción de leche, no lo logrará diciendo a las vacas que produzcan más ni alimentando la manada con paja sin valor nutritivo. A través de una nutrición apropiada la producción aumentará. Asimismo, derivamos el poder para ser más fructíferos en nuestra vida de Cristo y su evangelio. Esperar que esa productividad venga desde dentro de nosotros es como intentar sacar agua de un pozo vacío. Sólo Cristo, su vida, su obediencia, su muerte, su resurrección, sus promesas, pueden darnos la fuerza para ser ramas fructíferas.

Dios promete bendecir las buenas obras

Para empezar, Dios no nos debe nada porque hacemos obras. Aun cuando cumpliéramos la voluntad de Dios perfectamente, estaríamos haciendo sólo nuestro deber. Jesús usó la historia de un hombre y su sirviente para ilustrar esto. ¿Si el sirviente saliera y arara el campo, el amo le debería algo especial al sirviente? No, porque el sirviente sólo había hecho lo que era su deber. Jesús concluyó: “Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: ‘Siervos inútiles somos, pues lo

que debíamos hacer, hicimos” (Lucas 17:10). Nadie puede decir a Dios: “Tú me debes por lo que yo he hecho”. Ninguno de nosotros puede acercarse a cumplir todo lo que Dios exige de nosotros, mucho menos podemos pensar que Dios esté endeudado con nosotros por lo poco que hacemos.

Aunque no merecemos nada por cumplir nuestro deber, Dios promete bendecirnos por las obras que hacemos. Lo hace para animarnos a servirlo con buenas obras. Pablo escribió: “No nos cansemos, pues, de hacer bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (Gálatas 6:9). Hay veces cuando puede parecer que no vale la pena ayudar a los demás. La ingratitud de las personas puede descorazonarnos. Muchas veces parece como si no hubiera ningún resultado de lo que estamos haciendo. Dios, sin embargo, nos anima para que no nos cansemos de hacer el bien. Él nos bendecirá en el momento apropiado. Las bendiciones que él nos da dependen de él. Dios puede bendecirnos económicamente y físicamente en esta vida, pero las bendiciones más grandes que él da son espirituales. Las bendiciones que da tal vez no vengan a nosotros en esta vida.

En conexión con la ofrenda que se recogía para los necesitados en Jerusalén, Pablo escribió: “Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará” (2 Corintios 9:6). Pablo animó a los corintios a dar sus ofrendas generosamente. Los animó a dar prometiendo la bendición de Dios en sus esfuerzos. En toda la Biblia Dios anima al dador generoso y promete bendecir a tal dador. Cuando las personas en los tiempos de Malaquías se negaron a entregar sus ofrendas al Señor, les dijo que estaban robándole lo que era su derecho. Entonces el Señor los retó: “Probadme ahora en esto,...a ver si no os abro las ventanas de los cielos y derramo sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Malaquías 3:10).

Otra vez, nosotros no podemos exigir que Dios nos enriquezca como recompensa por nuestras ofrendas. El concepto de usar “dinero como semilla” de algunos líderes de la iglesia, hoy

promueve la codicia en lugar de la gracia como una razón por dar. No damos para que Dios nos lo devuelva. Se nos anima a dar generosamente y Dios promete que bendecirá nuestros esfuerzos de su propia manera, y a su debido tiempo. Finalmente, cuando recordamos la gracia de Dios y que él es dueño de todo lo que tenemos, daremos generosamente al que ha dado en forma sumamente generosa a nosotros.

En la visión de los últimos tiempos de Daniel, se le dice: “Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas, a perpetua eternidad” (12:2,3). Dios nos anima a que seamos celosos sir viéndolo y compartiendo el evangelio, mostrándonos que esto beneficia a otros y a nosotros también.

En base a estos y otros versículos de la Escritura, los maestros cristianos han enseñado generalmente que habrá grados de gloria en el cielo basados en las obras de los creyentes en esta vida. Tales grados de gloria no causarán celos en el cielo, porque allí habrá sólo amor perfecto. Tampoco servimos a Dios debido a estos grados. Por agradecimiento servimos a Dios, quien entregó a su Hijo por nuestro pecado. Cualquier cosa que Dios hace para bendecir nuestro servicio depende de él. Cualquier cosa que él hace para nosotros es un regalo de su gracia, porque no nos debe nada por el servicio que le ofrecemos. Al contrario, estamos endeudados por el privilegio de servirlo. Cualquier cosa que hacemos para Dios es un gran privilegio, porque Dios nos da la habilidad y la oportunidad de servirlo como miembros de su reino. Servirlo es un privilegio del cual no somos dignos, puesto que es nuestro por gracia.

Finalmente, se nos da el estímulo de que nuestro servicio al Señor no es en vano (1 Corintios 15:58). Cómo nos bendice, cuándo nos bendice: todo esto dejamos a Dios. Simplemente nos regocijamos porque nosotros, que éramos candidatos para el

infierno, ahora somos ciudadanos del cielo y herederos de la vida eterna. Serviremos alegre y celosamente a Dios hasta el día en que nos gocemos de la gloria de su amor en el cielo.

Animarnos los unos a los otros a hacer buenas obras

Podemos no decidimos a animar a las personas a que hagan buenas obras porque no queremos que piensen que puedan salvarse por sus propias acciones. Sin embargo, Jesús reconoció las buenas obras. Piense en cómo reconoció las obras de Juan el Bautista (Mateo 11:9,11), el regalo de María de Betania (Marcos 14:6,8,9), la fe del centurión (Lucas 7:9), la mujer sirofenicia (Mateo 15:28), y la ofrenda de la viuda (Lucas 21:1-4). También debemos animar a otros a hacer buenas obras reconociendo lo que ellos han hecho. El escritor a los Hebreos nos dice: “Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras” (10:24).

Procuraremos no adular ni manipular a las personas cuando reconozcamos sus obras. Más bien, valoraremos lo que ellos han hecho. Desde luego, nos regocijaremos cuando veamos a las personas hacer la voluntad de Dios. También las animaremos a que continúen haciendo buenas obras. En lugar de enfocarnos en lo negativo que vemos en las personas, miraremos lo bueno que hacen. Animaremos a otros a hacer buenas obras y nos regocijaremos con Dios porque su nombre es glorificado en la tierra.

Todas las buenas obras son aceptables a Dios por medio de la fe en Cristo

¿Son más aceptables a Dios algunas obras buenas que otras? Podemos estar propensos a pensar que sí. Algunas cosas que las personas hacen parecen que nos impresionan porque están por encima de lo que hacen los demás. Lutero lo expresó de esta manera:

En esta fe, todas las obras se tornan iguales, y una es como la otra. Desaparece toda diferencia entre las obras, ya sean grandes, pequeñas, breves, largas, muchas, o pocas. Porque las obras no son gratas por sí mismas sino por la fe, que es lo único que actúa y vive, indistintamente en todas y cada una de las obras, por muchas y diferentes que éstas sean, tal como todos los miembros reciben de la cabeza, vida, actividad, y nombre. Sin la cabeza, ningún miembro tendrá vida, ni actividad, ni nombre.⁵⁰

La Reforma Luterana enfatizó la verdad de que todas las vocaciones en la vida nos ofrecen la oportunidad para la vida santificada. El monje no será necesariamente más santo que el granjero o el artesano.⁵¹ Cada vocación de la vida nos ofrece la oportunidad para llevar vida santificada. Claro, si alguna ocupación es inherentemente pecadora, el cristiano no puede trabajar en ella. Obviamente, no se puede ser ladrón, prostituta, o narcotraficante, para la gloria de Dios. Pero todas las ocupaciones honorables ofrecen a los cristianos la oportunidad de vivir para la gloria de Dios.

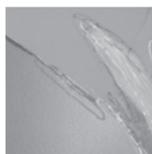
También es importante notar que los seres humanos no deben hacer su propia escala de obras, clasificando a algunas como más importantes que otras. En los días de Lutero los maridos abandonaban a sus familias para entrar en un monasterio u orden religioso. Antes de los días de Lutero los maridos habían dejado atrás a sus familias para unirse a las cruzadas en la tierra santa. Estas obras fueron consideradas más honorables que quedarse en casa con sus familias. Lutero y otros en la Reforma, hicieron notar que quedarse en casa y cuidar a la familia era una buena obra. Abandonar las obligaciones familiares no era una obra santa sino un pecado.

Necesitamos recordar esto también. Podemos inclinarnos a clasificar las obras en nuestra propia escala humana también. Podemos considerar las obras que se hacen para la iglesia como superiores y más nobles, que las que hacemos en nuestra

situación en la vida. Un marido que cambia el pañal del bebé, está haciendo una obra tan buena como si saliera y cortara el césped de la iglesia. Una madre que baña y alimenta a su bebé en casa, está haciendo una obra tan buena como si fuera y colocara las flores en el altar de la iglesia. Un niño que hace los quehaceres en la casa, está haciendo una obra tan buena como si ayudara a lavar automóviles con el grupo de jóvenes de la iglesia. Esto no se dice a fin de desanimar a hacer trabajos en la iglesia, sino a fin de recordar que hay obras buenas aparte de la iglesia así como dentro de ella.

Los obreros llamados de la iglesia a menudo están tentados a ver las obligaciones familiares como un uso menos digno de su tiempo que el trabajo que ellos hacen en la iglesia. Algunas veces piensan que sus miembros podrían estar llevando vidas más santas involucrándose más en los comités u organizaciones en la iglesia. Los feligreses a veces pueden pensar que sus obreros llamados no necesitan tiempo para cumplir las obligaciones familiares en casa, que deben más bien servir a Dios estando constantemente ocupados en la iglesia.

En nuestra vida tenemos muchas áreas de responsabilidad. Consideraremos cuáles son nuestras obligaciones en cada área de nuestra vida e intentaremos no evadir ninguna. No podemos justificar desatender nuestras obligaciones como esposo o padre, porque pensamos que estamos llevando vidas más santas a través de la iglesia. Ni usaremos el trabajo de la iglesia para escapar de nuestras obligaciones familiares, así como hicieron en los días de Lutero. Todas las vocaciones en la vida, mundanas o gloriosas, aburridas o excitantes, ofrecen la oportunidad para llevar vida santificada para la gloria de Dios.



10

Las buenas obras en contraste con la justicia civil

Mateo nos dejó escritos los siete ayes que Jesús habló contra los fariseos y los maestros de la ley (Mateo 23). Estas palabras fueron dirigidas a quienes eran considerados un dechado de virtudes en sus días. Las palabras de Jesús son escalofriantes; dichas con una franqueza penetrante; devastadoras en su condenación. Hipócritas, guías ciegos y tontos, tumbas blanqueadas, serpientes, generación de víboras. Éstos son los términos que usó Jesús para describir a estos líderes religiosos.

¿Qué hicieron mal? Después de todo, ¿no eran buenas sus actividades? ¿No trataron de convertir a la gente a su religión? ¿No dieron diezmos de todo lo que tenían? ¿No construyeron tumbas para los profetas, decoraron los sepulcros de los justos, y repudiaron los pecados de sus padres?

Mientras que exteriormente sus actividades tenían la apariencia de piedad, interiormente su corazón estaba lleno de pecado. Estaban como las tumbas que Jesús describió: blanqueadas por fuera, al parecer limpias a la vista, pero interiormente llenas de huesos humanos y totalmente sucias. Esta descripción nos ayuda a comprender la diferencia entre las buenas obras del cristiano y las “buenas” obras de los no creyentes. Las “buenas” obras del incrédulo pueden tener apariencia piadosa. Pueden beneficiar a la sociedad. Pueden hacer que el mundo sea un lugar mejor donde vivir. Sin embargo, son todavía pecado, no importa cuán buenas parezcan. Pongamos nuestra atención en la diferencia entre las buenas obras del cristiano y las “buenas” obras de los no creyentes, a las cuales llamamos la justicia cívica.

Sólo el cristiano puede hacer buenas obras

Augustín (354–430 d.C.) hizo la siguiente observación: “Todas las virtudes del pagano son sólo vicios relucientes.” Él estaba simplemente reflejando lo que el escritor a los Hebreos había declarado: “Pero sin fe es imposible agradar a Dios” (11:6). Sólo los creyentes pueden hacer buenas obras; los no creyentes no pueden hacerlas.

El profeta Isaías escribió: “Pues todos nosotros somos como cosa impura, todas nuestras justicias como trapo de inmundicia” (64:6). Bajo los reglamentos de la Ley mosaica, no se permitía a un leproso trasladarse libremente en la sociedad. El leproso debía vivir fuera del campamento. Tenía que llevar la ropa rasgada, cubrir la parte inferior de su cara, y traer el cabello despeinado. Siempre que alguien se acercara, tenía que clamar: “¡Impuro! ¡Impuro!” (Levítico 13:45,46). Isaías dijo que todos somos como alguien impuro. Así como los leprosos no podían andar en la sociedad debido a su enfermedad, tampoco nosotros podemos presentarnos ante Dios, debido a nuestro pecado. No somos dignos de estar ante él. Merecemos ser desterrados para siempre de su amorosa presencia.

“Todas nuestras justicias [son] como trapo de inmundicia”. Aquí Isaías describe nuestras obras desde la perspectiva divina. Desde nuestra perspectiva, por naturaleza pensamos que nuestras obras son aceptables a Dios. De hecho, pensamos que él debe estar bastante contento con lo que hacemos. Recuerdo el perro que mi yerno y mi hija tienen en su granja. El perro tiene el hábito de perseguir y atrapar algunas de las pequeñas criaturas salvajes que vagan por allí. Él los deja exactamente en la puerta trasera de su dueño. Cuando salen por la mañana, encuentran los “tesoros” que el perro ha dejado allí. El perro realmente puede sentirse muy satisfecho con lo que está haciendo, pero los resultados de su trabajo me revuelven el estómago.

Esto es lo que nuestras obras, aparte de la justicia de Cristo, también hacen a Dios. Lo horrorizan. Son ofensivas y repugnantes, como trapos de inmundicia o un animal muerto destrozado. Desde luego que no ganan la aceptación de Dios; al contrario, merecen su ira. Así son las obras de todas las personas por naturaleza. Piense en la locura de tratar de ofrecer al Dios santo los “trapos” de nuestras obras en un esfuerzo por ganar su aceptación. Igual como no tengo muchas ganas de acariciar a un perro que me entrega un animal muerto destrozado, Dios tampoco está dispuesto a aceptar a los pecadores que le ofrecen sus obras pecaminosas con la esperanza de ganar su aceptación.

Así son nuestras obras por naturaleza. Sin embargo, Dios nos ha permitido que hagamos buenas obras ante él. Nos ha traído a la fe, y a través de la fe nos ha vestido con la justicia de Cristo. Por la fe nos ha permitido que hagamos obras que son aceptables ante él. Aunque nuestras obras todavía están contaminadas por el pecado, Dios las acepta como buenas porque están cubiertas con la justicia de Cristo. Sólo el creyente puede hacer obras buenas. Los no creyentes no pueden hacerlas.

¿Cómo, entonces, consideraremos todos los actos humanitarios y caritativos que hacen quienes no profesan ser cristianos? Esas obras están incluidas en la categoría en que Agustín las puso. Son “relucientes”, porque hacen que el mundo

sea un lugar mejor donde vivir. Son útiles para la estabilidad y el bienestar temporal de la sociedad. Son de beneficio cívico, de modo que las llamamos justicia cívica. Sin embargo, no importa cuán atractivas pueden parecer, estas obras todavía son “vicios”, son pecados ante Dios. Les falta la justicia de Cristo para hacerlas buenas obras.

Al hablar de la justicia cívica, debemos tener cuidado de distinguir si hablamos de la situación de estas obras en la relación de la persona con Dios o cuál es su situación en la relación con las personas en este mundo. Mientras que los actos humanitarios aparte de Cristo son pecados ante Dios, son de beneficio temporal para la sociedad. En lo que a esto se refiere, entonces, Dios promueve y galardona la justicia cívica en esta vida. Permítanos dirigir nuestra atención a lo que la Biblia dice sobre la justicia cívica y el beneficio que tiene para la sociedad en un mundo pecador.

La justicia civil es necesaria para el bienestar de la sociedad

Si una persona viviera sola en una isla, no necesitaría un gobierno. Si dos personas se mantuvieran en esa isla, necesitarían alguna forma de gobierno. Desafortunadamente es así debido a lo que el pecado ha hecho en este mundo. A causa del pecado, las personas no se llevan bien unas con otras. Para dar un ejemplo, necesitamos sólo ver lo que pasó al comienzo con la primera familia del mundo: Caín mató a su hermano Abel. Debido al pecado, Dios instituyó al gobierno para la estabilidad y bienestar de la sociedad (Romanos 13:17). Hace falta una fuerza para refrenar el estallido de la maldad en la sociedad. El gobierno actúa como esa fuerza. Su misión es asegurar el bienestar temporal de sus súbditos.

A fin de llevar a cabo su propósito, el gobierno animará a los ciudadanos a que lleven vida que asegure la estabilidad de la sociedad y el bienestar de sus ciudadanos. Cuando los ciudadanos de un país trabajan juntos, ayudándose y respetándose unos a otros, y llevando generalmente vidas que no

violan la vida de otros, entonces el país se conducirá bien. Salomón observó: “La justicia engrandece a la nación; el pecado es afrenta de las naciones” (Proverbios 14:34). La justicia a la que Salomón se refiere aquí es la cívica, aquellas obras que promueven el bienestar de la sociedad.

Hay algunos elementos básicos que son necesarios para asegurar el bienestar de los ciudadanos en un país. Uno es que el conocimiento natural de Dios y de la ley de Dios, escrito en el corazón de las personas, debe reflejarse. El conocimiento natural de Dios y la conciencia, que refleja la ley escrita en el corazón, sirven de elementos disuasivos de la maldad. No la eliminan; simplemente la refrenan. Las leyes de un país reflejarán la ley de Dios escrita en el corazón. Cuando el conocimiento natural de Dios y su ley son suprimidos, la sociedad en general sufrirá. Obviamente, este conocimiento natural de Dios y su ley no salvará a nadie. Sin embargo, servirá como un conservante temporal, refrenando el decaimiento moral de una sociedad.

Otra necesidad básica para una sociedad estable es el respeto por la vida humana. Cuando el conocimiento natural de Dios no es vago ni la conciencia está entorpecida, las personas mostrarán algún respeto por la vida humana. Cuando el conocimiento natural de Dios y su ley son poco claros, a la vida humana se le trata como algo sin valor. Dios quiere que la sociedad respete la vida humana. Por eso, autorizó al gobierno quitar la vida humana cuando ésta se ha quitado (Génesis 9:6; Romanos 13:3,4).

Aquí podemos observar el efecto que ha tenido en los Estados Unidos la enseñanza de la evolución. Por años a las personas se les ha enseñado que los humanos son simplemente descendientes de animales. ¿Qué efecto ha tenido esto en la sociedad? Dios ha sido reemplazado por la casualidad, en el punto de vista de muchas personas, acerca de cómo funciona el mundo y por qué ciertas cosas ocurren. Como resultado, la conducta que es perjudicial para la sociedad no se le ha condenado como el mal sino que se ha explicado como los vestigios de la conducta animal en los humanos. La responsabilidad personal por las

acciones se ha perdido. La voz de la conciencia ha sido en gran parte eliminada. ¿Sorprende que muchos en América consideren la vida de tan poco valor? Millones de bebés son abortados, porque no los consideran dignos de vivir, cuando los adultos deciden que pueden eliminarlos. El asesinato es tan común en las noticias que apenas nos detenemos cuando oímos informes de homicidio y delitos de mutilación. Tenemos fascinación por la violencia. La violencia gráfica es una parte común del espectáculo que nos alimenta regularmente. Los niños crecen con ella. ¿Debemos sorprendernos cuando actúan conforme a lo que ven y cuando tienen poco respeto por la santidad de la vida?

Otra necesidad básica para la estabilidad de la sociedad es la unidad familiar. Dios ordenó que los niños debieran criarse en la unidad familiar, que consta de hijos, y un padre y una madre, que estén casadas. En la familia se debe instruir, alimentar, guiar, y formar, a los hijos. La unidad familiar es la unidad básica de la sociedad. Tiene la responsabilidad primordial de la instrucción de los niños, y es la institución principal para el cuidado de las personas en la sociedad. Cuando un miembro de la familia necesita algo, la familia tiene la responsabilidad primordial de ofrecer y satisfacer esa necesidad. El gobierno también puede ayudar en esta tarea. Los cristianos también ayudarán a sus vecinos que estén necesitados.

El gobierno reconoce que esa estabilidad de la familia contribuye al bienestar de los ciudadanos. Incluso, las sociedades paganas lo han reconocido. Por esta razón, el gobierno regula a la familia a través de leyes que reglamentan el matrimonio y el divorcio. Cuando se derriba la unidad familiar, la sociedad también sufrirá.

Por supuesto, podemos reconocer que la muerte o la conducta pecadora de un cónyuge puede hacer necesario que uno de los padres haga el trabajo de los dos. A veces, hasta los abuelos deben hacer el trabajo de los padres cuando algo les ocurre a los padres. Sin embargo, cuando las leyes y principios morales de un país facilitan a los cónyuges que abandonen su compromiso

matrimonial, cuando la inmoralidad sexual es glorificada y casi deificada en una sociedad, cuando el sexo se ve como una actividad recreativa en lugar de una parte del compromiso que se hizo en el matrimonio, la relación de las personas sufrirá entre sí. Cuando a los niños se les considera como una carga en lugar de ser una bendición, cuando los niños crecen sin atención o son maltratados, cuando los padres no disciplinan ni refrenan la conducta de sus niños, cuando los padres no preparan a los niños para la vida adulta responsable, cuando los padres dejan sus compromisos y no sienten ninguna obligación por sus familias, cuando las madres abandonan sus responsabilidades porque quieren ser libres para hacer lo que quieran, cuando los hijos no respetan a sus padres y superiores, cuando la unidad básica de la familia es pervertida y se sustituyen unidades anormales, la sociedad empezará a desintegrarse. Desde luego, deseamos que todas las familias sean cristianas, pero para el bienestar de la sociedad, deseamos al menos que haya más justicia cívica de la que vemos hoy en día.

Una buena ética de trabajo también es otra necesidad básica para una sociedad estable. En el tiempo de Jesús, cada padre debía preparar a sus hijos con la habilidad para practicar un oficio u ocupación significativa. Es un hecho común de la vida que nos ganamos la vida con el sudor de nuestra frente. Comprendemos que habrá circunstancias en este mundo que impedirán a las personas trabajar. En casos así la familia debe intervenir y ayudar, o el gobierno si es necesario. En todo esto, recordamos que los cristianos también ayudarán a aquellos que tienen necesidad. Pero si la sociedad pierde su ética del trabajo, si las personas esperan conseguir algo sin trabajar (también considere la proliferación de loterías y el juego de azar legalizado), el bienestar de esa sociedad se verá afectado.

Otra necesidad básica para el bienestar de la sociedad es el castigo de aquellos que infringen los derechos de otros ciudadanos. Al gobierno se le ha dado el derecho de castigar a quienes hacen el mal, para refrenar el estallido del pecado en la

sociedad. Si hay poca fuerza disuasiva de la ley en una sociedad o sencillamente no la hay, esa sociedad irá hacia la anarquía y la autodestrucción.

Los valores básicos como la honestidad y la integridad, también son virtudes cívicas importantes tanto para el gobierno como para los ciudadanos. Cuando el gobierno es corrupto, se convierte en un azote en lugar de una bendición para sus ciudadanos. Hay también tiempos cuando el gobierno corrupto es el reflejo de una sociedad corrupta.

La justicia civil es de gran valor para la sociedad. Por eso, como cristianos nos preocuparemos por alentar la justicia cívica en donde vivimos. Un gobierno honesto y justo, ciudadanos cumplidores de la ley, unidad familiar estable, y respeto a la vida humana y la propiedad de otras personas, todo esto contribuye para mejorar la sociedad. Tales virtudes cívicas también permiten a los cristianos predicar el evangelio sin que la violencia en el país lo impida.

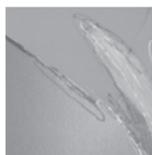
Aunque las escuelas públicas no pueden enseñar la vida cristiana santificada, porque no es su misión, podemos animar a que enseñen la justicia cívica. Los maestros cristianos que enseñan en escuelas públicas no podrán usar la ley y el evangelio para enseñar la vida santificada, pero pueden alentar la justicia cívica para el bienestar de la sociedad.

En suma, la justicia civil es de valor en la sociedad. Dios promete bendecirla con bendiciones temporales (tales como la paz, la seguridad, y el bienestar temporal). Los cristianos animarán y promoverán la justicia cívica para el bienestar del país en el cual viven. Al mismo tiempo, los cristianos reconocen que la justicia cívica no consigue la salvación de los pecadores. Es valiosa en la relación entre incrédulos, pero no tiene ningún valor en la relación de la persona con Dios. Cuando los pecadores están de pie ante Dios y se trata de la entrada en el cielo, sus obras no les ayudarán en nada. Sólo la justicia de Cristo es necesaria y suficiente para ganar para ellos la entrada al cielo.

Así, mientras los cristianos alientan la justicia cívica, también proclamarán claramente que las obras humanas son pecaminosas delante de Dios, y que sólo Jesucristo es el único camino para llegar al cielo. Mantengamos el campo de la justicia cívica en su debido lugar. Trabajemos para la sociedad como los ciudadanos del estado. Como mensajeros de Dios, también proclamemos a los pecadores que solamente por la gracia a través de la fe en Jesucristo, tienen la salvación de sus pecados.

Cerramos este capítulo con una cita de nuestras Confesiones Luteranas:

Las obras que se hacen para preservar la disciplina externa (obras de las cuales son capaces también los incrédulos y los no convertidos y de quienes son exigidas), aunque loables delante del mundo y recompensadas por Dios en esta vida, son beneficios temporales, sin embargo, ya que no proceden de la verdadera fe, son pecados delante de Dios, esto es, tienen la mancha del pecado, y son consideradas por Dios como pecados e impuras, por causa de la corrupción de la naturaleza humana y porque el que las hace aún no se ha reconciliado aún con Dios.⁵²



11

Adiáfora

Dios regulaba la vida de los israelitas de muchas maneras. Les dio leyes dietéticas que determinaban lo que podían comer. Otras leyes regulaban la vida del culto de los israelitas: cuándo y dónde deberían celebrar los cultos, cómo deberían ser los cultos, qué sacrificios deberían traer para el culto, cómo los sacerdotes deberían llevar a cabo los sacrificios, y cómo los levitas deberían ayudar en el culto. El ministerio público del pueblo de Dios, fue regulado cuidadosamente. Había también leyes que regulaban las enfermedades infecciosas, instruyendo qué hacer si una casa tenía moho, y la prohibición de trabajar el día sábado.

El propósito de estas leyes ceremoniales, era mantener a Israel como una nación intacta hasta que se cumpliera la misión de dar a luz al Salvador. Estas leyes tuvieron su cumplimiento cuando Jesús murió en la cruz. Terminó su vigencia. La iglesia temprana no comprendió esto. En el concilio de Jerusalén (Hechos 15), la iglesia temprana enfrentó el hecho de que estas leyes ya no eran obligatorias para el pueblo de Dios.

En el Nuevo Testamento no hay ninguna ley ceremonial obligatoria. No tenemos leyes que nos digan cuándo rendir culto, qué liturgia usar, ni siquiera qué vestiduras debe llevar el pastor, si acaso usa alguna especial. El Nuevo Testamento, no da mandatos de formas específicas y títulos para el ministerio público de la iglesia. Podemos comer la carne de puerco, camarones y morcilla, cosas que las personas del Antiguo Testamento no podían comer.

En el Nuevo Testamento, Dios nos ha dado libertad. No ha regulado cada aspecto de nuestra vida como lo hizo con Israel en el Antiguo Testamento. Estas áreas, donde Dios no nos ha ordenado que hagamos alguna cosa ni nos ha prohibido hacerlas, las llamamos adiáfora. Éstas son áreas en donde los cristianos tienen libertad para ejercer su juicio santificado.

Las adiáforas no afectan nuestro estatus con Dios. Él no se agrada más con una túnica negra que con una blanca, en el culto. No está más contento con la persona que va al culto el domingo que con la persona que va al culto el sábado, lunes o jueves. No se agrada más si usamos la copa común en la Santa Cena o si usamos copitas individuales. Todos éstos son asuntos de “indiferencia”. Dios nos ha dado libertad para escoger lo que haremos en estas y muchas otras áreas.

Aunque las cosas indiferentes, en y por ellas mismas, son asuntos de la libertad cristiana, todavía es posible que puedan ser empleadas mal. Dios nos guía en hacer uso de nuestra libertad. Consideremos ahora varios pasajes de la Biblia que nos dirigen a practicar nuestra libertad cristiana de elegir. La mayoría de estos pasajes vienen de 1 Corintios. Estudiaremos éstos primero y entonces consideraremos los pasajes que ocurren en otra parte.

Cualquier cosa que Dios ordena o prohíbe, no pertenece al área de la libertad cristiana (1 Corintios 6:13-20)

La ciudad de Corinto era un centro comercial próspero a unos 65 kilómetros al oeste de Atenas, cerca del cruce del istmo. Corinto era un pueblo abierto para todo, en donde florecían el

vicio y la inmoralidad. Toleraron la inmoralidad sexual y la trataron con indiferencia. Algunos cristianos de Corinto se corrompieron debido a la cultura en la cual vivían. Pensaban que el sexo fuera del matrimonio era una adiáfora, un asunto de indiferencia. Si un cristiano decidía practicar el sexo fuera del matrimonio, pensaban que tenía derecho de hacerlo. La respuesta inspirada de Pablo no dejó ninguna duda sobre cómo ver el sexo fuera del matrimonio. Es un pecado.

Las relaciones sexuales corresponden al matrimonio. Ésta es la voluntad de Dios. Es pecado tener relaciones sexuales antes del matrimonio o con alguien con quien usted no está casado. La palabra de Dios es clara. No se puede llamar algo un asunto de indiferencia si Dios habla sobre ello en su palabra. Cuando Dios ha ordenado o prohibido algo, no puede considerarse como una cosa indiferente.

Se permite tomar bebidas alcohólicas; sin embargo, emborracharse es pecado. El abuso del alcohol es dañino; Dios prohíbe la embriaguez. Cualquier acto que Dios prohíbe no puede considerarse como un asunto de libertad cristiana. Estamos obligados a evitarlo. Cualquier acto que Dios ordena no es un asunto de indiferencia. Estamos obligados a obedecerlo. Adiáfora involucra sólo aquellos asuntos en donde Dios claramente no ha ordenado o prohibido nuestra actividad.

No dejarse dominar por nada (1 Corintios 6:12)

El cristiano no desea estar bajo el mando de nadie ni de nada, que no sea el Señor Jesús. Se nos permite tomar bebidas alcohólicas, pero si el alcohol llega a ser nuestro amo, entonces tomarlas es un pecado. Comemos para vivir. Comer es necesario para el mantenimiento de la vida. Sin embargo, si vivimos para comer, entonces la comida se ha hecho nuestro amo. El ejercicio es beneficioso para la salud. No obstante, si llegamos a tal punto que el ejercicio controle nuestra vida, entonces ha llegado a ser nuestro amo. El trabajo es bueno. Sin embargo, si trabajamos a tal punto que descuidamos otras responsabilidades importantes,

como nuestra propia salud física o espiritual y el bienestar de nuestra familia, entonces el trabajo se ha hecho nuestro amo. Los cristianos no permitirán que ninguna actividad controle su conducta. Si a los cristianos los domina algo que están haciendo, entonces la actividad ya no es un asunto de indiferencia. Esto ha llegado a ser un pecado.

Hacer todo para la gloria de Dios (1 Corintios 10:31)

En Corinto, una parte de la carne sacrificada a los ídolos se vendía en el mercado. ¿Se permitía a los cristianos comer esta carne? Sí, contestó Pablo. Un ídolo no es nada. Los cristianos pueden recibir los regalos de Dios con acción de gracias, incluso la carne sacrificada a los ídolos. Si un incrédulo invitara a un cristiano a una comida, el cristiano podría comer cualquier cosa que se sirviera en la mesa, aun cuando la carne hubiera sido sacrificada originalmente a un ídolo.

Sin embargo, ¿qué tal si un compañero creyente estuviera presente en esa comida y se opusiera a que el cristiano comiera esta carne? Entonces Pablo advierte al cristiano que no coma la carne por respeto a la persona que tiene conciencia débil en este respecto. La preocupación es doble. La primera, no insistir en sus derechos y ser condenado por un creyente débil por hacerlo. Otra preocupación era, no hacer que su compañero cristiano tropezara en la fe.

En este contexto Pablo declaró: “Si, pues, coméis o bebéis o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (Versículo 31). La primera preocupación del uso de la libertad cristiana es dar gloria a Dios. El Señor no es glorificado si un creyente débil nos condena por insistir en nuestros derechos. Dios no es glorificado si insistimos en nuestros derechos y hacemos que un creyente débil tropiece en la fe. El mundo puede insistir en sus derechos, pero los cristianos renunciarán a ellos en beneficio de la conciencia del otro. Éste es el camino de amor que también glorifica al nombre de Dios.

No poner tropiezo (1 Corintios 8:13; 10:32)

Poner tropiezo, es hacer que otras personas tropiecen en su fe o pierdan su fe. Se puede poner tropiezo, enseñando una doctrina falsa. Esto aleja a las personas de Cristo y debilita o destruye la fe. Pablo advirtió a los cristianos de Galacia contra las enseñanzas de los judaizantes entre ellos. La enseñanza de los judaizantes de que la obediencia a la ley y la observancia de la circuncisión, eran necesarias para la salvación, estaba llevando a los gálatas por una pendiente resbaladiza a la condenación.

Se puede ofender cuando se lleva vida pecaminosa. Las acciones de una persona que vive en el pecado pueden animar a otros a vivir igual. Jesús advirtió severamente contra poner tropiezo a los niños pequeños. Los malos ejemplos pueden llevarlos a pecar y destruir su fe. Así, Jesús advirtió severamente: “A cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgara al cuello una piedra de molino de asno y que se le hundiera en lo profundo del mar. ¡Ay del mundo por los tropiezos! Es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!” (Mateo 18:6,7).

Los cristianos también pueden poner tropiezo usando sin consideración la libertad cristiana. Si alguien cree que algo es pecado, entonces así es para esa persona. Aunque la acción no sea pecaminosa en sí misma, si las personas hacen lo que creen que es un pecado, están pecando. Pablo lo presenta en su Carta a los Romanos: “Pero el que duda sobre lo que come, se condena a él mismo, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado” (14:23). Aquí Pablo no se está refiriendo a la fe salvadora, o a la confianza en Cristo como el Salvador. Está usando la palabra fe en el sentido de la convicción de que las acciones de uno están de acuerdo con la voluntad de Dios. Así, la persona que cree que algo es contrario a la voluntad de Dios pero todavía lo hace está pecando, aun cuando la acción no sea pecaminosa en sí misma.

En 1 Corintios 8 y 10, Pablo trató el asunto de comer carne que había sido parte de un sacrificio a los ídolos. Pablo explicó que no era malo comer tal carne. El cristiano podría comerla con una conciencia limpia. Dios la había creado, y el ídolo a quien había sido sacrificada no existía. Sin embargo, los cristianos no actúan sin preocuparse por las conciencias de los demás. Si otro cristiano pensara que era pecado comer la carne que había sido parte de un sacrificio a un ídolo, Pablo aconsejó preocuparse por la conciencia de la persona débil.

Observar a un compañero cristiano comer la carne podría alentar al cristiano débil a no prestar atención a las dudas de la conciencia y hacer lo mismo. Si un cristiano hace algo en contra de su conciencia, entonces la acción es un pecado. Los pecados voluntarios pueden destruir la fe. Así, el creyente que usa la libertad cristiana sin preocuparse de que esas acciones puedan influir en otros, puede hacerlos tropezar en la fe. Pablo concluye: “Por lo cual, si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano” (8:13).

Los cristianos se preocuparán por la conciencia de los demás. Nos preocuparemos de que nuestras palabras y acciones no alienen a otros a hacer lo que creen que está equivocado. Si alguien cree que es malo tomar una bebida alcohólica, no animaremos a esa persona (con palabra o ejemplo) a tomar con nosotros. Por el contrario, renunciaremos a nuestra libertad, tomando en cuenta la conciencia del hermano cristiano.

Cuando se trata de los cristianos débiles, también nos preocuparemos de su educación para que conozcan lo que Dios dice en su palabra. Desearemos ayudarlos a que comprendan la libertad que tienen en Cristo. La educación toma tiempo. Las personas no comprenden al instante la libertad que tienen en Cristo. Toma tiempo para que la educación penetre y se convierta en una convicción del corazón. Considere cuánto tiempo tomó para que la iglesia temprana comprendiera la libertad que tenían

de la Ley de Moisés. Incluso Pedro experimentó un retroceso en su comprensión, y Pablo tuvo que reprenderlo por la ofensa que había cometido (Gálatas 2:11-14). Los próximos dos principios nos ayudarán cuando enseñemos a otros acerca de la libertad que tienen en Cristo.

Hacer todo con amor (1 Corintios 16:14)

La exhortación de Pablo de hacer todo por amor, está en medio de varias exhortaciones generales que él da al cierre de su Primera Carta a los Corintios. El amor es lo que nos guía en todo lo que hacemos, incluso en el área de nuestra libertad cristiana. Claro, el amor del cristiano es un reflejo del amor de Dios para los pecadores. Dios nos ama, aunque no hay ninguna razón en nosotros por la que él debe amarnos. Su amor es abnegado, vivificante, y quiere nuestro bienestar. Su amor por nosotros hace que lo amemos a él y a nuestro prójimo.

Pablo había descrito antes en su carta cómo es el amor: “El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia; el amor no es jactancioso, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser” (13:4-8).

El amor hace que tengamos paciencia con el débil. Nos motiva a instruir a los que son débiles. Aconseja paciencia cuando la personas “no entienden”. El amor hace que nos preocupemos por el bienestar espiritual de los débiles. Cuando los cristianos proponen algo nuevo, el amor hará que expliquen todas las razones para poner en marcha el nuevo plan. El amor se preocupará de que las personas puedan seguir adelante firmes en la fe. El amor no forzará a las personas cuando no están listas o no son capaces de aceptar una nueva norma. “Hacer todo con amor” hace que quitemos la vista de nuestra propia manera de pensar y que nos preocupemos por la conciencia de los demás.

Hacer todo de una manera ordenada (1 Corintios 14:40)

Por lo que Pablo describe en 1 Corintios 14, los cultos en Corinto eran desordenados. Los corintios pusieron demasiado énfasis en hablar en lenguas. Sus servicios no edificaban; por el contrario, confundían a las personas. Otorgaron derechos a las mujeres, en la iglesia, que violaban el orden que Dios había establecido en la creación. El servicio, aparentemente, se convirtió en un desorden donde las personas competían para que las escucharan decir todo lo que querían.

Pablo los reprendió por el desorden. El hablar en lenguas debería ser regulado e interpretado. La proclamación de la palabra debería ser preeminente. Los que hablaban deberían controlarse y hablar en una forma ordenada y edificante. Las mujeres deberían estar en sumisión, como la ley decía. El Señor es Dios de orden, y sus servicios deberían conducirse de una manera ordenada.

El orden viene de la preocupación por el bienestar espiritual del pueblo de Dios. El desorden lo causa el pensamiento egoísta, la preocupación por los “derechos” u opiniones de uno mismo. Entonces, el orden nos guiará a planear y preparar cosas nuevas en la iglesia, para que no haya confusión cuando se pongan en marcha. Esto involucrará una vez más discusión abierta y educación a fondo. La introducción de *Christian Worship: a Lutheran Hymnal* [Culto Cristiano: Un himnario luterano] por la Comisión de Culto del Sínodo de Wisconsin es un buen ejemplo de un proceso ordenado de educación. Las personas tuvieron muchas oportunidades para dar sus sugerencias y reacciones. El himnario que se propuso no se impuso a las personas, sino fue producto de un largo proceso de educación y diálogo. La iglesia tratará siempre de hacer esto, para que todos puedan progresar en la convicción de fe.

***No poner obstáculos para ayudar
a otros (1 Corintios 9:22)***

Los corintios estaban orgullosos de su conocimiento. Si se encontraban con alguien débil en la fe, que tuviera dudas de conciencia sobre algo, estaban propensos a sentirse superiores a este hermano o hermana débil. Tendían a hacer lo que según ellos tenían derecho a hacer, sin preocuparse por la fe del otro. Pablo respondió diciendo: “El conocimiento envanece, pero el amor edifica” (8:1). El amor motiva a la persona a ceder sus derechos, a fin de que no caiga el hermano o la hermana débil.

Pablo siguió demostrando que había renunciado a sus derechos, con el fin de llevar el evangelio a otros. Dios había dicho que quienes predicaban el evangelio deberían recibir su salario de los que recibían el mensaje. Pablo podría haber insistido en este derecho cuando trabajaba en Corinto. En lugar de eso, trabajó para sostenerse mientras estaba allí, para que “gratis” pudiera predicar el evangelio. Esto lo hizo voluntariamente como ofrenda de agradecimiento a Dios.

Cuando Pablo predicó el evangelio gratuitamente, hizo algo más que mostrar su agradecimiento a Dios. También mostró su preocupación para que no hubiera ningún obstáculo para presentar el evangelio a otros. En los días de Pablo había muchos charlatanes religiosos irresponsables que trasquilaron al rebaño en lugar de alimentarlo. Era evidente que Pablo no era uno de esos charlatanes, por el hecho de que él mismo se sostenía mientras desempeñaba el trabajo de su ministerio.

Todo el enfoque de Pablo en el ministerio, mostró preocupación por las almas. Estaba dispuesto a sacrificar su libertad para no poner obstáculos en el camino de su ministerio. Pablo sabía que las leyes de Moisés no lo ataban. Sin embargo, cuando trabajaba entre los judíos, mostró una preocupación por su conciencia. No insistió en su libertad de la Ley mosaica. Al contrario, la guardó para tener la oportunidad de presentar a los judíos las buenas noticias de Jesús. Si Pablo hubiera insistido en

la libertad de la Ley mosaica, no habría tenido siquiera la oportunidad, en la mayoría de los casos, de presentar el evangelio a los judíos. Esta misma preocupación, de presentar a los judíos el evangelio, condujo a Pablo a circuncidar a Timoteo antes de llevarlo en su segundo viaje misionero (Hechos 16:3). No haberlo hecho habría sido un obstáculo en su ministerio a los judíos.

Cuando Pablo estaba entre los gentiles, no los cargó con las leyes de su herencia judía. No los preocupó con costumbres o ceremonias que eran relevantes a otra época. Quitó los obstáculos que le habrían impedido tener la oportunidad de presentar el evangelio a esas personas. Los luteranos cuyos antepasados vinieron de Alemania han tenido que luchar con estos asuntos también. Tuvimos que aprender que la obra de Dios podría hacerse en otro idioma que no fuera alemán. Tuvimos que reconocer que la versión de la Biblia del siglo 17, ya no se podía entender tan fácilmente como cuando nuestros padres y abuelos crecieron. Insistir en usar el idioma, las traducciones, o las costumbres, que vienen de una cultura extraña a las personas a quienes estamos presentando el evangelio, es poner obstáculos en el camino de nuestro ministerio.

La respuesta de Pablo fue decir: “Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él” (1 Corintios 9:22,23). Pablo no era una persona sin carácter. No se dejó llevar por el viento. Dondequiera que la palabra de Dios tomaba una actitud firme, él también la tomaba. Pero en las áreas dónde tenía libertad, Pablo estaba completamente dispuesto a abandonar su libertad con el fin de presentar las buenas noticias de Jesús a los demás. Nosotros tampoco cederemos ni un ápice de lo que Dios ordena. No obstante, estaremos realmente preparados a cambiar y adaptar, a abandonar las libertades y nuestro propio gusto y disgusto personal, con el fin de presentar el evangelio a otros.

No juzgar al hermano (Romanos 14:10)

Pablo empezó una discusión de cristianos débiles y fuertes en Romanos 14 con las palabras: “Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones” (versículo 1). Los cristianos que sabían que tenían la libertad de comer carne, se podrían haber sentido superiores a aquellos cuyas conciencias se afligían por comer carne. Incluso podrían haber juzgado que estos cristianos débiles eran espiritualmente inferiores a ellos.

Los cristianos débiles también pueden juzgar a los cristianos fuertes. Pueden juzgar las acciones de éstos como pecado. Los cristianos débiles y mal aconsejados, pueden considerar a sus hermanos o hermanas, que están ejerciendo su libertad como inferiores. Pueden juzgar a estos hermanos creyentes como no cristianos, porque tienen la idea de que “los cristianos no hacen estas cosas”.

Pablo dijo: “¿Por qué juzgas a tu hermano?” (versículo 10). Deje el juicio a Dios. Ésa es su responsabilidad. Nuestra responsabilidad es: “decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano” (versículo 13). Estas palabras son necesarias hoy día. ¿Cuántas veces los cristianos no nos juzgamos unos a otros sobre el ejercicio de nuestra libertad cristiana? Juzgamos cuando no nos gusta la manera en que las personas hacen las cosas. Los juzgamos porque se han apartado de la forma en que siempre hicimos las cosas. Los juzgamos porque quieren continuar haciendo las cosas de la misma forma que siempre.

Juzgamos a las personas porque no hacen las cosas en su cultura, de la misma forma en que nosotros las hacemos en la nuestra. Se ha cuestionado el cristianismo de otras personas debido al desacuerdo sobre la manera en que ejercen su libertad. Incluso se juzga a las personas cuando no mantienen la opinión política “correcta”.

En medio de toda esta crítica, literalmente las palabras de Pablo vociferan contra nosotros: “Tú, pues ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano?, porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo”

(versículo 10). ¡Deje de juzgar! Ésta no es la manera de mostrar amor. El amor pone la mejor interpretación en las acciones de otros. En lugar de hablar mal de otros, defenderemos a nuestros vecinos y hablaremos bien de ellos.

***Seguir lo que conduce a la paz y la edificación mutua
(Romanos 14:19)***

Cuando Pablo trató las diferentes opiniones sobre comer carne entre los cristianos romanos, no defendió “seguir un espíritu partidario”, “hacer lo que le venga en gana”, o tomar alguna acción que dividiría la unidad de la iglesia. Habrá diferencias en cuanto a costumbres y tradiciones en la iglesia en áreas donde la palabra de Dios no ha declarado claramente lo que debemos hacer. Estas diferencias no deben dividir la iglesia. Dios quiere que trabajemos por la unidad en la iglesia. Pablo escribió: “Procurando mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efesios 4:3). Así, Pablo animó a los cristianos romanos a que se esforzaran a favor de actitudes y acciones, que unen y fortalecen la iglesia. Advirtió en contra de tratar de imponer nuestras propias opiniones a tal punto que la unidad de la iglesia sea fracturada.

Hay muchas áreas en el Nuevo Testamento donde los cristianos tenemos libertad. Las liturgias que usamos, el mobiliario que usamos en relación con el culto, las traducciones que usamos, la arquitectura de las iglesias y escuelas que construimos, la música e instrumentos que usamos, el ministerio que adoptamos: todas son cuestiones donde tenemos la libertad para ejercer el sentido común santificado. Siempre nos preocuparemos porque nuestras acciones no quiten a Cristo la posición de honor que merece, ni trastorne ni oscurezca su palabra, y no confunda ni mezcle la ley y el evangelio. Podemos hacer todas estas cosas, y todavía hacer la obra de la iglesia de diferentes maneras.

Al mismo tiempo, también permitiremos que la mayoría gobierne en las decisiones en la iglesia. Podemos tener fuertes

opiniones acerca del plan que se va a seguir. Sin embargo, si el asunto queda en el área de las cosas indiferentes, expresaremos nuestra opinión pero aceptaremos la voluntad de la mayoría en interés de la unidad en la iglesia. La actitud de “si no hacen lo que yo quiero, tomaré mi pelota e iré a casa” no es el camino del amor. Nos preocuparemos porque nuestras acciones edifiquen la iglesia de Cristo. Nos esforzaremos por la unidad en la iglesia.

***No use su libertad como una licencia para el pecado
(Gálatas 5:13)***

Los cristianos están libres de la maldición y las exigencias de los mandamientos. Están libres para servir a Dios sin que las amenazas de los mandamientos los obliguen a hacerlo. La fuerza motivadora en la vida del cristiano es el amor. El amor de Dios mueve al cristiano a vivir en amor. Aquellos que viven en amor desean guardar los mandamientos de Dios. Estos frutos de fe surgen de la nueva vida que Dios ha creado en el cristiano. Sin embargo, el cristiano todavía tiene que tratar con el viejo Adán en esta vida. Así, el cristiano usará la ley para ahogar los deseos del viejo Adán. En este contexto Pablo escribió a los gálatas: “Vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros” (5:13).

Lutero trata este asunto de la libertad del cristiano en su obra “*La libertad cristiana*”. Allí declara lo siguiente:

El cristiano es libre señor de todas las cosas y no está sujeto a nadie;

El cristiano es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos.⁵³

Él sigue explicando:

Aun cuando el hombre esté ya interiormente, por lo que a su alma respecta, bastante justificado por la fe y en posesión de

todo cuanto precisa, aunque su fe y suficiencia tendrán que seguir creciendo hasta la otra vida, sigue, sin embargo, en el mundo y ha de gobernar su propio cuerpo y de convivir con sus semejantes. Y aquí comienzan las obras. El hombre, dejando a un lado toda ociosidad, está obligado a guiar y disciplinar moderadamente su cuerpo con ayunos, vigiliias, y trabajos, ejercitándolo a fin de supeditarlo e igualarlo al hombre interior y a la fe, de modo que no sea impedimento ni haga oposición, como sucede cuando no se lo obliga.⁵⁴

Un cristiano, aunque libre de las demandas de la ley divina, aun así usará todavía la ley para crucificar las pasiones y los deseos de la carne. Esto es necesario a fin de que un sentido falso de seguridad no permita al viejo Adán irrumpir y destruir la fe. La libertad cristiana nunca es una licencia para pecar. Aunque nos hemos librado de las amenazas y la condenación de los mandamientos de Dios, todavía usaremos estas amenazas para mantener bajo control al viejo Adán.

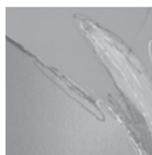
***Cuando el evangelio está en juego,
no se debe abandonar la libertad cristiana
(Gálatas 5:1)***

Pablo relata en la Carta a los Gálatas, que algunos falsos cristianos habían tratado de obligar a que Tito, un griego que por medio de Pablo había llegado a conocer a Jesús, se circuncidara. Estos falsos cristianos estaban haciendo la práctica de la circuncisión necesaria para la salvación. Así, Pablo se negó a ceder ante sus demandas (2:3-5). Esto fue totalmente diferente de cuando Pablo circuncidó a Timoteo, para impedir cualquier obstáculo en el camino de su ministerio para el pueblo judío. En el caso de Tito, la situación era que las personas decían que practicar un rito era necesario para la salvación. Aquí Pablo no abandonó su libertad. Insistió en ella porque las buenas nuevas de salvación como un regalo de Dios estaban en juego.

En la Carta a los Gálatas, Pablo aclaró que no somos salvos por lo que hacemos, sino por lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo. Por eso, dijo firmemente a los cristianos de Galacia que deberían resistir el esfuerzo de aquellos quienes exigían que deberían de guardar la ley mosaica para ser salvos: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (5:1).

La iglesia luterana enfrentó el mismo problema después de la muerte de Lutero. Había quienes deseaban, a fin de lograr alguna paz con la Iglesia Católica Romana, adoptar algunas de las costumbres de Roma. Esto podría haberse permitido si estas costumbres hubieran sido sólo costumbres. Sin embargo, estas “costumbres” estaban ligadas a las formas que la iglesia romana había inventado para que las personas contribuyan a su propia salvación. Así, los escritores de la Fórmula de Concordia, rechazaron este intento, porque oscurecía las diferencias entre los luteranos y los católicos romanos, y también amenazaba el evangelio de la salvación.⁵⁵

Actualmente hay todavía aquellos que les gustaría volver a ponernos bajo las leyes humanas o bajo las leyes del Antiguo Testamento (los Adventistas del Séptimo Día, por ejemplo). Si cediéramos ante estas personas, daríamos la impresión de que lo que ellos exigen es necesario para la salvación. Nos pondríamos nosotros mismos y a otros que siguieran nuestro ejemplo, otra vez bajo la esclavitud de los mandamientos. En este caso, insistimos en nuestra libertad en Cristo y la afirmamos.



12

La vida cristiana: La vida bajo la cruz, y la vida de esperanza

Algunos grupos cristianos, como los evangélicos, pentecostales, y carismáticos, a veces dan la impresión de que la vida cristiana puede vivirse con éxito, sin dolor, ni sufrimiento. Una vez que el “catalizador” se da (la fórmula correcta de seguir o una ola de poder por un bautismo especial del Espíritu Santo), se supone que el cristiano está en camino hacia la vida de éxito y felicidad.

Qué bueno sería si no tuviéramos que enfrentar más problemas una vez que llegamos a ser hechos cristianos. No obstante, si no tuviéramos más problemas ya no estaríamos en este mundo. Estaríamos en el cielo. Mientras vivamos en este mundo, todavía tendremos que lidiar con la trinidad impía del diablo, el mundo

incrédulo, y nuestra carne pecaminosa. Somos seres pecadores que vivimos en el mundo corrompido por el pecado. Somos los herederos de todos los estragos que el pecado ha traído a la buena creación de Dios. Además, el diablo y el mundo incrédulo se enfurecen contra Cristo. Aborrecen y odian, a todo aquel que lo sigue. Finalmente, nuestro viejo Adán (nuestra naturaleza pecadora) constantemente lucha contra nuestro nuevo ser.

No, el cristiano no puede esperar vida sin dolor o sin pruebas en este mundo. La vida del cristiano es la vida bajo la cruz. Algunos usan la palabra cruz para referirse a cualquier problema que el cristiano experimenta en esta vida. La Biblia, sin embargo, usa la palabra para describir lo que los cristianos sufren por causa de Jesús.

Los seguidores de Cristo llevan su cruz

Al final de su primer viaje misionero, Pablo volvió a visitar las ciudades de Listra, Iconio, y Antioquia de Pisidia. El propósito de Pablo era fortalecer a estos recién convertidos, prepararlos para lo que venía más adelante. Pablo los animó a permanecer en la verdadera fe. Estos nuevos cristianos necesitaban ese ánimo. Pablo dijo: “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:22).

La propia vida de Pablo fue una prueba viva de esto. En Antioquia, los judíos tenían celos porque muchos gentiles habían sido convertidos a la cristiandad, de modo que estos judíos fomentaron la persecución contra Pablo y Bernabé, y los expulsaron de su región. En Iconio, Pablo y Bernabé, tuvieron que huir cuando descubrieron que los judíos estaban tramando una conspiración con algunos gentiles para maltratarlos y apedrearlos.

En Listra, Pablo sanó a un hombre cojo de nacimiento. Al principio, las personas consideraron a Pablo y a Bernabé como dioses griegos. Más tarde, después de que algunos judíos de Antioquia e Iconio habían corrompido sus mentes, la muchedumbre apedreó a Pablo. Lo arrastraron desde la ciudad y

lo dejaron por muerto. Tal como los romanos usaban el dicho: Sic transit gloria (“así pasa la gloria”). A pesar de que la muchedumbre en un tiempo adoró a Pablo, ahora estaba dispuesta a quitarlo de este mundo. ¿Cuál fue la diferencia? Fue su relación con Jesús. La vida de Pablo fue un testimonio vivo de que los que siguen a Jesús llevan su cruz.

Jesús dijo a sus seguidores que deberían esperar esto: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Marcos 8:34). Seguir a Jesús llevando su cruz quiere decir sufrir por causa de Jesús.

El mundo no ama a Jesús. Nunca lo ha hecho y nunca lo hará. Cuando Jesús envió a los 12 apóstoles a su nuevo ministerio, les dijo: “Yo os envío como a ovejas en medio de lobos....Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios y en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernadores y reyes, seréis llevados por causa mía, para testimonio a ellos y a los gentiles. Seréis odiados por todos por causa de mi nombre; pero el que perseverare hasta el fin, este será salvo” (Mateo 10:16-18,22).

Jesús no dijo que todas las personas amarían a los apóstoles por traerles las buenas noticias de salvación. Aunque los apóstoles trajeron las buenas noticias acerca de Jesús, las personas los odiaban. La razón es que el mundo odia a Jesús. Nuestra razón se rebela contra esto. Pensamos: “¿Por qué las personas odian a los mensajeros que les traen las buenas nuevas de salvación por Jesús? Eso sería como un paciente que sintiera odio hacia el doctor que le trae las buenas noticias de que hay una cura para su enfermedad”.

No podemos comprenderlo porque estamos mirando las cosas con los ojos de la fe. Los incrédulos miran las buenas nuevas acerca de Jesús con su razón corrompida por el pecado y con la voluntad en rebelión contra Dios. ¿Ocurre algunas veces que las personas hacen daño a aquellos que les han hecho bien? Sí, sucede. Tampoco podemos comprenderlo. El pecado ha corrompido tanto la naturaleza de las personas, que atacan a aquellos que les hacen un favor. Del mismo modo, los pecadores

por naturaleza no sienten amor por Jesús, y tampoco sienten amor por aquellos que les traen el mensaje de Jesús.

Los cristianos a veces piensan que Dios debe librarlos de la persecución. Razonan que si Dios los ama y es omnipotente, entonces no debe permitir que nadie los persiga. Éste era el caso con los cristianos que estaban esparcidos a lo largo de Asia Menor en los días de Pedro. Les era difícil aceptar que estaban sufriendo persecución debido a su fe cristiana. Por eso Pedro les escribió: “Amados, no os sorprendáis del fuego de la prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciera. Al contrario, gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría....Pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello” (1 Pedro 4:12,13,16).

Los cristianos no deben esperar vivir sin sufrir Persecución, debida a su fe. Jesús ganó nuestra salvación a través del sufrimiento. Vino a este mundo, y sufrió mientras vivía en este mundo corrompido por el pecado. Sufrió la tentación, así como nosotros tenemos que hacerlo. Sufrió los insultos de las personas que lo rechazaron. La gente dijo mentiras sobre Jesús e incluso dijo que estaba poseído por el diablo. Sus enemigos le escupieron y lo agredieron verbalmente.

Jesús no sólo experimentó algunos de los tormentos más grandes que la mente del pecador pudo inventar; también sufrió la agonía más grande de todos: fue desamparado por Dios porque llevó nuestros pecados. Jesús experimentó los tormentos de los condenados cuando sufrió por nuestros pecados. Fue desamparado para que nosotros nunca tuviéramos que ser desamparados. La vida de Jesús desde su mismo principio tomaba el camino hacia la cruz. Sufrir fue parte de su vida desde el comienzo. Como Isaías había profetizado: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores, ¡pero nosotros lo tuvimos por azotado, como herido y afligido por Dios! Mas él fue herido por nuestras rebeliones, molido por

nuestros pecados. Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados” (53:4,5).

Dios ha escogido llevarnos a la vida eterna a través del Sufrimiento, por causa de Jesús. Ésta es una realidad. Aunque nuestra razón se rebela contra esto, la fe se apropia de las promesas de Dios. Nos regocijamos porque Dios nos ha traído a la fe, ha permitido que mostremos nuestra fe, y nos da el privilegio de sufrir por su causa. Dios usará estas pruebas para refinar nuestra fe y guardarnos con él, mientras las pruebas nos hacen acudir a su palabra.

El salmista Asaf estaba preocupado por lo que vio en este mundo. Observó que los impíos parecían prosperar en esta vida. Parecían no tener preocupaciones y eran acaudalados. Por otro lado, los creyentes parecían sufrir por su fe. Asaf no podía comprenderlo y no le parecía justo. Entonces recordó el final del incrédulo bajo la ira de Dios y la gloria final del creyente en el cielo. Esto puso las cosas en una perspectiva apropiada (Salmo 73:1-24).

¿Cuál será nuestra actitud hacia los que nos persiguen? Considere a Jesús en la cruz. Oró por aquellos que lo crucificaron: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). En el Sermón del monte, dijo: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian, y orad por los que os ultrajan y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:44,45). Ante el odio, el cristiano ofrece amor. Ante la calumnia, el cristiano ofrece oración. Ante el mal, el cristiano ofrece perdón.

¿De dónde viene la fuerza para hacer esto? No viene de nosotros mismos. Nuestro viejo Adán conoce sólo los principios de “ojo por ojo, y diente por diente” (Mateo 5:38). Nuestra habilidad de perdonar viene del perdón de Dios que hemos recibido. Sólo el amor de Dios puede mover a los cristianos a perdonar a aquellos que los persiguen.

El cristiano:***Un pecador que vive en el mundo devastado por el pecado***

La vida del cristiano no sólo es sufrir por causa de Jesús; es también sufrir como parte de este mundo pecador. Cuando Adán y Eva desobedecieron a Dios, el pecado arruinó la buena creación de Dios. Este mundo ahora está devastado por el pecado. Las enfermedades, las dificultades en ganarse la vida, los crímenes, y la muerte, todos son parte de la existencia humana. Todo aquel que vive en este mundo experimenta estas pruebas.

También aprendemos del libro de Job, que el diablo vaga por la tierra buscando destruir la fe del creyente trayendo el sufrimiento a la vida del creyente. Dios permitió al diablo quitarle a Job gran riqueza, hijos, y salud. El propósito del diablo era instigar a Job para que maldijera a Dios. Aunque Job vaciló, el Señor libró a Job y usó la prueba para fortalecer su fe. El libro de Job nos recuerda que no siempre podemos explicar por qué las cosas malas nos pasan en este mundo. Sin embargo, podemos tener la confianza de que tenemos un Padre amoroso en el cielo, que no permitirá que seamos puestos a prueba más allá de nuestra capacidad. Nos proporcionará la salida con cada prueba para que podamos soportarla (1 Corintios 10:13). Usará la prueba para desarrollar el carácter cristiano dentro de nosotros (Romanos 5:3-5).

El escritor de la Epístola a los Hebreos habla de las pruebas que Dios permite pasar en la vida de sus hijos (12:113). Habla de esas pruebas como disciplina. Si el cristiano en esta vida se renovara totalmente, no habría necesidad de disciplina. Puesto que todavía tenemos la carne pecaminosa con nosotros, necesitamos la disciplina y corrección para que no seamos llevados al error. En primer lugar, estas disciplinas nos recuerdan que Dios nos ama. Un padre que ama a sus hijos los disciplinará. Puesto que Dios nos ama, nos disciplina para que nos mantengamos cerca de él.

Dios nos dice que ninguna disciplina parece agradable cuando estamos pasando por ella (Hebreos 12:11). Esto significa que los problemas que nos sobrevienen nos pondrán a prueba. Los seres humanos no son bloques de granito; sufren, y sienten dolor. Ningún niño, después de haber recibido un manotazo, ha dicho a sus padres: “Gracias, mamá y papá, lo necesitaba”. Así, ninguna prueba es agradable para el cristiano. Incluso Job fue puesto a prueba y afligido severamente, cuando sufría la prueba.

Es un área que requiere reacción santificada de aquellos que se enteran del sufrimiento de otros. No queremos ser como Eliú en el libro de Job (Capítulos 32–37). Aunque Eliú tenía todas las respuestas correctas que decir a Job, por lo visto no sentía ninguna piedad, ni podía mostrarle compasión. Pudo haber sido reemplazado por un libro o una cinta de grabadora. Eliú debió haber ofrecido a Job afecto bondadoso, comprensión, y aliento. En vez de eso, simplemente ofreció una relación de hechos aparte del elemento consolador del amor. Ofrezca al que sufre su hombro para que llore, su brazo para que se apoye, extiéndale una mano y palabras de estímulo en Cristo. El sufrimiento es real; duele. Haremos lo que podamos para ayudar a otros a llevar sus cargas. Derramaremos lágrimas. Oramos por aquellos que están pasando pruebas. Les indicaremos el amor de Dios en Cristo, para que se consuelen en el dolor, para darles confianza en la duda, y para que tengan fuerza para soportar las pruebas de la vida.

Finalmente, el escritor a los Hebreos nos dice que el sufrimiento en esta vida producirá una cosecha de justicia y paz para aquellos que aprenden de él (12:11). Dios nos ayudará en nuestra vida santificada por medio de las experiencias que él permite que vengan a nuestra vida. El resultado final será que Dios nos dirigirá a su palabra, por medio de la cual fortalecerá nuestra fe, y nos guardará cerca de él.

Sí, los cristianos sufren por Jesús. Los cristianos sufren dolor y pruebas en esta vida. El cristiano es un pecador que vive en el

mundo devastado por el pecado. Pero el cristiano no vive sin esperanza. La vida cristiana es la vida de esperanza.

La vida del cristiano: la vida de esperanza

¿Qué es la esperanza? A menudo usamos la palabra esperanza en el sentido de una cosa deseada. Cuando decimos: “Espero que el próximo invierno sea más moderado que el año pasado”, no tenemos la convicción de que esto será el caso. Por otro lado, cuando la Biblia habla de nuestra esperanza de la vida eterna, nos dice que nuestra salvación es segura. Pedro habla de “la esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 Pedro 1:3). Podríamos describir nuestra esperanza como la convicción absoluta, segura de salvación y la vida eterna, por medio de Jesucristo.

La esperanza cristiana no es ningún espejismo que desaparecerá. No nos dejará con las bolsas vacías cuando la necesitamos. Pablo dice que esta esperanza “no nos defrauda” (Romanos 5:5). Nuestra esperanza está garantizada por Jesucristo, quien vivió, murió, y está vivo otra vez. Él vive para gobernar este mundo en el interés de su iglesia. Vive para sostenernos en medio de la prueba. Vive para traernos, por medio de la muerte, a la vida eterna.

Esta esperanza tiene efecto en nuestra vida. En primer lugar, nos ayuda a poner las cosas de esta vida en la perspectiva correcta. Todo en este mundo es temporal. No importa cuánto poder, fama, riqueza, y posesiones tengamos, no podemos llevar nada de esto con nosotros. No traemos nada a este mundo, y no podemos sacar nada (1 Timoteo 6:7). La única posesión de valor real que tenemos en este mundo es lo que Dios nos da en Cristo. En vista del hecho de que nuestra ciudadanía real está en el cielo, buscaremos primero el reino de Dios y confiaremos en que él nos dará lo que es mejor para nosotros (Mateo 6:33).

La esperanza que tenemos en Cristo, también nos da la fuerza para tratar con las pruebas que enfrentamos. No importa cuán severas sean, no importa cuánto tiempo duren, sabemos que, un

día, nuestro sufrimiento acabará. Cuando enfrentamos enfermedad prolongada, cuando se nos vienen problemas que continúan atormentándonos a lo largo de nuestra vida, todavía tenemos la certeza del amor de Dios y la esperanza de que Dios nos librerá del mal. Él puede hacerlo quitando el problema, dándonos la fuerza para soportar el problema, o quitándonos del problema llevándonos al cielo con él. Los cristianos no vivimos sin esperanza. Caminamos por fe, pero no caminamos sin esperanza. Nuestra esperanza viene de Cristo y de sus promesas.

Finalmente, nuestra esperanza nos permite esperar con ansia la segunda venida de Cristo. Si tuviéramos que enfrentar a Jesús sin su justicia salvadora, temeríamos su venida. En ese caso nos uniríamos, en ese día del juicio, con aquellos que pedirán a las colinas que los cubran y a las montañas que caigan encima de ellos, para librarlos de la ira del Cordero (Apocalipsis 6:15,16). Pero debido a que Jesús aseguró nuestra salvación, vendrá como nuestro Salvador para llevarnos a casa. Esta esperanza es la que nos mueve a unirnos con la iglesia de todos los tiempos orando: “Amén. ¡Ven, Señor Jesús!” (22:20).

Gracias a Dios porque nos ha redimido por medio de su Hijo, Jesucristo. Alábelo porque él nos ha hecho vivir en Cristo y nos ha permitido servirle en justicia y santidad. Agradézcalle por la oportunidad de compartir su evangelio de salvación con otros. Dé gracias a Dios porque podemos esperar la segunda venida de Jesús con alegría. ¡Sí, ven, Señor Jesús! ¡Ven pronto!

Notas finales

¹Catecismo Mayor, Parte II:37 39, *Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélico Luterana*, editor: Dr. Andrés A. Meléndez (St Louis: Concordia, 1989) p. 443.

²Fórmula de Concordia: Declaración sólida, Artículo II:65,66, Libro de Concordia, p. 565,566.

³Fórmula de Concordia: Declaración sólida, Artículo III:6, Libro de Concordia, p. 583.

⁴Fórmula de Concordia: Declaración sólida, Artículo III:14,16,17, Libro de Concordia, p. 584,585.

⁵Apología de la Confesión de Augsburgo, Artículo IV:250 252, Libro de Concordia, p. 120.

⁶Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo IV:10, Libro de Concordia, p. 596.

⁷Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo III:24,25,36, Libro de Concordia, p. 586,589.

⁸Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo III:28, Libro de Concordia, p. 587.

⁹Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo III:15, Libro de Concordia, p. 584.

¹⁰Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo III:22, Libro de Concordia, p. 586.

¹¹Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo III:13, Libro de Concordia, p. 584.

¹²Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo III:41, Libro de Concordia, p. 584.

¹³Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo IV:10 12, Libro de Concordia, p. 596,597.

¹⁴Apología de la Confesión de Augsburgo, Artículo IV:294 296, Libro de Concordia, p. 131,132.

¹⁵Sexta Sesión, Canon XIV, Cánones y decretos del Concilio de Trento.
<http://www.multimedios.org/docs/d000436/p000003.htm>.

¹⁶Sexta Sesión, Canon XXX, Cánones y decretos del Concilio de Trento.
<http://www.multimedios.org/docs/d000436/p000003.htm>.

¹⁷Sexta Sesión, Canon XXXII, Cánones y decretos del Concilio de Trento.
<http://www.multimedios.org/docs/d000436/p000003.htm>.

¹⁸Richard McBrien, *Catholicism*, Minneapolis: Winston Press, 1994), p. 306

¹⁹Catecismo de la Iglesia Católica.
<http://www.vatican.va/archive/ESL0022/ P72.HTM>.

²⁰Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo VI:17, Libro de Concordia, p. 612.

²¹Martin Luther, *Luther's Works*, edited by Jaroslav Pelikan and Helmuth T. Lehmann, American Edition, Vol 42 (St. Louis: Concordia Publishing House; Philadelphia: Fortress Press, 1955 1986), p. 73.

²²Artículos de Esmalcalda, Parte III, Artículo VIII:3,9,10, Libro de Concordia, p. 323 325.

²³Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo V:17, Libro de Concordia, p. 606.

²⁴Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo VI:15, Libro de Concordia, p. 611.

²⁵Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo VI:4,5, Libro de Concordia, p. 609.

²⁶Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo VI:5, Libro de Concordia, p. 609.

²⁷Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo VI:6,7,9, Libro de Concordia, p. 609,610.

- ²⁸Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo VI:20, Libro de Concordia, p. 612.
- ²⁹Catecismo Mayor, Parte IV:65,73,75,76, Libro de Concordia, p. 476-479.
- ³⁰Catecismo Mayor, Parte V:23,24,27, Libro de Concordia, p. 481,482.
- ³¹Armin Schuetze, "A Christian and the Law", Our Great Heritage, Vol. 3, editado por Lyle W. Lange (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1991), p. 121.
- ³²Melvin E. Dieter (y otros), *Five Views of Sanctification* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1987).
- ³³Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo VI:10-14, Libro de Concordia, p. 611.
- ³⁴Fórmula de Concordia, Epítome, Artículo IV:2, Libro de Concordia, p. 511.
- ³⁵Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo IV:21,22, Libro de Concordia, p. 598.
- ³⁶Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo IV:31, Libro de Concordia, p. 600.
- ³⁷Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo IV:35, Libro de Concordia, p. 601.
- ³⁸Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo IV:10,11, Libro de Concordia, p. 596.
- ³⁹Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo IV:33, Libro de Concordia, p. 600.
- ⁴⁰Catecismo Menor, Prefacio:22, Libro de Concordia, p. 355.
- ⁴¹Concilio de Trento, Sexta Sesión. Capítulo XI.
<http://www.multimedios.org/docs/d000436/p000003.htm#h15>.
- ⁴²Concilio de Trento, Sexta Sesión, Canon 18.
<http://www.multimedios.org/docs/d000436/p000003.htm#h21>.

- ⁴³Confesión de Augsburgo, Artículo XXVII:16, Libro de Concordia, p. 49.
- ⁴⁴Confesión de Augsburgo, Artículo XXVII:44, Libro de Concordia, p. 52.
- ⁴⁵Concilio Vaticano II. Decreto “PERFECTAE CARITATIS” (sobre la adecuada renovación de la vida religiosa).
<http://www.archimadrid.es/princi/princip/docum/ftp/magigle/vat2/html/caritas.htm>.
- ⁴⁶Catecismo de la Iglesia Católica, párrafo 2013.
- ⁴⁷Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo IV:7, Libro de Concordia, p. 596.
- ⁴⁸Confesión de Augsburgo, Artículo XXVI:7,9,10, Libro de Concordia, p. 45,46.
- ⁴⁹Catecismo Mayor, Parte III:37 39, Libro de Concordia, p. 453.
- ⁵⁰Martín Lutero, Las Buenas Obras, en Obras de Martín Lutero, Volumen 2. Buenos Aires: Publicaciones El Escudo, 1974, p. 27.
- ⁵¹Apología de la Confesión de Augsburgo, Artículo XXVII:37, Libro de Concordia, p. 280.
- ⁵²Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo IV:8, Libro de Concordia, p. 596.
- ⁵³Martín Lutero, La libertad cristiana, Buenos Aires: Ediciones la Aurora. 1983. p. 50.
- ⁵⁴Lutero, La libertad cristiana, p. 64.
- ⁵⁵Fórmula de Concordia, Epítome, Artículo X, Libro de Concordia, p.529 531. Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo X, Libro de Concordia, p. 664 670.

Para lectura adicional

Fórmula de Concordia, Artículos IV, V, VI. *Libro de Concordia, Las confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*. St Louis: Editorial Concordia. 1989.

Harstad, Adolph. “La justificación por la fe produce la santificación”. <http://www.geocities.com/dhaeuser/CONF5.htm>

Panning, Armin. “A Look at Holiness and Perfectionism Theology,” en *Our Great Heritage*. Vol. 3. Editado por Lyle W. Lange. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1989.

Schuetze, Armin. “The Christian and the Law,” en *Our Great Heritage*. Vol. 3. Editado por Lyle W. Lange. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1989.

Senkbeil, Harold L. *Sanctification: Christ in Action*. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1989.

Sommer, Roger L. “Sanctification,” en *The Abiding Word*. Vol. 2. St. Louis: Concordia Publishing House, 1947.

Índice de textos bíblicos

Génesis

1:26,27—60

1:31—60

3:1—62

3:4,5—63

4:9—147

5:1,3—64

9:6—160

36:12—141

39:9—104

Éxodo

17:8-16—141

19:4—88

19:5,6—82

20:2—88

20:3-17—144

Levítico

13:45,46—156

22:31-33—8

Deuteronomio

5:7-21—144

25:17-19—141

Josué

23:14—136

1 Samuel

15:22—141

Job

32-37—187

Salmos

7:17—146

19:12—23

32:1-5—118

51:5—23,64

54:6—90

73:1-24—185
 84:2—109
 119:9—86,145

Proverbios

14:34—159
 20:9—116

Isaías

12:2,3—90
 40:11—137
 42:2,3—137
 42:8—146
 53:4,5—185
 64:6—24,156

Jeremías

31:34—117

Lamentaciones

3:22-24—48

Daniel

12:2,3—151

Miqueas

6:6,7—140
 6:8—141
 7:18,19—26

Malaquías

3:10—150

Mateo

5-7—22,90
 5:16—106,147
 5:27,28—78
 5:38—186

5:44—185
 5:48—22
 6:33—189
 9:2—25
 10:16-18,22—183

11:9,11—152
 12:1-14—83
 15:2—142
 15:3—142
 15:8,9—83
 15:9—142
 15:28—152
 18:6,7—170
 18:21-35—135
 22:37,39—22
 23—155
 25:34-36—41
 25:41—117

Marcos

8:34—183
 14:6,8,9—152

Lucas

7:9—152
 15:7—67
 17:10—149
 18:11—90
 19—137
 21:1-4—152
 22:19,20—92
 22:42—138
 23:34—185

Juan

3:5,6—67
 3:6—64
 3:16—41

3:18—44
 4—137
 4:24—61
 8—137
 10:27,28—105
 11:43,44—26
 15:5—87,108
 15:5,8—148
 16:33—73
 19:30—24

Hechos

1:8—108
 4:20—108
 14:22—182
 15—166
 15:1-35—82
 15:3—67
 16:3—174
 17:1-15—114
 17:11—50
 20:27—132
 26:17,18—13

Romanos

3:3,4—38
 3:9-12,23—23
 3:20—78
 3:21,22—43
 3:23—31,80
 3:23-25—32
 3:24—32
 3:24,25—32
 3:25—32
 3:28—26,44,100
 4:5—32
 5:1—134
 5:3-5—186

5:5—188
 5:12—65
 6:1-4,12-14—35
 6:3,4—112
 6:4—26,91
 6:6—112
 6:11—112
 6:12-14—103
 6:14—89,94
 6:17,18—112
 6:23—116
 7:4,6—112
 7:7—78
 7:7-25—145
 7:8—78
 7:10—78
 7:15,18,19—70
 7:15-20—113
 7:18—70,78
 7:18,19—39
 7:21-23—70,113
 7:22—68
 7:24—72
 7:25—72
 8:1,2—81
 8:7,8—16,67
 10:14—76
 11:6—33
 12:1—47,88
 12:1,2—17
 12:1-15:14—88
 12:2—9,96
 12:12—135
 12:21—138
 13:1-7—158
 13:3,4—160
 13:10—22,48,144
 14:1—176

14:10—175,176

14:13—176

14:19—177

14:23—170

15:4—118

1 Corintios

2:14—65

6:12—168

6:13-20—167

8—170

8:1—173

8:13—169,171

9:22—173

9:22,23—175

10—170

10:12—72,119

10:13—186

10:31—168,169

10:32—169

13:4-8—172

14:40—172

15:58—151

16:14—171

2 Corintios

5:14,15—48,68

5:17—35,67

5:19-21—80

6:1—27

7:1—17

9:6—150

9:7,8—110

11:30—72

12:7,8—72

12:9—72

12:9,10—72

Gálatas

2:3-5—179

2:11-14—171

2:16—88

2:20—68,88

3:2,14—95

3:10,12—80

3:13—80

3:15-25—82

3:27—91

4:6—68

5:1—179,180

5:4—100

5:13—178

5:17—70

5:19-21—16,103

5:21—103

5:22,23—37,68,133

5:24—71

6:9—149

6:10—147

Efesios

2:1—66,67

2:1,2—15

2:3—31,64

2:5—26

2:8,9—25,36,100

2:10—27,96

4:1—9

4:3—177

4:22-24—61

4:24—68

4:25—17

4:28—17

4:29—17

4:30—102

4:31—18,102

4:32—18
 5:3,4—18
 5:5-7—103
 5:8—67
 5:8,9—18
 5:8,11—18
 5:18—18
 5:19,20—18
 5:25,27—13

Filipenses

1:6—20
 1:29—44,104
 2:3—129
 2:6,7—129,137
 2:13—26
 3:9—33
 3:10,11—115
 3:12—115
 3:12-14—120

Colosenses

2:11,12—91
 3:9,10—61
 3.10—68

1 Tesalonicenses

1:3—45
 1:7,8—115
 3:10—115
 3:12—115
 4:3,7—17,106
 5:23,24—20

2 Tesalonicenses

2:13—13

1 Timoteo

1:9—83
 1:9-11—83
 6:7—189

2 Timoteo

3,15—9,57

Tito

2:11-14—107
 3:4—100

Hebreos

10:10-14—24
 10:24—107,152
 11:1—44
 11:6—40,47,156
 12:1-13—186
 12:11—187,188

Santiago

2:10—22
 2:17—108
 2:24—34
 2:26—46

1 Pedro

1:1,2—12,20
 1:3—188
 1:3-5—25
 1:5—105
 1:6—133
 2:5—40,81,145
 2:22—118
 3:21—91
 4:12,13,16—184

2 Pedro

1:10,11—109

3:14—41

4:7-11,19—48

1 Juan

1:8-10—116

2:2—39

3:9—68

Apocalipsis

3:15,16—119

6:15,16—189

22:20—189

Índice temático

- adiáfora 165-180
- Agricola, Juan 84
- alcohol 167,168,171
- amor como fruto de fe 133
- Antiguo Testamento 87,88
- antinomismo 93
- arminianismo 53,54
- Arminio, Jacobo 53
- Asbury, Francis 127
- asistencia en el culto 109

- Bautismo da poder para la vida santificada 91,92
- benignidad como fruto de fe 137,138
- bondad como fruto de fe 135,136
- buenas obras 131-154
 - aceptables a Dios por la fe 81,152-154
 - definidas sólo por Dios 141
 - Dios anima a ellas 148-152
 - frutos de fe 46,68,93,132-140
 - hechas de acuerdo a la voluntad de Dios 140-145
 - hechas sólo por cristianos 156-158
 - la iglesia no las puede dictar 142,143
 - los humanos no las pueden determinar 140-142
 - negligencia en enseñarlas 131,132
 - no un medio para la salvación 36,37,41,101,102,104
 - propósito de 146-148
 - vestidas en la justicia de Cristo 145,146

- caída en pecado 62-64
 carismáticos 124-126,181
 catolicismo 52,53,121,122
 catolicismo romano
 52,53,121,122
 clasificaciones de cristianos 129
 Coke, Thomas 127
 conciencias, obligar a las 82,83
 Concilio de Trento 52,53
 confianza espiritual, exceso de
 72
 conversión 67,68
 cooperación con Dios 27,28
 cruces que soportar 182-186
 culpa 120
- discípulado 127,128
 dominio propio como fruto de fe
 138,139
- enseñar 160
 errores doctrinales 50-57
 errores, dos fundamentales 30
 esperanza 188-190
 Espíritu, bautismo del
 124,125,129,181
 Espíritu, obra del 16,67
 estatus cambiado ante Dios 3135
 ética de trabajo 161,162
 evangelicalismo 127,128,181
 evangelio da poder para la vida
 santificada 87-90
 evolución, resultado de
- familia 142,153,154,160,161
 fe 44,45
 definida 25
- no existe sin la santificación
 46
 papel en la justificación 43
 se preserva 19,20,104-106
 fidelidad como fruto de fe 136
 Francke, August Herman 126
 frutos de fe 108-110,129,132,140
 fundamentalismo 5557,127,128
- gentileza como fruto de fe
 137,138
 gobierno 158-162
 gozo como fruto de fe 133
- hablar en lenguas 124,125
- iglesias de santidad 54,124-126
 imagen de Dios 60-62,64,67-69
- judaizantes 100
 justicia ajena 33
 justicia civil 47,155-163
 justicia por las obras
 20,21,5153,99-102
 justicia propia, creer en 90
 justificación
 causa de la santificación 45,46
 de naturaleza forense 33,34,52
 de naturaleza objetiva 38
 doctrina de 29,30
 en contraste con la
 santificación 31-42
 universal 39,40
 juzgar a otros 175-177
- legalismo 47,94-96,123
 Ley de Moisés 81,82

- ley, la ceremonial 165,166
 como espejo
 15,78,79,85,111,112
 como freno 79,85,86,104,159
 dada a Israel 81,82
- los cristianos libres de la
 maldición de 79,80
 muestra lo que agrada a Dios
 86
 naturaleza y propósito de 7779
 no da poder para vida cristiana
 86,87
 para los impíos 83,84
 todavía útil para los cristianos
 84,85
 trae muerte 78
 y el arrepentimiento diario 88
- ley moral 144
- liberalismo 127
- libertad cristiana 166-180
- libertad definida 7
- libre albedrío 53,62
- Major, Jorge 101
- medios de gracia
 76,77,97,104,106
- mérito humano 20,21
- metodismo 54,123,127
- moralismo 94-96
- moravos 126,127
- muertos, espiritualmente 15,16
- naturaleza dual de los cristianos
 60
- Nuevo Testamento 87,88
- obras malas destruyen la fe 102-
 104
- ofrendas 110,140,141,150
- oración no un medio de gracia
 96,97
- Osiander, Andreas 54
- paciencia como fruto de fe
 134,135
- paganos 50,51
- paz como fruto de fe 134
- pecado
- pensar que no tenemos 115118
 usar la gracia como excusa
 para 107,119,178,179
 voluntario 71,102-104
- pecado hereditario, vea pecado
 original
- pecado original 22,23,31,64-67
- pentecostalismo 124-126,181
- perfección
 22,111,112,114,118,122
- perfeccionistas 124-126,129
- pietismo 126,127
- reglas humanas, libertad de
 82,83
- relaciones sexuales 167
- salvación
 libre, plena y segura 54
 mérito para 20,23-25,32,33
- seguridad de 40,41,54
- Santa Cena
 asistencia a 109,110
 da poder para la vida
 santificada 91,92
- santificación
 completa 124,125,129
 definición de 11

- en contraste con la justificación 31-42
- explicación del sentido amplio 11-14,18-20
- explicación del sentido estricto 11,12,14,15,18
- fruto de fe 108-110
- la voluntad de Dios 106-108
- no necesaria para la justificación 99-102
- no preserva la fe 102-106
- no universal 40
- resultado de la justificación 45,46
- santo 59,84,129
- “segunda gracia” 54,123
- servir a Dios sin temor 81
- sociedad, bienestar de la 158163
- Spener, Felipe 126
- Spengler, Lazarus 65,69
- subjetivismo 123,128,129
- sufrimiento 181-190

- tentación 70,71
- teología de la cruz 128
- teología del éxito 128
- transformación del cristiano 16,17
- trinidad impía 8,71,72,181,182

- vida, antigua y nueva contrastada 17,18
- vida, nueva, mérito para 26,27
- vida santificada 68-73,76
 - entusiasmo por 119-121
 - grados de 129
 - imperfecta 111-129
 - motivación por 47-50
 - necesidad de 99-110
 - realismo en la lucha por 118,119
 - y las vocaciones 153,154
- viejo Adán 69,70,84-86,112114
- voluntad de Dios, expresión de 77

- Wesley, Juan 53,54,123-127

Enseñanzas de la
BIBLIA
Popular

† LOS ÁNGELES Y LOS DEMONIOS

† EL BAUTISMO

† LA BIBLIA

† CRISTO

† LA LIBERTAD CRISTIANA

† LA ADORACIÓN CRISTIANA

† EL COMPAÑERISMO
ECLESIAÍSTICO

† LA IGLESIA, SU MISIÓN Y EL
MINISTERIO

† EL GOBIERNO CIVIL

† LA CONVERSIÓN

† LA CREACIÓN

† LOS ÚLTIMOS DÍAS

† LA PROVIDENCIA DE DIOS

† EL CIELO Y EL INFIERNO

† EL ESPÍRITU SANTO

† LA JUSTIFICACIÓN

† LA LEY Y EL EVANGELIO

† LA SANTA CENA

† EL HOMBRE

† EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

† LA ORACIÓN

† LA PREDESTINACIÓN

† LA SANTIFICACIÓN

† LA MAYORDOMÍA

† LA TRINIDAD



Multi-Language
Productions

Bringing the Word to the World

www.mlpwels.com